JENNY DEL

UN AMOR improvisado



JENNY DEL

UN AMOR improvisado

JENNY DEL

UN AMOR *improvisado*

Primera edición.

Un amor improvisado

©Jenny Del.

©Agosto, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Un amor improvisado

©Jenny Del.

©Agosto, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Prólogo



Un año antes…

Miré a Pablo y me morí de la pena. No me podía estar pasando a mí, no cuando siempre tuve el instinto maternal tan desarrollado.

No era justo, no era en absoluto justo que aquella enfermedad coronaria pusiera en jaque mi vida si seguía adelante con el embarazo. Por lo que me contaba el cardiólogo, tendría que abortar si no quería arriesgarme a morir.

Mi vida en peligro… Sonaba tan duro, y más cuando yo tenía veintiocho años y unas tremendas ganas de vivir. El problema era que también las tenía de acurrucar a aquel chiquitín en mis brazos.

De siempre había deseado tener un hijo. Cuando pierdes a tu madre a los siete añitos, como me sucedió a mí, creces con ciertas carencias. Lo quieras o no es así.

Mi padre era un adinerado hombre de negocios. No puedo decir que no me quisiera, eso sería tremendamente absurdo. Dámaso Soubrier, que así se llamaba, era un buen hombre con una peguita: vivía por y para su empresa.

Mi padre era constructor y yo crecí entre proyectos de distintas promociones. Allí donde hubiese una oportunidad estaba él.

Por esa razón me hice arquitecta, para estar más cerca del hombre que tanto admiraba y al que quería con todo mi corazón. Yo hubiese hecho cualquier cosa que mi padre me pidiese, hasta tirarme de un puente.

Lo dicho, cuando creces con carencias, te aferras a lo que te queda. A mí lo que me faltó fue que mi padre pudiera estar más pendiente de mí cuando mi madre se nos fue, aunque jamás fui una niña egoísta y entendí de sobra que él tuviese que marcharse cada vez que sus compromisos profesionales así lo requiriesen.

Tendría yo unos diez años cuando le pregunté en qué le gustaría que me convirtiese.

—En arquitecta, cariño, en eso me gustaría—me confesó con esa seguridad suya, esa que tanto me gustaba.

Empecé a madurar la idea y me pareció la mejor del mundo. Si me convertía en arquitecta podría trabajar con él, y eso era algo que me llenaba de felicidad.

Siempre fui buena estudiante. En realidad, fui buena estudiante, buena cría y buena de todo. Yo solo quería complacer a su padre cuanto me fuese posible.

Muchas de mis amigas, de hecho, se marcharon a estudiar al extranjero. Yo habría tenido la posibilidad de hacerlo, pero preferí renunciar a la experiencia con tal de estar en casa siempre que mi padre volvía de sus viajes, y así poder pasar algo de tiempo con él.

El día que me dijo que me presentaría a Humberto, un nuevo socio, me alegré. Yo estaba a punto de hacer mis últimos exámenes y ya soñaba con ser arquitecta titulada y poder convertirme en su mano derecha.

Humberto, me lo pareció desde el principio, era un hombre ambicioso. En aquel momento yo eso lo di por bueno, en el sentido de que mi padre siempre me animó a que pensase en grande, como hacía su socio. Si Humberto me cayó bien, no digamos ya su hijo Pablo que, para delicia mía, era también arquitecto.

Humberto y mi padre nos presentaron como esos dos cachorros de los que tan orgullosos se sentían, “sangre nueva”, como nos llamaron.

Para mí, conocer a Pablo supuso un flechazo en toda regla, y por lo que intuí en sus ojos creí ver que a él le sucedió igual…

Nuestra historia comenzó allí, esa misma noche, en la que empezamos a conversar y nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro… O eso pensaba yo.

La sonrisa de Pablo, aquel chaval alto, moreno, de pelo negro ligeramente ondulado y ojos oscuros, me resultó realmente cautivadora.

Yo, hasta esa noche, no me había enamorado. Y digo bien… hasta esa noche, porque fue en esa velada cuando me enamoré.

Hay quienes piensan que se necesita un cierto tiempo para enamorarse, que hay que dar una serie de pasos para ello, como si se tratase de un protocolo médico. Yo no creo en esas teorías, entre otras cosas porque soy una chica romántica y siempre pensé que el día que el hombre de mis sueños apareciese ante mí, me enamoraría en un tris.

Supongo que, en Pablo, aparte de un físico potente y de una trayectoria profesional meteórica, vi a un hombre parecido a mi padre… Que Dios me conservara el oído, porque la vista me fallaba más que una escopeta de feria.

Nos prometimos seis meses después. Pablo era siete años mayor que yo y, por ende, tenía una buena edad para comenzar a formar una familia.

La noche de la fiesta de pedida fui increíblemente feliz. Yo ya tenía mi título bajo el brazo y no solo trabajaría con mi padre, sino también con el que iba a ser mi marido. Todo quedaba en casa.

Cupido, por lo que yo veía, hizo un reajuste en mi vida y me compensó por lo que me hubiera podido faltar, jamás a nivel material, puesto que mi padre estaba lo que podría decirse "forrado", pero sí a nivel personal.

Lo que yo no esperaba, jamás lo habría podido sospechar, era que esa misma noche en la que me prometí con Pablo sería la última que viese a mi padre, quien cogía un avión al día siguiente para volar hasta Ginebra y murió de un infarto camino del aeropuerto.

El dolor que sentí a consecuencia de su muerte fue brutal, un nuevo mazazo que me dejó huérfana por completo, aunque por suerte ya no estaría sola en la vida. Pablo y yo nos casamos meses después.

Pese a mis ansias maternales, que eran bastante más grandes que las de mi marido por ser padre (él siempre me decía que su mundo comenzaba y terminaba en mí), tardé un tiempo en quedarme embarazada a partir de la boda.

Existen teorías en torno a que toda persona capaz de amarte puede, en cierta medida, llegar a decepcionarte un poco, lo cual no significa que no te ame. Lo que quiero decir es que Pablo no estuvo, del todo, a la altura cuando un par de semanas después de conocer mi embarazo, y con las hormonas dando brincos de felicidad, mi vida se vio nuevamente truncada al darnos la mala noticia.

—Silvia, me temo mucho que hemos detectado una dolencia cardíaca que, en tu caso, es incompatible con el embarazo.

Con esas simples y contundentes palabras el doctor Cabrera, amigo de Pablo y eminencia en su especialidad, me dio la noticia que habría de cambiar mi vida para siempre.

—Pero… eso no es posible, yo ya estoy embarazada—le dije con lágrimas en los ojos.

—Me temo mucho que ese embarazo no debería llegar a término, no si no quieres poner en grave riesgo tu vida. Silvia, mírame, de lo que te estoy hablando es de que podrías morir.

—¡Me da igual, Alejandro, me da igual! —le chillé porque así era.

—Pero a mí no, cariño. Yo quiero a ese hijo, pero, por encima de todo, te quiero a ti. Sabes que siempre ha sido así y que siempre lo será. Te quiero, Silvia, y no soportaría perderte—murmuró Pablo.

Odié que me dijese aquello, y el caso es que debería agradecer al cielo que mi marido me pusiera por encima de cualquier otra persona en el mundo, solo que se trataba de nuestro hijo. Cielo santo, era la vida de nuestro bebé la que estaba en juego en esos momentos, era la vida de nuestro pequeño, y yo no lo podía soportar.

—Pablo, es nuestro niño. Puede que no pase nada. Yo soy fuerte y tú lo sabes, lo sabes… Yo lo pondré en el mundo sin problemas, estoy segura de ello. Ya he sobrevivido a muchas cosas: a la muerte de mi padre, a la de mi madre….

—¿Y no comprendes que la siguiente podrías ser tú? —me preguntó con tono grave Alejandro. Silvia, estamos hablando de una enfermedad que, si entras en razón, te permitirá hacer vida normal con medicación, pero si no aceptas medicarte porque quieras seguir adelante con el embarazo, entonces puede que no lo cuentes.

—¿Y no puedo medicarme y seguir con el embarazo? —le pregunté porque me veía acorralada y quería pensar que tenía que haber una solución, es que tenía que haberla…

—No, me temo mucho que eso no será posible. Si tomaras la medicación ahora, dañarías gravemente la salud del feto.

—¿Y si no la tomo? Porque yo ya me estoy perdiendo—le pregunté a la desesperada y entre lágrimas.

—Si no la tomas, estarás poniendo en grave riesgo la tuya, Silvia.

El que solté en esos instantes fue uno de esos suspiros lastimosos que nos salen del fondo del alma cuando estamos a punto de perder lo que más queremos.

—No puedes hacerme eso, Silvia, no puedes—me suplicó Pablo.

—Pero a mí no, cariño. Yo quiero a ese hijo, pero, por encima de todo, te quiero a ti. Sabes que siempre ha sido así y que siempre lo será. Te quiero, Silvia, y no soportaría perderte—murmuró Pablo.

Odié que me dijese aquello, y el caso es que debería agradecer al cielo que mi marido me pusiera por encima de cualquier otra persona en el mundo, solo que se trataba de nuestro hijo. Cielo santo, era la vida de nuestro bebé la que estaba en juego en esos momentos, era la vida de nuestro pequeño, y yo no lo podía soportar.

—Pablo, es nuestro niño. Puede que no pase nada. Yo soy fuerte y tú lo sabes, lo sabes… Yo lo pondré en el mundo sin problemas, estoy segura de ello. Ya he sobrevivido a muchas cosas: a la muerte de mi padre, a la de mi madre….

—¿Y no comprendes que la siguiente podrías ser tú? —me preguntó con tono grave Alejandro. Silvia, estamos hablando de una enfermedad que, si entras en razón, te permitirá hacer vida normal con medicación, pero si no aceptas medicarte porque quieras seguir adelante con el embarazo, entonces puede que no lo cuentes.

—¿Y no puedo medicarme y seguir con el embarazo? —le pregunté porque me veía acorralada y quería pensar que tenía que haber una solución, es que tenía que haberla…

—No, me temo mucho que eso no será posible. Si tomaras la medicación ahora, dañarías gravemente la salud del feto.

—¿Y si no la tomo? Porque yo ya me estoy perdiendo—le pregunté a la desesperada y entre lágrimas.

—Si no la tomas, estarás poniendo en grave riesgo la tuya, Silvia.

El que solté en esos instantes fue uno de esos suspiros lastimosos que nos salen del fondo del alma cuando estamos a punto de perder lo que más queremos.

—No puedes hacerme eso, Silvia, no puedes—me suplicó Pablo.

Capítulo 1



Había pasado un año desde el día en el que tomé la decisión más complicada de mi vida, y que me llevó no solo a tener que abortar, sino a ligarme las trompas para no volver a quedar embarazada.

Eran las once de la mañana y esperaba a Pablo con impaciencia en la puerta de la clínica. La que iba a hacerme er una de esas revisiones rutinarias que me indicaban que todo seguía bien en mi acongojado corazoncito, ese que había renunciado a la idea de ser madre.

Lo normal es que estéis pensando en que podría adoptar, pero ahí di en hueso duro. Pablo no era partidario de alg que consideraba “una complicación innecesaria”.

En sus palabras, hacernos con un bebé español sería muy difícil y otras opciones como un niño mayorcito o un bebé extranjero no entraban en su cabeza.

—Tenemos mil proyectos entre manos, Silvia, ¿y si se trata de un niño que venga traumatizado por alguna circunstancia? A veces pasa, he oído casos de personas que han adoptado bebés de distintos países con graves problemas emocionales y luego les ha pasado factura—argumentaba, para mi dolor.

—A mí sí que me pasará factura si no puedo ser madre, Pablo—le decía.

—¿Pasarte factura a ti? Silvia, eres la mujer más fuerte que conozco, jamás he conocido a otra igual, ¿no te das cuenta de que podrás sobreponerte a eso y a todo?

—Yo es que no sé si ya quiero sobreponerme, ¿sabes? Estoy muy cansada, Pablo, estoy cansadísima, igual si adoptamos…

—Igual si decidimos adoptar nos metemos en un marrón tremendo, ¿eso no lo has pensado?

—¿Por qué en un marrón?

—Porque el papeleo es interminable, y a ti todo lo relacionado con la maternidad te causa un tremendo estrés. Yo quiero que estés bien—me decía.

Lo recordaba todo, palabra por palabra, en la puerta de la clínica, en esa a la que Pablo tardaba en llegar. No era la primera vez que mostraba algo de impuntualidad, si bien sí la primera que no llegaba a algo importante para mi salud.

Miré el móvil y cada vez estaba más extrañada, y más cuando él no respondía a mis llamadas ni a mis mensajes.

Se trataba de una mañana bastante complicada para mí, ya que debía reunirme con una pareja a la que mostrarle cómo quedaba el proyecto de su nueva casa. Como la mayoría de nuestros clientes, era gente bastante adinerada y poco dada a las esperas.

—Pablo, ¿dónde estás? —me preguntaba por lo bajini desesperada, deseando que llegara y pasar ese trámite que tanto me recordaba a mi imposibilidad de ser madre.

Unos minutos más tarde, decidí entrar sola. Pablo era muy amigo de Alejandro, el cardiólogo, y le gustaba saludarle, pero ya lo haría otro día. Y si no, que hubiese estado a su hora.

No pretendo que se me malinterprete, porque yo seguía enamorada con locura de mi marido, por mucho que aquel tipo de cosas me molestasen.

Entré y la enfermera me comentó.

—Verá, el doctor Alejandro Cabrera todavía no ha llegado, pero si tiene prisa podría atenderla su compañera, la doctora Medina.

—Me parece bien, solo es para la revisión de mis pastillas y…

Enseguida estuve sentada delante de la doctora, que era nueva en la lujosa clínica en la que me atendían.

—Está bien, está bien, déjeme sus datos y miraremos qué medicación está tomando.

—Llevo un año con la misma. El doctor Cabrera dice que todo está controlado—le conté mirando el móvil, porque ya iba algo tarde.

Ella consultó en su ordenador y no tardó en arquear una ceja, presa de la desconfianza.

—Lo siento, pero aquí no aparece que sufra usted ninguna cardiopatía—me indicó.

—Eso no puede ser, qué más quisiera yo. Si incluso tuve que abortar por su culpa, ¿se imagina? Poca broma, esa dichosa cardiopatía me jodió la vida, mi hijo no pudo nacer por su culpa—le expliqué a punto de llorar, porque me costaba hablar del tema y seguir entera.

Me miró con incertidumbre y no era para menos.

—¿Y de qué cardiopatía se trata? ¿Cómo se la diagnosticaron?

—El doctor Cabrera me hizo unas pruebas. Mi marido le dijo que me echase un vistazo porque me notaba muy ansiosa y con las pulsaciones a mil, aunque yo no me había dado ni cuenta. Las pruebas cantaron y, además, que era una cardiopatía que debía tratarse con urgencia, y que dañaría gravemente al feto. Imagínese, si yo hubiese podido esperar, ahora tendría a mi bebé en brazos—proseguí.

—Ya, deme un momento, por favor. Ahora vengo.

Tardó unos cinco minutos en volver. Yo no podía parar quieta, estaba muy nerviosa en su despacho, ¿de qué iba aquello? Vi a la doctora avanzar por el pasillo hacia la puerta con un hombre, y no pude evitar poner la oreja.

—No nos consta que con ese nombre haya recibido asistencia psicológica o psiquiátrica en esta clínica, como no haya sido en otra—le decía el hombre—. Y es la nuera de Humberto de la Herrán, esa familia no suele acudir a ningún otro centro, son pacientes nuestros desde que abrimos las puertas.

Yo no entendía nada de lo que estaba pasando, por lo que esperé a que la doctora volviese a tomar asiento.

—Silvia, no me andaré con rodeos, ¿está usted recibiendo algún tipo de tratamiento psicológico que nos lleve a pensar que podría estar fantaseando con su patología?

—¿Fantaseando? ¿Usted se cree que se trata de una broma? Hace un año, ahora hace un jodido año que el doctor Cabrera me dio la fatídica noticia de que no podría ser madre, y todo en virtud de las pruebas que me practicó, ¿acaso no las guardan? Esta es una clínica para ricos, mucho me extraña que aquí se pierdan las pruebas, podrían recibir demandas millonarias.

—Y jamás hemos perdido una, tan solo le digo que las pruebas de corazón que le practicaron por aquella fecha están perfectas. Podría decirse que tiene usted un corazón de hierro, fuerte como una roca—afirmó contundente.

e

Capítulo 2



En la puerta de la clínica telefoneé a Humberto, mi suegro. Marga, su mujer, con la que yo tenía algo de menos *feeling* que con él, estaba de viaje con sus amigas, de manera que, aun a riesgo de pillarle en alguna reunión, no dudé en marcar su número.

—Humberto, ¿dónde está Pablo? —le pregunté muy nerviosa, ya que no entendía nada, ¿qué clase de broma macabra era esa? ¿Alejandro Cabrera había ganado su título de cardiología en una tómbola? Y encima el tipo no estaba allí para que yo le cogiese por el cuello y apretase a placer.

—Silvia, te iba a llamar ahora mismo—me contestó con la voz de un muerto.

—Pues tú me dirás, porque tu hijo no aparece y, ¿sabes qué? Ahora me dicen que…

—Silvia, escúchame… Pablo ha sufrido un accidente de tráfico. No te muevas de la clínica, voy para allá—me pidió.

Las piernas no me sostenían en ese instante, ¿qué más me podía suceder? Era como una jodida plaga de esas de Egipto, que caía sobre mí sin piedad, una puñetera maldición.

—¿Pablo ha sufrido un accidente? ¿Y cómo está, Humberto? ¿Cómo está?

—No lo sé, Silvia, todo es muy confuso. Quédate ahí, no tardo nada.

—Por supuesto, te espero—le dije hecha un manojo de nervios.

Tuve que sentarme en los escalones de acceso a la clínica, puesto que las piernas ya no me sostenían. Era muy fuerte, era realmente fuerte todo lo que me estaba sucediendo, empezando por el hecho de que me hubiesen tomado por chiflada y terminando por el de que mi marido acabase de sufrir un accidente.

La ambulancia no tardó en llegar, momento en el que me levanté y me fui hacia ella. Vi cómo bajaban a Pablo en camilla, muy magullado, pero consciente.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Qué te ha pasado? —le preguntaba yo, presa de los nervios, y viendo cómo Humberto acababa de aparcar y venía también hacia nosotros.

—Alejandro está peor, él se ha llevado el golpe más grande. Por favor, hagan algo, él es mi vida—le escuché deci mirando a la otra ambulancia, y entonces casi me caigo de espaldas.

—¿Alejandro es tu vida? ¿Ese miserable que se equivocó en mi diagnóstico? ¿Qué tienes tú que ver con él? —le pregunté totalmente aterrorizada, echándome hacia atrás.

En ciertos momentos de la vida sabes que aquello que vas a escuchar es tan demoledor que cabe la posibilidad de que no puedas soportarlo. Yo estaba ante uno de esos momentos en los que has de sacar fuerzas de flaqueza.

Recuerdo que pensé en mi padre y en que él, aunque no estuvo presente en muchos de los momentos de mi vida, c incluso por eso, me crio para que me convirtiese en la mujer fuerte que era.

—Alejandro, Alejandro—él estiraba los brazos, como si así pudiera llegar hasta ese tío—. Alejandro, mi vida— repitió.

—¿Alejandro es tu vida? ¿Qué mierda estás diciendo? —le pregunté de nuevo con los ojos inyectados en sangre, absolutamente destrozada y comenzando a chillar.

Obvio que Humberto no entendía nada, por lo que se acercó totalmente en shock.

—¿Qué está pasando aquí? Hijo, ¿cómo estás? —le preguntó.

—Enamorado. Humberto, Pablo está enamorado, y no de mí… Está enamorado de ese tipo que, si sobrevive al accidente, tendrá que rendir cuentas ante la justicia, lo mismo que tu hijo—le señalé con el dedo a la otra ambulancia mientras mis ojos se inundaban en lágrimas.

—¿Qué estás diciendo, Silvia? ¿Es que te has vuelto loca? —me preguntó mi suegro, consternado.

—Estoy diciéndote que la vida de tu hijo es una pantomima, que él mismo me acaba de confesar que ama a Alejandro Cabrera, y que dos y dos son cuatro… Ambos se pusieron de acuerdo para mentirme e inventarse una cardiopatía que no existía, así nos desharíamos del bebé y me ligaría las trompas: asunto zanjado. Para tu hijo yo no he sido más que una tapadera, él no quería a ese bebé ni a ningún otro, solo quería aparentar y no dar la cara, tu hijo es un cobarde y no sabe que el amor no se debe esconder en ningún armario—sentencié.

—Hijo, dile a tu mujer que nada de eso es cierto, ¡díselo! —le chilló Humberto, que tenía un carácter de armas tomar.

—Papá, solo me importa cómo esté Alejandro. Si me quieres, ve a comprobarlo y dímelo. Me muero si a él le pas algo.

r

Blanco y en vasija, leche fija. No le hizo falta que le confirmara nada más, como es lógico. Humberto me miró con pena y negó con la cabeza.

—Hija, cuando tu padre murió prometí ante su tumba que te cuidaría. Sé que me tienes por un hombre ambicioso y lo soy, pero también sabes que no soy mala persona. No sabía nada de esto y jamás, jamás, habría permitido que algo así sucediera. Desde hoy no tengo hijo, y obviamente no porque esté enamorado de otra persona y sea de su mismo género, sino porque se ha convertido en un canalla y en un mentiroso al que ya no conozco—me dijo mientras giraba sobre sus talones y dejaba solo a Pablo.

›

—Papá, no seas injusto, tú nunca habrías aceptado algo así, siempre has presumido de mi boda con Silvia, era eso lo que querías.

—Me hubiera costado aceptarlo, no te digo no, pero lo habría hecho, Pablo. Lo que nunca voy a digerir, lo que no te perdonaré en los días de mi vida es la canallada que has hecho con ella. Yo ya no tengo hijo, no quiero volver a verte, ¡nunca!

En el pecado llevó la penitencia. Pablo siempre alardeó una barbaridad de su familia, del imperio que su abuelo había creado y que pasó a manos de su padre, y del que él se veía ya heredero.

En ese momento, él perdió ese imperio, ya que bien se encargaría su padre de que nada llegase finalmente a sus manos, haciéndolo desaparecer de la masa hereditaria antes de su fallecimiento.

Sin embargo, yo había perdido mucho más que Pablo: había perdido a mi hijo y a mi marido, porque el Pablo que dio la cara nada tenía que ver con el hombre con el que un día me casé.

ı

—Hijo, dile a tu mujer que nada de eso es cierto, ¡díselo! —le chilló Humberto, que tenía un carácter de armas tomar.

—Papá, solo me importa cómo esté Alejandro. Si me quieres, ve a comprobarlo y dímelo. Me muero si a él le pasa algo.

Blanco y en vasija, leche fija. No le hizo falta que le confirmara nada más, como es lógico. Humberto me miró con pena y negó con la cabeza.

—Hija, cuando tu padre murió prometí ante su tumba que te cuidaría. Sé que me tienes por un hombre ambicioso y lo soy, pero también sabes que no soy mala persona. No sabía nada de esto y jamás, jamás, habría permitido que algo así sucediera. Desde hoy no tengo hijo, y obviamente no porque esté enamorado de otra persona y sea de su mismo género, sino porque se ha convertido en un canalla y en un mentiroso al que ya no conozco—me dijo mientras giraba sobre sus talones y dejaba solo a Pablo.

—Papá, no seas injusto, tú nunca habrías aceptado algo así, siempre has presumido de mi boda con Silvia, era eso lo que querías.

—Me hubiera costado aceptarlo, no te digo no, pero lo habría hecho, Pablo. Lo que nunca voy a digerir, lo que no te perdonaré en los días de mi vida es la canallada que has hecho con ella. Yo ya no tengo hijo, no quiero volver a verte, ¡nunca!

En el pecado llevó la penitencia. Pablo siempre alardeó una barbaridad de su familia, del imperio que su abuelo había creado y que pasó a manos de su padre, y del que él se veía ya heredero.

En ese momento, él perdió ese imperio, ya que bien se encargaría su padre de que nada llegase finalmente a sus manos, haciéndolo desaparecer de la masa hereditaria antes de su fallecimiento.

Sin embargo, yo había perdido mucho más que Pablo: había perdido a mi hijo y a mi marido, porque el Pablo que dio la cara nada tenía que ver con el hombre con el que un día me casé.

Capítulo 3



De la noche a la mañana, todo cambió. Humberto se portó muy bien, se portó como un padre para mí, ya que a partir de aquel día no hizo más que llamarme y recordarme que yo siempre tendría un lugar en su familia y que podría seguir trabajando en colaboración con él.

Yo había heredado, como era lógico, la empresa de mi padre, así que su ayuda en ese sentido no la necesitaba para nada. No quise ser desagradecida, la cosa no iba de eso porque nada podía reprocharle a Humberto… La cosa iba, sencillamente, de que debía desvincularme de él y de su entorno por completo.

Puse a trabajar a mis abogados en los siguientes días, aunque ahí sí que corroboré que existe otra justicia que no es la humana, porque Alejandro Cabrera murió como consecuencia de las heridas sufridas en el accidente.

Otras heridas, las de mi corazón, siguieron sangrando… y lo hicieron hasta que meses después me enfrenté en un juicio con Pablo, al cual no fue difícil relacionar con los tejemanejes que llevó a cabo Alejandro, dado que pudo demostrarse que eran amantes desde varios años atrás, y que entre ambos urdieron el plan que me llevó a tomar una medicación que no fue más que un placebo, porque mi corazón estaba más fuerte que un roble.

—Enhorabuena, cariño—me dijo Gladys en el momento en el que salimos por la puerta del juzgado. No cabía duda de que Pablo sería condenado y ahí cerré el capítulo más turbio de mi vida, por lo que era hora de comenzar de nuevo.

Gladys era mi mejor amiga desde la infancia. Periodista de profesión, teletrabajaba, por lo que no tuvo ningún inconveniente en seguirme, según ella, “hasta el infinito y más allá”, en caso de que fuese necesario.

Lo de Gladys tenía su miga, ya que a los quince años me confesó que era lesbiana y que estaba perdidamente enamorada de mí. Yo la quería con locura, todo hay que decirlo, pero me gustaban los hombres y jamás me hubiese podido plantear nada con ella.

—De esta te cambio de acera—me decía con gracia mientras ambas preparábamos nuestras pertenencias para trasladar nuestro hogar de Madrid a Bilbao, ciudad por la que opté para que hiciésemos borrón y cuenta nueva. M

amiga era de la opinión de que se trataba de un sitio especial y fascinante, y yo no tenía ninguna duda de ello.

Con dinero las penas son menos. No he de ser hipócrita, se trata de una realidad. Lo primero que hice fue comprar un impresionante ático en el centro histórico de la ciudad, uno que me presentaron como una gran oportunidad, puesto que inmuebles de esos no suelen salir a la venta.

La vivienda en cuestión constaba de cinco dormitorios, dos de ellos con sus vestidores y cuarto de baño privado, además de un par de salones con espectaculares vistas al casco histórico, una cocina enorme, un par de baños más en las zonas comunes y, cómo no, la joya de la corona: una enorme terraza.

—Fea, me decía Gladys mientras nos estábamos instalando (ella a veces me llamaba así porque era muy bromista y porque, en sus palabras, me lo creería demasiado si me decía lo guapa que me veía), este es el sueño de mi vida, vivir en un ático de estas características y contigo, ¿es que he sido tan buena en otra vida que me merecía este premio?

—Pues habrá sido en otra, porque en esta eres un caso… un caso perdido—le decía yo tratando de animarme, porque a pesar de todo mi ánimo no había mejorado demasiado en ese tiempo.

—Ni en esta vida ni en ninguna otra que viviese te dejaría sola, Silvia, eso lo sabes—me hacía ver a cada momento. Era un sol, de las mejores personas que había conocido.

—Lo sé, es solo que…

—Ya sé lo que te pasa, que tú te instalas en un dormitorio, yo en otro, y que quedan varios vacíos, ¿no es eso? —me preguntó porque, a falta de una madre, Gladys era la persona que mejor me conocía en el mundo.

—Mi sueño siempre fue el de ser madre, el de darle a una personita el amor que la mía no puedo darme a mí—me senté en la terraza con un refresco en la mano. En ese momento comenzó a llover. Por si me faltaba algo, el otoño daba sus primeras señales y las hojas caían de los árboles poblando las calles de la ciudad.

—Silvia, corazón, hay un tema que me gustaría tratar contigo—me dijo entonces.

—Dime, soy toda oídos, ¿qué me vas a proponer? Porque lo siento mucho, pero lo ocurrido con Pablo no cambia las cosas, yo no me caso contigo ni hecha pedazos, y eso que con nadie me podría ir mejor—le sonreí.

—Eso tú no los sabes porque, a pesar de que negaré ante cualquier tribunal haber dicho esto, existen hombres buenos que pueden hacer que vuelvas a confiar en ellos.

—Sí, sí, las pelis están plagadas de ellos. Luego en la vida real la cosa se complica un poco más—reía yo.

—No, Silvia, el caso es que tú te has blindado en este tiempo y lo sabes, pero no es de hombres de lo que me gustaría hablarte. Espera, voy a coger una cerveza, que solo de pensarlo se me seca la boca—me indicó.

—¿No es de hombres y tampoco de que te quieras casar conmigo? Me estás asustando, estoy en dique seco, pero tampoco pienso aceptar ninguna oferta sexual por tu parte. Mira, tal y como están las cosas, podría resultarme hasta tentador, pero va a ser que no—le comenté entre risas.

—Que no, que tampoco es de eso de lo que te quiero hablar.

—Vale, entonces ve a por esa cerveza, porque la cosa se está poniendo seria, ¿de qué es?

—De hijos, cariño, de hijos, y debes escucharme.

Sentí un revulsivo en mi interior, sobre todo porque no sabía a qué se refería, aparte de que ese tema se había convertido en tabú para mí.

—¿Quieres tener uno? Lo siento, sé que en tu cabeza pueden entrar muchas posibilidades, salvo la de dar a luz—le contesté confusa.

—No, desde luego que no me veo dando gritos como una loca en un potro de esos de tortura, pero es que no me estoy refiriendo a mí, sino a ti.

—¿A mí? Sabes que no quiero ni escuchar hablar de eso, Gladys, me haces el favor de no tocar el tema.

—No quieres tocarlo porque te duele, sabes que es así.

—Pues claro que me duele, ese es ya capítulo cerrado en mi vida. No hay más que decir si no quieres que me pille un buen cabreo. Qué desconsiderada, yo no creí que tuvieses la desfachatez de sacarme ese tema.

—Tienes que recapacitar, mi niña. Tú todavía podrías…

—Yo quería tener hijos, una familia… Pero Pablo se lo cargó todo, además de que llevo demasiado tiempo pensando que no seré madre, y tengo las trompas ligadas.

—¿Una familia? Tu hijo y tú formaríais una familia preciosa y perfecta, ¿sabes cuántas veces he escrito sobre familias monoparentales en los últimos tiempos? —me preguntó con su habitual insistencia, ya sabía yo que no pararía.

—Ese no era mi sueño y lo sabes. Yo quería el cuento completo, ¿vale? Papá, mamá y el bebé… Y luego más bebés.

—Ya, y como a la princesa no se le ha terciado disfrutar del cuento completo, ahora va y se olvida para siempre de sus sueños, ¡despierta! —Palmeó en el aire.

—A mí no me hables con esos bríos, que estoy enfadada contigo—le advertí.

—Y a mí me dan exactamente igual tus enfados. Nadie lo tiene todo, Silvia.

—Ya, pero a mí me faltan demasiadas cosas, ¿todavía no te has dado cuenta?

—Te faltan agallas, ¡eso es lo único que te falta! —me gritó, viniéndose arriba.

—¿Para esto has aceptado mi propuesta de que viviéramos juntas? ¿Para hacerme chantaje emocional? Si te parece preparo uno de los dormitorios vacíos como sala de tortura y te dejas llevar—le solté con toda la ironía.

—Vale ya, ¿no? Me da igual lo que me digas, yo no pienso dejar que te des por vencida. Tienes una ligadura de trompas, ¿y qué? Esa operación es reversible, lo malo es que también tienes ligadas las conexiones neuronales, por lo que estoy viendo, y eso ya tiene peor solución.

—¿Revertir la operación y tener un hijo? ¿Qué clase de locura es esa? —le pregunté asombrada porque cada vez me dejaba más en shock, ¿es que acaso no entendía que yo estaba traumatizada al respecto?

—La locura, Silvia, será comenzar a dejar que pasen los años y no tener ese hijo que tanto deseas. Esa será la verdadera locura—me advirtió—. Y ahora, te dejaré que lo medites, que me calientas tanto la sangre que la cerveza coge más temperatura que una sopa de tomate—me indicó con respecto a la que tenía en la mano.

—Ese no era mi sueño y lo sabes. Yo quería el cuento completo, ¿vale? Papá, mamá y el bebé… Y luego más bebés.

—Ya, y como a la princesa no se le ha terciado disfrutar del cuento completo, ahora va y se olvida para siempre de sus sueños, ¡despierta! —Palmeó en el aire.

—A mí no me hables con esos bríos, que estoy enfadada contigo—le advertí.

—Y a mí me dan exactamente igual tus enfados. Nadie lo tiene todo, Silvia.

—Ya, pero a mí me faltan demasiadas cosas, ¿todavía no te has dado cuenta?

—Te faltan agallas, ¡eso es lo único que te falta! —me gritó, viniéndose arriba.

—¿Para esto has aceptado mi propuesta de que viviéramos juntas? ¿Para hacerme chantaje emocional? Si te parece preparo uno de los dormitorios vacíos como sala de tortura y te dejas llevar—le solté con toda la ironía.

—Vale ya, ¿no? Me da igual lo que me digas, yo no pienso dejar que te des por vencida. Tienes una ligadura de trompas, ¿y qué? Esa operación es reversible, lo malo es que también tienes ligadas las conexiones neuronales, por lo que estoy viendo, y eso ya tiene peor solución.

—¿Revertir la operación y tener un hijo? ¿Qué clase de locura es esa? —le pregunté asombrada porque cada vez me dejaba más en shock, ¿es que acaso no entendía que yo estaba traumatizada al respecto?

—La locura, Silvia, será comenzar a dejar que pasen los años y no tener ese hijo que tanto deseas. Esa será la verdadera locura—me advirtió—. Y ahora, te dejaré que lo medites, que me calientas tanto la sangre que la cerveza coge más temperatura que una sopa de tomate—me indicó con respecto a la que tenía en la mano.

Capítulo 4



Dos meses más tarde estábamos ambas sentadas en la consulta del ginecólogo, esperando que nos llamase.

Gladys tenía un poder de convicción total y había logrado darle a mi cabecita una vuelta de tuerca. Todavía continuaba en shock y apenas daba crédito a que fuera a pedírselo, a que fuera a pedirle al ginecólogo que me desligase las trompas y luego… Luego ya me sometería al tratamiento pertinente.

Que me lo dijesen a mí. A veces puedes entrar en la consulta de un médico y recibir la más devastadora de las noticias (como me sucedió a mí cuando me enteré del crimen que Pablo y Alejandro cometieron contra mi persona), y otras puedes llevarte una alegría. En esa ocasión me tocaba salir de allí más contenta que unas castañuelas.

—No es necesario que te sometas a ninguna intervención quirúrgica para lograr un embarazo por fecundación in vitro, el procedimiento es muy sencillo y está pensado para mujeres que hayan pasado anteriormente por el quirófano—me indicó el doctor Usera, Mario Usera.

—¡Toma ya! —soltó Gladys, que era de lo más espontánea.

—¿No lo sabían? Muchas parejas vienen ya con esa convicción, directas para que les practiquemos el tratamiento —nos indicó.

—¿Parejas? No, nosotras no somos pareja—volteé los ojos, porque a ella los suyos le hicieron chiribitas al escucharlo.

—Ella es hetero, en este mundo tiene que haber de todo—le espetó mi amiga, entre bromas.

—Sí, yo también soy hetero, espero que eso no te moleste—le contestó en el mismo tono, tomándose ya ciertas licencias con nosotras.

—En absoluto, como ya te digo, tiene que haber de todo. Al lío, ¿entonces qué es lo que tiene que hacer?

Menos mal, di gracias al cielo de que no la cogió en uno de esos gloriosos momentos de mi amiga en los que pudo soltarle que me inseminara allí directamente.

El asunto es que salimos con una serie de documentos informativos sobre todo el proceso, aparte de que Mario nos pormenorizó los pasos a la perfección. Se trataba de uno de esos ginecólogos modernos que le quitan todo el hierro a cualquier asunto y que ven la cuestión de tener un hijo con una sencillez tal que parece que se tratase de echar un huevo a freír.

Más animada, bromeaba sobre ello cuando no vi aquel pequeño piececillo con el que tropecé, yendo a parar contra la pared de enfrente.

—¡Dios, qué dolor! —me eché mano a la cabeza.

—No te la has partido por lo dura que la tienes, que si no—me advirtió Gladys.

—Lo siento mucho, señora—escuché que me decía esa voz tan increíblemente dulce que procedía de una niñita oriental.

—¿Estás bien? Cuánto lo siento, Dao estaba moviendo los piececillos y no se dio cuenta, es que es muy movida—me indicó quien debía ser su madre.

—No pasa nada, no te preocupes, estoy estupendamente. Con un chichón, pero estupendamente, ¿Dao es esta preciosidad? ¿Y ese nombre tan bonito? —le pregunté a la chiquitina, quien tenía una naricita monísima que le acaricié, bromeando.

—Sí, soy yo y tengo siete años. Me llamo Dao porque soy vietnamita, ¿tú te creías que era china? —me preguntó la criatura, que más gracia no podía tener.

—No he pensado nada al verte, solo que eres una preciosidad.

En ese momento me fijé en su madre, que estaba embarazada, y ver eso me removió cantidad por dentro.

—Pensaba que nunca tendría hijos biológicos y mira, al final, cuando menos lo pensaba, viene una hermanita para Dao, así es la vida. Aunque te digo una cosa, lo mejor que pude hacer en el pasado fue adoptar a mi niña, eso desde luego, Dao siempre será ese regalo que vino de lejos y que me alegró la vida para siempre. Pase lo que pase la amaré con auténtica locura, ella fue quien me cambió la vida, coloreándola en un momento en el que todo eran sombras—me comentó.

—¿Yo te di color, mami? Eso es porque me gustan mucho los colores—se levantó y me enseñó por qué lo decía.

La cría iba como un verdadero dulce, con su faldita de tul rosa a juego con una camiseta blanca con bordados también rosas, y sus bailarinas del mismo color.

—Estás realmente bonita—le dije yo.

—Gracias, ¿tú también vas a tener una niña? —me preguntó y me quedé sin respuesta.

—Ella no sabe todavía lo que tendrá, pero algo seguro que sí—le respondió Gladys.

—Vale, porque podrías ir a por una como yo, en Vietnam hay muchas, ¿a que sí, mami? —le preguntó.

—Sí, cariño, pero esa es una decisión muy personal, además de que igual ella está buscando quedarse embarazada así que tú chitón.

—Vale, pues ya no digo nada, solo era por dar ideas—me sonrió y me envió un beso con su manita.

—Es muy cariñosa—me comentó su madre—, y también un poquillo metomentodo—rio—. Que te vaya muy bien, ¿vale?

—Y a ti también con tus dos niñas—le dije mientras Gladys tiraba de mí.

Ya he dicho que mi amiga me conocía incluso mejor que yo misma, y enseguida me lo vio en los ojos.

—Tú estás pensando en algo, lo estás pensando, y yo sé muy bien en qué es…

—¿Y si ella tiene razón? ¿Y si Dao la tiene?

—Yo no sé qué decirte, Silvia, porque de siempre has dicho que deseabas tener tus propios hijos.

—Y sería mi hijo, claro que lo sería.

—Sí, sí, por supuesto, que me he expresado fatal, tú ya me entiendes…

—Sí, que quería ser madre biológica, pero es que a mí la cabeza me ha cambiado mucho, me ha cambiado a base de palos, ya lo sabes…

—Hombre, te ahorrarías unos cuantos dolores. El del paritorio sí que es un potro de tortura, cualquiera me coge a mí para dar a luz…

—Pero tú sabes muy bien que no es por eso, que lo digo porque…

—Porque esa pequeña te ha llegado al alma, lo sé. Ya ves una igual en casa, con sus bailarinas rosa y con todo— me sonrió abiertamente.

ı,

—Hombre, te ahorrarías unos cuantos dolores. El del paritorio sí que es un potro de tortura, cualquiera me coge a mí para dar a luz…

—Pero tú sabes muy bien que no es por eso, que lo digo porque…

—Porque esa pequeña te ha llegado al alma, lo sé. Ya ves una igual en casa, con sus bailarinas rosa y con todo— me sonrió abiertamente.

Capítulo 5



Esa misma noche estaba buscando información en Internet. Gladys me miraba de soslayo y sonreía. Hacía bastante tiempo, demasiado, que yo no demostraba tanto interés por nada.

Mi trabajo, gracias al universo, marchaba viento en popa, y ni siquiera el hecho de trasladarme a Bilbao hizo que se resintiera en lo más mínimo, puesto que dejé una sucursal en Madrid al frente de la cual se quedó Jorge, que era una de las personas de confianza tanto de mi padre como mías.

A mi padre lo echaba muchísimo de menos y pensaba que, allí donde estuviese, velaría por mí y por el negocio. Con él conviví muchos más años que con mi madre, por lo que en el día a día era lógico que le echase más en falta.

No obstante, el hecho de querer convertirme de nuevo en madre también provocaba que me acordase de la mía, por aquello de lo importante que resulta la figura maternal para un crío.

Los pocos años que pude compartir con ella constituyeron para mí todo un regalo, puesto que no pudo ser más cariñosa, dulce y entregada. Yo me veía siendo ese tipo de madre y el alma se me iluminaba.

Gladys, con su idea, había obrado un verdadero milagro en mí, puesto que todos lo anteriormente sucedido me llevó a olvidarme de la que era la mayor ilusión de mi vida: verme con un hijo en los brazos.

Mi amiga llegó con una taza de té calentita y se sentó a mi lado.

—¿Por qué Vietnam? Quizás podrías decantarte por una adopción aquí en España, eres muy joven, tienes una posición económica más que holgada, estás sana y encima en tus cabales que, con lo que has pasado, es mucho decir—negó con la cabeza porque si había alguien a quien la jugarreta de Pablo le hubiese dolido aparte de a mí fue a ella.

—Tú sabes que yo soy de señales, creo en ellas, no lo puedo evitar. Y el hecho de haberme encontrado con esa niñita, no sé, me ha dado un impulso. Ha de ser vietnamita, ha de serlo.

—Y entonces, ¿descartas el dar a luz a tus propios hijos?

—Hoy por hoy, sí, amiga. Es cierto que me abriste los ojos y que pensé que era la mejor opción, pese a que inicialmente no te hice ni caso, pero luego he meditado que hay muchos niños en el mundo que están muy solos, y que yo también lo estoy…

—Gracias por la parte que me toca, petarda—se quejó entre risas.

—Tú me has entendido, a ti te tengo para todo, pero algún día formarás tu propia familia, conocerás a una chica maravillosa y…

—Te he entendido, te he entendido…

a — Tienes que reconocer que será así, no puedes vivir toda la vida conmigo, y lo sabes.

—Ya me gustaría, pero de otra forma. En fin, que claro que no, que algún día yo tendré mi propia pareja, pero es que igual tú la tienes antes.

—En eso estaba yo pensando, por ese aro sí que no entro, te lo digo desde ya. Un hijo es algo maravilloso, los niños tienen almas puras e inocentes, pero los hombres no.

—Ya, los hombres están todos corrompidos y el mejor tendría que estar colgado de las tripas del peor. Que no, niña, que no, que tampoco es eso. Hay hombres estupendos, no son de mi gusto, pero son estupendos. Y a ti, que sí que te gusta un buen…

Le tapé la boca a lo justo porque cuando Gladys decía “ahí voy yo” podía soltar auténticas burradas. No obstante, daba igual lo que yo hiciera, ella estaba dispuesta a decirlas y punto.

—Un buen rabo, eso es lo que pretendía decir antes de que me censuraras—me soltó entre risas.

—Y yo que me lo temía. Pues no, para tu información me he vuelto asexual, ya no me interesa ninguno.

—Eso es porque el desgraciado de Pablo ha hecho que cierres tu corazón a cal y canto, tómalo como unas vacaciones, pero poco a poco tienes que ir abriendo la mente y también las piernas.

—¡Ya! ¡Ya! No quiero escuchar ni una barbaridad más por tu parte. Ahí has dado en hueso duro. Tenías razón en que yo jamás debí renunciar a mi sueño de ser madre, pero con los hombres he terminado. No quiero saber nada de ninguno de ellos.

—Bueno vamos por partes, que eres muy cuadriculada y con todo no puedo, entonces, ¿cuándo nos vamos por el chiquitín o chiquitina a Vietnam?

—No corras tú tanto, que esto va para largo. No paro de leer el testimonio de padres adoptivos y dicen que, según se dé la cosa, entre uno y cuatro años no hay quien te los quite.

—¿Cuatro años? Por Dios, pero cómo va a ser eso. Son niños, no ropa de la temporada pasada que se pueda meter en un almacén y sacarla en las próximas rebajas. Cuanto antes estén con sus nuevos padres, mucho mejor.

—Ya, pero eso se lo deberías decir a los gobiernos, que son los que ponen las trabas burocráticas.

—No lo entiendo, las cosas deberían ser más sencillas…

—Nosotras no ponemos las normas, solo podemos acatarlas.

—Ya, y yo me alegro de que un niño no sea mercancía que se pueda comprar y traértela al día siguiente como una camiseta de Zara, pero tampoco se puede ralentizar tanto el proceso, no es justo. Para ninguna de las partes lo es.

—¿Y qué esperabas? No paro de buscar información y todos los que han pasado por el proceso dicen que no es fácil ni rápido, solo que merece la pena.

—Eso ya lo sé yo, porque aún no le has visto la carita, no sabes el sexo ni la edad que tendrá, y ya te brillan los ojitos, Silvia.

—Todo eso es cierto, porque Dao era una niñita, pero a mí me da igual que sea un niño. Yo deseo un hijo, uno al que poder cuidar y al que querer más que a mi propia vida, pero no a la carta.

—Bueno vamos por partes, que eres muy cuadriculada y con todo no puedo, entonces, ¿cuándo nos vamos por el chiquitín o chiquitina a Vietnam?

—No corras tú tanto, que esto va para largo. No paro de leer el testimonio de padres adoptivos y dicen que, según se dé la cosa, entre uno y cuatro años no hay quien te los quite.

—¿Cuatro años? Por Dios, pero cómo va a ser eso. Son niños, no ropa de la temporada pasada que se pueda meter en un almacén y sacarla en las próximas rebajas. Cuanto antes estén con sus nuevos padres, mucho mejor.

—Ya, pero eso se lo deberías decir a los gobiernos, que son los que ponen las trabas burocráticas.

—No lo entiendo, las cosas deberían ser más sencillas…

—Nosotras no ponemos las normas, solo podemos acatarlas.

—Ya, y yo me alegro de que un niño no sea mercancía que se pueda comprar y traértela al día siguiente como una camiseta de Zara, pero tampoco se puede ralentizar tanto el proceso, no es justo. Para ninguna de las partes lo es.

—¿Y qué esperabas? No paro de buscar información y todos los que han pasado por el proceso dicen que no es fácil ni rápido, solo que merece la pena.

—Eso ya lo sé yo, porque aún no le has visto la carita, no sabes el sexo ni la edad que tendrá, y ya te brillan los ojitos, Silvia.

—Todo eso es cierto, porque Dao era una niñita, pero a mí me da igual que sea un niño. Yo deseo un hijo, uno al que poder cuidar y al que querer más que a mi propia vida, pero no a la carta.

Capítulo 6



Quienes hayan pasado por ese proceso farragoso sabrán de lo que les hablo. Una adopción internacional comienza con una tremenda ilusión, todo es maravilloso y entiendes que, tras el arduo camino, llegarás a la meta y conseguirás, por fin, tener un hijo al que amar por encima de todas las cosas.

Lo primero que hay que hacer cuando decides adentrarte en esa fascinante aventura es armarte de paciencia, ya que te encontrarás con no pocas trabas a lo largo de un interminable proceso donde el papeleo llega a cansar como si de una pesada mochila se tratase.

Uno solo aspira a abrazar a un crío, a una criatura a la que amar con todas sus fuerzas y a la que llevar a casa, dando así un giro a su pequeña vida que, en numerosas ocasiones, no ha estado exenta de penurias.

Yo me mentalicé y hasta Arantxa, mi psicóloga, me proporcionó cantidad de armas para luchar contra el hastío que tanta burocracia le produce al más pintado.

Lo de acudir regularmente a su gabinete de psicología fue algo que me impuse en el momento en el que decidí adoptar. En esos días me crecí. Llevaba demasiado tiempo enfrascada en el cambio de ciudad de la empresa, en los nuevos proyectos, en la compra del ático… En definitiva, en todo aquello que no tuviese que ver con afrontar mi situación personal, que pasó a un segundo plano.

Gladys me abrió los ojos: yo no podía renunciar a mis sueños, pero el crío que me entregasen también tenía derecho a contar con una madre capaz de dejar definitivamente atrás el pasado y con suficiente estabilidad emocional como para encarar el futuro sin miedos.

Arantxa me hizo ver gran cantidad de cosas en muy poco tiempo, entre ellas que a mí no me faltaban las fuerzas, pero que debía aprender a gestionar mis recursos personales.

Gladys, a menudo, se echaba las manos a la cabeza cuando yo le comentaba que el procedimiento se estancaba, ya que en ocasiones te alentaban sobre un posible avance que, finalmente, quedaba en agua de borrajas.

La tramitación de los expedientes lleva un tiempo, y a veces es cuestión de suerte que puedan asignarte un niño antes que después. Por ejemplo, cuando un expediente llega físicamente a Vietnam, porque todavía hoy se hace así, puede acabar en cualquiera de sus provincias.

No en vano, la mayoría de las provincias vietnamitas suelen contar con críos susceptibles de ser adoptados. No todas estas provincias funcionan igual, ya que cada una cuenta con su propio departamento de justicia, el cual ha de llevar a cabo los trámites pertinentes para que a un padre, a una madre o a una pareja se le asigne un menor.

Hay que pensar que, hasta llegar a ese momento, han sido muchos los documentos entregados en España, en la oportuna Comunidad Autónoma, y que muchas veces las autoridades vietnamitas demandan más documentación todavía, haciendo que muchos de los adoptantes se tiren de los pelos.

Que conste que estoy hablando de la parte negativa y que, ni mucho menos quisiera quitarle a nadie las ganas de emprender una aventura así de gratificante. Lo único que quiero hacer ver es que el proceso no es sencillo y que, semejante recompensa, lleva a veces aparejado el sudar tinta por el camino.

Desde el momento en el que decidí convertirme en madre de uno de esos críos entendí que, si quería llegar lúcida a la meta, no podía desesperarme. Yo venía de recorrer un camino infinitamente tortuoso, plagado de mentiras e infidelidades, y tenía que recomponerme si pretendía poder ofrecer lo mejor de mí a uno de esos críos.

Por tal razón, traté de no desesperarme y, cuando por fin, dos años después de comenzar con todos los trámites, me asignaron una niña de cinco años, di saltos de esos que te llevan a tocar el cielo con la yema de los dedos.

Recuerdo que la carta con la propuesta de la menor me llegó justo antes de entrar en una importante reunión de trabajo. En tales circunstancias no suelo abrir el correo ni atender nada que no tenga que ver con el contenido de la reunión en sí, por no desviar mi atención.

No hay que olvidar que yo era arquitecta y que, tras la trágica muerte de mi padre, tuve que convertirme en gerente de la empresa, algo que no me resultó nada sencillo. En definitiva, que fueron muchos los cambios que sufrió mi vida en aquellos años, y estaba en pleno proceso de adaptación.

Emma, mi secretaria, avanzó hacia mí con la carta. Ella sabía muy bien que la estaba esperando, porque aparte de ser mi empleada era mi amiga y había venido en muchas ocasiones al ático, así que su carita me lo dijo todo.

No dudé ni un solo instante que eso que portaba en sus manos era un sobre con las mejores noticias del mundo; el sobre que cambiaría para siempre (y para bien) mi vida.

Por aquel entonces yo ya había dejado de creer en el amor, pero en el amor romántico, no en el resto, porque de Quy, que así se llamaba la niñita en cuestión, me enamoré en un segundo. Pronto supe que su nombre se traducía como “preciosa”, lo cual le venía como anillo al dedo.

Lo que hubiera dado por poder estrecharla entre mis brazos en ese momento y decirle que, a muchos kilómetros de distancia, ya tenía una madre que se desvivía por ella.

Esa noche hicimos una pequeña celebración en casa, a la que se nos unió Emma, ya que, al ser portadora de tan increíbles noticias, consideré que era una de esas personas que bien merecía compartir mi círculo más íntimo y disfrutar con nosotras de un momento tan especial como aquel.

Eso sí, no creáis que con la asignación del menor se pone punto final al proceso, nada más lejos de la realidad. En esos momentos todavía quedan varios pasos que seguir, siendo uno de los últimos el nuevo envío de los documentos necesarios para poder formalizar la aceptación de la adopción por parte de los padres adoptivos (en ese caso yo), documentos que habrán de llegar una vez más a Vietnam.

Resulta difícil pensar (y de hecho ocurre en muy pocas ocasiones) que ciertos padres no acepten al crío que se les haya asignado, bien porque alguna de sus características físicas o cualquier otra circunstancia les haga echarse para atrás.

Como ya he comentado, un hijo no es mercancía ni debe encargarse a la carta, un hijo es una bendición que has de abrazar sin cuestionarte ciertas circunstancias. Como me explicó Arantxa, mi psicóloga, es así como suele suceder con todas aquellas personas que adoptan con la firme convicción de proporcionar a un niño necesitado un hogar. Por el contrario, los pocos que ven en la adopción una oportunidad para cubrir sus carencias o problemas personales (e incluso conyugales) suelen ser los que ponen pegas, pasando, como aquel que dice, al final de la lista, debido a su actitud caprichosa y poco madura.

a

Lo que hubiera dado por poder estrecharla entre mis brazos en ese momento y decirle que, a muchos kilómetros de distancia, ya tenía una madre que se desvivía por ella.

Esa noche hicimos una pequeña celebración en casa, a la que se nos unió Emma, ya que, al ser portadora de tan increíbles noticias, consideré que era una de esas personas que bien merecía compartir mi círculo más íntimo y disfrutar con nosotras de un momento tan especial como aquel.

Eso sí, no creáis que con la asignación del menor se pone punto final al proceso, nada más lejos de la realidad. En esos momentos todavía quedan varios pasos que seguir, siendo uno de los últimos el nuevo envío de los documentos necesarios para poder formalizar la aceptación de la adopción por parte de los padres adoptivos (en ese caso yo), documentos que habrán de llegar una vez más a Vietnam.

Resulta difícil pensar (y de hecho ocurre en muy pocas ocasiones) que ciertos padres no acepten al crío que se les haya asignado, bien porque alguna de sus características físicas o cualquier otra circunstancia les haga echarse para atrás.

Como ya he comentado, un hijo no es mercancía ni debe encargarse a la carta, un hijo es una bendición que has de abrazar sin cuestionarte ciertas circunstancias. Como me explicó Arantxa, mi psicóloga, es así como suele suceder con todas aquellas personas que adoptan con la firme convicción de proporcionar a un niño necesitado un hogar. Por el contrario, los pocos que ven en la adopción una oportunidad para cubrir sus carencias o problemas personales (e incluso conyugales) suelen ser los que ponen pegas, pasando, como aquel que dice, al final de la lista, debido a su actitud caprichosa y poco madura.

Capítulo 7



Todo llega y un buen día, a Gladys y a mí nos llegó la gran noticia, ¡nos íbamos por la niña a Vietnam!

Como veis, a mi amiga la meto en el saco porque, aunque yo fuera la madre de Quy, estaba segura de que ella actuaría como una especie de madrina con ella, si no directamente como una segunda madre.

La ilusión es una maquinaria que puede estar parada mucho tiempo y que un día, de la noche a la mañana, te sorprende poniéndose en marcha de nuevo. Es entonces cuando notas que el engranaje sigue funcionando a la perfección, y que no necesitas nada más que seguir las señales para encontrar la felicidad.

Recuerdo que llegué a casa y Gladys supo muy bien lo que iba a decirle, incluso antes de que abriese el pico.

—Vale, que me cojo unas semanitas de vacaciones, ¿no? Si es que estaba al caer, ya estaba al caer—me dijo mientas se abrazaba a mí tan fuerte que entendí lo importante que aquella adopción era también para ella.

Apenas quedaban unos días para marcharnos y teníamos muchas cosas que preparar. Yo no quise mover un dedo en ese sentido hasta que contara con la certeza total y absoluta de que mi niña estaría pronto en casa.

Habían sido muchas las decepciones que sufrí en el pasado. Demasiadas las veces en las que me ilusioné con algo y, finalmente, mi corazón terminó hecho añicos en el suelo, y yo recogiendo poco a poco sus pedazos.

Por fin, la suerte me miró a la cara y yo la miré a ella. Una cría (en el fondo siempre supe que sería niña, fue una premonición el conocer a Dao) me esperaba en un remoto país que yo ya estaba deseando conocer.

Antes de poner rumbo a él, no hace falta ni decirlo, lo dejamos todo preparado para que la primera vez que entrase en casa le resultase inolvidable.

Gladys, quien podía ser más bruta que un condón de esparto en determinadas situaciones, también derrochaba sensibilidad con la niña, y fue ella quien me hizo la propuesta.

—Mira, este tipo de casitas-dormitorio las hacen en una carpintería de aquí de Bilbao. Yo muero de amor cuando las veo, y tú sabes que soy más bien durita para esas cosas.

Yo también morí de amor. El dormitorio en cuestión era una especie de casa de muñecas gigante, en blanco con todos los detalles en rosa, a la que se accedía por unas escaleritas ideales, así como por un par de toboganes laterales.

—Es una locura de bonita, lo cierto es que es una locura—le dije imaginándome en ella a mi niña, así como la carita que pondría al entender que ese dulce de dormitorio sería el que velaría sus sueños durante años, hasta que se convirtiera en una muchachita y entonces pasáramos al siguiente nivel.

Tuve que echar mano de algunos conocidos para que me tuviesen el encargo a tiempo, y la tarde antes de partir para Vietnam ya pudimos comprobar que aquel dormitorio de ensueño superaba todas nuestras expectativas.

Por si eso fuera poco, también decoramos con motivos rosa las baldas y el interior del impresionante armario empotrado blanco de cuyas barras colgaban cantidad de prendas que harían las delicias de la niña, desde vestiditos a camisetas, pasando por monos, petos, camisas o shorts, así como ropita de abrigo para el tiempo que estaba por venir.

El resultado fue increíble, ya que tampoco faltaban juguetes en cada uno de los rincones del dormitorio, todos ellos recreando un mundo de fantasía en el que mi Quy se refugiaría desde su llegada.

Apenas conocía el pasado de mi niña, si bien intuía que no debió ser nada fácil. Lo que me juré viendo su dormitorio, esa preciosidad que Gladys y yo creamos para ella, fue que jamás permitiría que Quy se sintiera sola. Yo sabía lo que era sentir sobre los hombros el peso de la soledad y eso no le ocurriría a mi pequeña.

—Vas a ser la mejor madre del mundo—me dijo Gladys mientras me abrazaba.

—Con tu ayuda, porque yo en esto soy novata.

—No me necesitas y lo sabes, aunque también te digo que será todo un honor poder compartir esta experiencia contigo.

—En la vida, nunca, te había escuchado decir algo tan solemne y ceremonioso—le comenté.

—Es que la ocasión lo merece, ¡nos vamos a Vietnam! ¡Y vendrás convertida en madre!

—Madre, ¡voy a ser madre! Todavía es que lo pienso y no me lo creo. Y todo gracias a ti, que me hiciste ver que

no debía renunciar a mis sueños.

—Yo solo te recordé que esos sueños estaban intactos en tu interior, que ningún malnacido podía acabar con ellos

s

no debía renunciar a mis sueños.

—Yo solo te recordé que esos sueños estaban intactos en tu interior, que ningún malnacido podía acabar con ellos.

Capítulo 8



Ya en el aeropuerto de Madrid, desde donde partimos, nos reunimos distintos padres que íbamos en la misma dirección. Cuando aterrizásemos en Vietnam, cada cual tendría que ir a una determinada provincia a recoger a su hijo, y luego el período de adaptación (unos veinte días) se llevaría a cabo en Hanoi, la capital.

Si algo habíamos echado todos en las maletas, y por tanto se convirtió en el denominador común en nuestros equipajes, era ilusión y emoción, ¡¡cuánta llevábamos!!

Atrás quedaba un largo período no exento de temores y miedos en muchos momentos. No en vano, ese miedo forma parte de un proceso de adopción en el que, finalmente, termina por disiparse.

En tales circunstancias, y al final del proceso, la incertidumbre le da la mano a la esperanza, y la alegría lo inunda todo. Solo había que ver la carita de aquellas personas para entender que estábamos ante un desafío impresionante: el de querer dar luz a la ensombrecida vida de esos pequeños.

Cada uno con sus circunstancias, allí había mayoritariamente parejas (alguna de las cuales iba acompañada con ur niño/niña ya, de algún hijo biológico o adoptivo que volvería convertido en un orgulloso hermano mayor), y también había personas que volaban solas, padres y madres como yo, dispuestos a crear una familia monoparental aunque conmigo estuviese Gladys proporcionándome ese apoyo moral que tanto me valía.

—Si no fuera lesbiana hasta la médula diría que el viaje, aparte de por motivos obvios, merece la pena por ver ese monumento—me dijo casi señalando a un chico, que debía tener unos cinco años más que yo, y que verdaderamente lucía una de esas sonrisas perladas que le otorgaban un aspecto realmente digno de actor de Hollywood.

—Es muy guapo, sí—le contesté porque, pese a todo, ojos en la cara sí seguía teniendo.

—¿Es muy guapo? El tío es la monda, vaya percha que tiene, debe ser modelo, de ahí para arriba. A mí me recuerda a uno que tengo en la punta de la lengua…

—A ver si quien se cambia de acera al final eres tú. Igual el viaje resulta más sorpresivo de lo que pensamos.

—No, no, yo por el conducto vaginal no me meto ni un Támpax, me conoces y sabes que soy alérgica a lo fálico, he dicho. Estaba pensando en que esa preciosidad hace juego contigo.

—Me haces el favor de callarte. Aparte, yo a ese chico ya lo he visto en alguna que otra reunión, debe vivir también por Vizcaya, ya te digo que no es la primera vez que le veo.

—Pues yo no me había fijado hasta hoy…

—Es que juraría que otras veces le he visto con una mujer, y hoy parece solo.

—No, si ya te digo yo que igual el destino viene con una cesta de regalo estos días, ya lo verás.

—Ni se te ocurra comenzar a enredar, Gladys, porque te prometo que te quedas en tierra. Sabes que me he saneado mucho mentalmente para afrontar este viaje, que he hecho tela de meditación y que…

—Y que igual, si hubieses echado un buen polvo, no te hacía falta nada de eso—rio ella.

—Eres malilla, de veras que eres malilla, niña.

Las emociones encontradas dominaban el ambiente. Todos nosotros íbamos a formar una familia que, en el caso de algunos, solo se ampliaría. Nos fuimos presentando, ya que viviríamos esa experiencia en común, incluso algunos en el mismo hotel, aparte de que se organizarían algunos encuentros en Hanoi en los días posteriores y demás.

No estaríamos solos en el proceso, ya que contaríamos con personal especializado que nos ayudaría en el caso de que alguna situación se nos hiciera un poco cuesta arriba, pues lo cierto es que cada cual se encontraría con un pequeño distinto, con sus propias circunstancias, y deberíamos comenzar a desarrollar nuestras habilidades como padres.

La mayoría de la gente parecía súper simpática, incluido aquel chico al que señaló Gladys y cuyo nombre era Erik Él iba a por un niñito que, según nos comentó se llamaba Cham, y parecía tan pletórico e ilusionado como el resto

Cada uno de nosotros lucía la emoción a flor de piel, eso era un hecho. Una pareja, que llevaba con ellos a un crío de nueve añitos llamado Manu, también nos contó su experiencia. Ella se llamaba María y él José, por lo que todos hicimos el chistecito de que el crío a por el que irían igual se llamaba Jesús, que no era el caso, obviamente, ya que se trataba de una niña llamada Dao, lo que interpreté como una nueva señal del destino, ya que con otra Dao comenzó todo.

Gladys me miraba como diciéndome que todo cuadraba, y así era. Las cosas finalmente vienen a su sitio, y no le faltaba razón a mi amiga.

Tanto María como su marido nos contaron su historia, al igual que algunos otros. Allí se notaba quién era más extrovertido, y tenía ganas de hablar sobre su experiencia familiar y quién no. En mi caso, poca cosa quería añadir al respecto, porque la mía más que una historia personal era una peli de terror.

En el caso de María y de José, fue su hijo Manu, adoptado en España, quien los animó a traerse a una niñita vietnamita a raíz de que en casa de un amiguito suyo adoptaron una. Se trataba de un crío muy solidario que hizo mis delicias.

Yo estaba, poco a poco, recobrando la fe perdida en el ser humano, y la sonrisa no se borraba de mi cara. Gladys me sonreía también y compartía esa alegría que hacía tanto que no afloraba en mi rostro y que, por fin, parecía haber llegado para quedarse.

Gladys me miraba como diciéndome que todo cuadraba, y así era. Las cosas finalmente vienen a su sitio, y no le faltaba razón a mi amiga.

Tanto María como su marido nos contaron su historia, al igual que algunos otros. Allí se notaba quién era más extrovertido, y tenía ganas de hablar sobre su experiencia familiar y quién no. En mi caso, poca cosa quería añadir al respecto, porque la mía más que una historia personal era una peli de terror.

En el caso de María y de José, fue su hijo Manu, adoptado en España, quien los animó a traerse a una niñita vietnamita a raíz de que en casa de un amiguito suyo adoptaron una. Se trataba de un crío muy solidario que hizo mis delicias.

Yo estaba, poco a poco, recobrando la fe perdida en el ser humano, y la sonrisa no se borraba de mi cara. Gladys me sonreía también y compartía esa alegría que hacía tanto que no afloraba en mi rostro y que, por fin, parecía haber llegado para quedarse.

Capítulo 9



El vuelo fue de cine. La organización lo había preparado todo para que pudiéramos sentarnos juntos, y así comprobamos el milagro de que la alegría, en determinadas circunstancias, puede multiplicarse por mucho.

La cara de cada uno de nosotros mostraba más y más felicidad conforme nos acercábamos a Vietnam. Atrás quedaban la incertidumbre, la ansiedad, la angustia, y todos estábamos preparados para acoger con júbilo a los peques.

Nuestros niños nos esperaban y esa era la mejor de las recompensas a tan larga espera. Cuando estás en tal circunstancia, como es obvio, no solo piensas en ti, sino en cómo lo estará pasando esa criatura que va a convertirse en el hijo de quienes para ellos son completos desconocidos.

Sobre ese punto también nos habían informado sobradamente y sabíamos que cada cual correría una diferente suerte. Existen niños más resilientes y con más capacidad de adaptación que se aferran a sus nuevos padres como a un clavo ardiendo, viendo así la oportunidad de dejar atrás unas vidas que, cuando menos, son muy mejorables.

Por el contrario, otros se resisten a salir de su zona de confort, mostrándose huidizos con esos “desconocidos” y enfrentando como una pesadilla el hecho de tener que decir adiós a sus cuidadores y a sus amiguitos, al único mundo que hasta ese momento han conocido.

Esos niños necesitan un mayor apoyo, ya que les costará más entender que los cambios serán maravillosos y que en sus nuevos hogares se les espera como agua de mayo.

Ninguno de nosotros tenía una bola mágica para saber el tipo de crío que se nos había asignado, si bien todos parecíamos más que dispuestos a tratar de salvar cuantas trabas apareciesen en nuestro camino y en ese sentido.

Como digo, todas esas ideas pasaban por nuestras cabezas, si bien no las veíamos como problemas, sino como un nuevo reto más. Cada uno de nosotros, obvio, cruzaba los dedos e invocaba a la suerte para que todo fuese lo mejor posible, y así sería, porque cuando el amor aparece las dificultades se vencen.

El ambiente de júbilo, por todo ello, era total entre nosotros, hasta el punto de que en algún momento nos dio la impresión de pertenecer todos a una gran familia pese a acabar de conocernos.

En cierto modo, era así, porque tener un objetivo tan grande en común te convierte en una especie de familia, te otorga una sensación de unidad que culminó con los aplausos de todos nosotros en el momento del aterrizaje.

Lo que celebrábamos con aquellos aplausos no era más que la consecución de un sueño. Habíamos llegado a nuestro destino y era hora de dispersarnos.

En el aeropuerto, llegó la hora de una despedida que solo era un "hasta luego", dado que cada cual se desplazaría a la provincia en la que estuviera su pequeño asignado, para volver a reunirnos en Hanoi en los siguientes días.

Quy estaba en un orfanato, en una provincia a unas dos horas o algo más por carretera, dado que el estado de estas no era bueno. Ese día, teníamos que completar una serie de trámites, no siendo hasta la siguiente mañana cuando pudiésemos viajar a por ella, y entonces se produciría la entrega.

Al hablar de ello en el aeropuerto, resultó que el niño de Erik también estaba en la misma zona y, para mayor casualidad, en el mismo orfanato, aparte de que nos alojábamos en el mismo hotel en Hanoi, si bien en eso sí que coincidimos con otras familias más, incluidas la de María y José con su pequeño Manu.

Por la noche, una vez que hubimos descansado un poco del viaje y completados todos los trámites para que las cosas salieran a pedir de boca al día siguiente, nos decidimos a salir a hacer un poco de turismo y a cenar.

Se lo propusimos a María y a José, si bien ellos decían estar demasiado cansados y preferir quedarse con su niño en la habitación, mientras que Erik sí que se apuntó, ya que él estaba solo y agradecía su compañía.

—¡Toma ya! ¡Nos vamos con el macizo! —chilló mi amiga.

—Y dale, mira que eres pesadita—resoplé porque cuando se ponía así no había quien la aguantase.

—Sí, sí, muy pesadita, pero no sé lo que harías tú sin mí.

—Pues eso también es verdad—la cogía del brazo y salimos andando—. Oye, ¿yo te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero? —le contesté camino de la salida del hotel.

—Pocas veces, casi nada, eres un poquito arisca conmigo, y eso que no me lo merezco—me decía ella cuando reparamos en que ya teníamos a Erik detrás, el cual carraspeó.

Nos volvimos y le saludamos. Él ya había estado en alguna ocasión anterior en Vietnam, porque nos contó que era

muy viajero, y también que era ejecutivo.

—Yo creo haberte visto en alguna reunión, ¿tú de dónde eres? —le pregunté.

—Yo soy de Bilbao porque pude elegir dónde nacer—rio.

—Eso, eso, la humildad por encima de todo, que no se diga—rio mi amiga.

—No, en serio, nací en Bilbao, ¿y vosotras?

—Nosotras somos de Madrid, pero decidimos irnos a vivir a ese lugar en el que tú decidiste nacer—le comenté yo que estaba de lo más comunicativa y alegre.

—Pues tienes buen ojo—afirmó contundente.

—No siempre y no para todo, si yo te contase—lo dejé en el aire.

—¿Os puedo hacer una sugerencia para la cena? Me han hablado muy bien de un lugar que está aquí cerquita y…

—Por favor, es que nos deberías hacer una sugerencia, que no es lo mismo—rio Gladys, quien también estaba exultante por poder ayudarme a cumplir mi sueño, cosa que yo no podía agradecerle más. Gladys sí era un verdadero regalo para mi vida, uno de esos regalos cuyo valor trasciende muchísimo el material.

muy viajero, y también que era ejecutivo.

—Yo creo haberte visto en alguna reunión, ¿tú de dónde eres? —le pregunté.

—Yo soy de Bilbao porque pude elegir dónde nacer—rio.

—Eso, eso, la humildad por encima de todo, que no se diga—rio mi amiga.

—No, en serio, nací en Bilbao, ¿y vosotras?

—Nosotras somos de Madrid, pero decidimos irnos a vivir a ese lugar en el que tú decidiste nacer—le comenté yo que estaba de lo más comunicativa y alegre.

—Pues tienes buen ojo—afirmó contundente.

—No siempre y no para todo, si yo te contase—lo dejé en el aire.

—¿Os puedo hacer una sugerencia para la cena? Me han hablado muy bien de un lugar que está aquí cerquita y…

—Por favor, es que nos deberías hacer una sugerencia, que no es lo mismo—rio Gladys, quien también estaba exultante por poder ayudarme a cumplir mi sueño, cosa que yo no podía agradecerle más. Gladys sí era un verdadero regalo para mi vida, uno de esos regalos cuyo valor trasciende muchísimo el material.

Capítulo 10



El tío era un crack, esa es la verdad. Para empezar, parecía un GPS humano, y para terminar contaba con mucha cultura e información de la zona, aparte del conocimiento que le otorgaba el haberla visitado con anterioridad.

No nos dio la impresión de tener muchas ganas de hablar de su vida personal, cosa que a mí no me extrañaba, pues tampoco era de abrirme con los extraños. Ni mucho menos lo hacía.

Erik era muy simpático y dicharachero, parecía muy bromista y alegre, si bien también contaba con una parte muy reservada, lo mismo que me sucedía a mí, aunque yo era más tímida que él.

Nos contó que para él Vietnam en general suponía un paraíso gastronómico, que le encantaba comer allí y que Hanoi, la capital, era un buen sitio para comprobar de qué nos hablaba.

El local al que nos llevó era uno extremadamente sencillo, cosa que me gustó. Con Pablo estaba muy acostumbrada a ir siempre a restaurantes de lujo, lo mejor de lo mejor, y pese a mi holgada situación económica me gustaba mucho explorar ese otro mundo, el de los que no tenían en ese sentido tanta suerte.

—¿Os parece bien? No es gran cosa, pero estoy seguro de que se come genial. Aparte, el tipo tiene cara de ser buena persona, ¿no opináis igual? —nos preguntó.

Era de los que se fijaba en los detalles, de esas personas a quienes las cosas no les suelen pasar desapercibidas, sino que valoraba cuanto tenía oportunidad de disfrutar.

Nos contó que los precios allí eran como un chiste (algo que yo ya había leído), y que comeríamos como reyes por un par de euros.

Por supuesto que, en Hanoi, como en el resto del país, existían restaurantes más turísticos, con precios mucho más altos.

—Esos puedes encontrarlos en cualquier lugar, pero estos, los más humildes, los restaurantes de barrio, son los

auténticos, además de que así ayudamos a la gente sencilla, que es quien de verdad lo necesita.

—Así se habla—le dijo Gladys mientras yo pensaba que era un hombre con no pocos valores, por lo que decían sus palabras, pero, sobre todo, por cómo actuaba. No era fácil abordar una adopción en solitario y él lo estaba haciendo, aparte de que detalles como aquel apoyaban mi teoría.

A mí el tiempo me había demostrado que las palabras no tienen el más mínimo valor, y que solo cuenta la manera de actuar, eso lo llevaba grabado a fuego.

—Tenéis que probar el *pho bo*—nos indicó a modo de sugerencia. El recepcionista del hotel me ha dicho que aquí sirven el mejor de toda la capital. Igual me ha contado la verdad o igual es que se lleva comisión, pero eso lo descubriremos enseguida, ¿lo pedimos?

Era de esas personas que llevan la iniciativa, que son líderes natos, aparte de que tenía mucho don de gentes y que hablaba hasta con las piedras.

—Pues nada, si tú lo dices habrá que probarlo—le indiqué porque yo no tenía referencias y porque me apetecía mucho probar cosas de allí. En cierto modo, pensaba que cuanto más pudiera empaparme de su cultura y de sus costumbres, más podría llegar al corazón de mi niña, porque ella habría comenzado a echar allí sus raíces.

—Vale, pues entonces lo pedimos, y también un delicioso cuenco de sopa, ¿os parece o estoy hablando de más?

—Tú habla todo lo que te dé la gana, que yo con tal de no tener que entenderme con esta gente doy dinero—reía Gladys.

—Pues entonces, solo tenéis que dejarlo en mis manos. Algo os traeré…

—Sí, hombre sí, si desde que tenemos el traductor de Google hasta el más tonto sabe hacer un reloj de cuco—le decía Gladys entre risas.

Nos llamó la atención que, sin traductor y sin nada, trató de hacerse entender con el hombre. No es que hablase vietnamita, pero sí chapurreaba algunas frases cortitas.

Yo quise familiarizarme un poco con el idioma antes de viajar allí, pero he de confesar que tan solo fui capaz de aprender saludos y poco más, porque me costaba bastante.

Erik, por el contrario, parecía tener muy buen oído para los idiomas, aparte de que se le notaba el esfuerzo que hacía.

No permitió ni que le ayudáramos con las bandejas.

—Todo ha sido un acierto, está buenísimo. Y la sopa entra sola—le decía yo—. Oye, te hemos oído hablar, te defiendes…

—No, no, qué más quisiera. Tan solo un poco, lo suficiente para poderme entender lo mínimo imprescindible con el crío. Me pongo en sus zapatos y que te recoja un tío al que no conoces de nada y que te hable en un idioma que no has escuchado en tu vida, es como para volverse loco, pobres…

—Sí, yo también lo he pensado muchas veces. Y encima nos los llevamos a otro país, montados en un avión, y no vuelven a ver nada de esto—le dije con cierta pena porque la realidad es que me sonaba triste.

—Cariño, que lo dices como si fuera un secuestro. Recuerda que todo es por su bien—apuntó Gladys.

—Sí, sí, claro, perdonad si le he echado un poco de dramatismo—me excusé.

—Es que ella es un pelín dramática, pero muy buena cosa—afirmó mi amiga.

—Pues nada, ya lo sabes, esa soy yo. No sé si buena cosa o no, pero sí un pelín dramática—reí.

—Todos tenemos nuestras cosas, lo bueno es saberlo y reconocerlas sin pudor, yo creo que ahí está la clave para que todo sea pasable.

—Pues lo mismo sí, yo qué sé. Yo solo sé que tengo un nudo en el estómago que me cuesta que pase hasta la sopa, ¿tú no?

—Yo también. Estoy deseando verle la carita a mi niño. Me lo imagino como un pequeñajo inquieto, haciendo trastadas a diestro y siniestro, con el tirachinas por toda la casa y…

—Pues anda que lo estás pintando bonito, dan ganas de salir corriendo—rio Gladys—. Aparte, que los tirachinas ya no existen, ahora los niños solo juegan con las consolas, ¿tú todavía no te has enterado? Te veo un tanto desfasado—rio ella.

—No, no, el mío tendrá su propio tirachinas. Yo mismo se lo haré—afirmó contento.

—Anda, si se me olvidaba que los de Bilbao sois una especie aparte—bromeó.

—Ni se te ocurra meterte con los de Bilbao, que a nosotras nos han acogido divinamente—le recordé.

—Pero eso es porque nosotras somos divinas. Sobre todo, yo—se tiró el moco porque a mi amiga a chulilla no había quien la ganase.

Un rato después nos marchamos a dormir. Yo llevaba los ojos como un búho e intuía que se trataría de una noche muy larga. Siempre me costaba dormir cuando estaba ansiosa y esa noche la ansiedad salía por cada uno de los poros de mi piel.

No tenía nada de extraño. Al día siguiente conocería a mi hija, por lo que tenía por delante la cita más importante de mi vida, y moría de emoción e ilusión.

—Pero eso es porque nosotras somos divinas. Sobre todo, yo—se tiró el moco porque a mi amiga a chulilla no había quien la ganase.

Un rato después nos marchamos a dormir. Yo llevaba los ojos como un búho e intuía que se trataría de una noche muy larga. Siempre me costaba dormir cuando estaba ansiosa y esa noche la ansiedad salía por cada uno de los poros de mi piel.

No tenía nada de extraño. Al día siguiente conocería a mi hija, por lo que tenía por delante la cita más importante de mi vida, y moría de emoción e ilusión.

Capítulo 11



El día anterior habíamos alquilado un coche para poder movernos con mayor tranquilidad camino del orfanato que, como ya dije, se encontraba a un par de horas de la capital.

La que íbamos a realizar era una ruta muy típica para todos aquellos que visitan Vietnam, si bien nosotros no íbamos de turismo. Y mucho menos ese día.

Por fin llegamos al orfanato y nos atendieron con toda la amabilidad. Aquellas hermanas no solo eran de lo más formales, sino dulces hasta la saciedad.

Una impresión que me dio nada más entrar y que me encantó fue la de que nos estaban inmensamente agradecidas por llevarnos a los niños con nosotros, y no porque no los quisieran, porque a muchos de ellos los habían cuidado desde su nacimiento, sino porque eran conscientes de la magnífica oportunidad que se abría para ellos ese día.

Los nervios se apoderaron de mí en el momento de entrar en aquel lugar de aspecto muy humilde, pero en el que se veía que sus cuidados y necesidades básicas estaban bien garantizados.

Después del tristísimo documental que años atrás se emitió sobre los orfanatos chinos, y que propulsó tantísimas adopciones de aquellas niñitas, una temía encontrar algún rastro de horror en ese otro orfanato, algo que no sucedió en ninguna medida, por fortuna.

Lo que sí podía ser horroroso era el historial de alguno de aquellos pequeños. Por lo que nos contó la hermana superiora del centro, nuestros niños provenían de familias muy pobres.

En el caso de Quy, la casa de sus padres ardió en un incendio cuando ella no era más que un bebé de un año. La suerte quiso que una vecina escuchara su llanto a medianoche y entonces viera las llamas. Aun a riesgo de perder su propia vida, entró a por la cría, si bien ya fue tarde para sus padres.

La niña fue a parar a aquel orfanato y allí vivió hasta ese día, en el que yo moría de las ganas de encontrarme con ella y de decirle que, ya desde antes de conocerla, la quería.

Cham, el hijo de Erik no era huérfano. Sus padres renunciaron a su patria potestad por no querer cuidarlo. Eran personas de mal vivir que preferían ir de un lado al otro del país, sin profesión fija y sin un hogar. Para ellos, el pequeño no fue más que el fruto de un accidente, un "accidente" del que se deshicieron a sus pocos días de vida, dejando muy claro que jamás volverían a por él y cediendo su patria potestad.

Un par de desgraciadas historias con un final feliz. Después de una breve entrevista personal en la que nos pusieron al día de todo, había llegado el momento.

Como digo, en el orfanato reinaba una paz sobrecogedora. Vietnam me estaba enseñando muchas cosas, y una de ellas era la de volver a encontrarme conmigo misma, porque yo llevaba demasiado tiempo perdida.

Allí se respiraba calor humano por los cuatro costados. El orfanato era un edificio de lo más sencillo, como ya he apuntado, pero limpio y con un patio central en el que, según nos explicaron también, los niños podían respirar y jugar tranquilos al aire libre, ajenos a las desgracias que habían acuciado sus infantiles vidas.

No estaba masificado, y ese era otro punto a su favor. En él convivían, en apacible armonía con esas monjas que eran sus madres hasta entonces, unos treinta pequeños, algunos de los cuales eran recién nacidos.

No sabíamos cómo sería el encuentro y, cuando la madre superiora nos comentó que ya estaban listos, nos hizo pasar a una sala común donde los más pequeños dormían en sus cunitas.

El resto, los mayores, despedían ente abrazos tanto a Quy como a Cham, a los que reconocimos nada más entrar en ese lugar en el que, inevitablemente, se nos saltaron las lágrimas a todos.

Recuerdo que Gladys me cogió de la mano en ese momento, el más importante de mi vida hasta la fecha, demostrándome que jamás me dejaría sola, que yo no lo estaba.

Le sonreí, y también a Erik, a quien arropamos entre ambas, porque él sí que estaba solo y también tremendamente emocionado.

—Os lleváis dos joyas, nos comentó la madre superiora, con quienes nos entendíamos en inglés. Todos mis niños lo son, ojalá también el resto encuentre unos padres como vosotros, ellos no deberían estar aquí, sino en su hogar —negaba con la cabeza mientras los miraba con infinito amor.

Daban ganas de llevárselos a todos, eso ya lo podréis imaginar. Por fin los niños se despidieron y entonces les dijeron que éramos sus padres….

Capítulo 12



Hay sensaciones que no se olvidan en la vida, y yo jamás olvidaré lo que sentí cuando vi a mi hijita por primera vez.

Haciendo honor a su nombre, y como ya pude observar por fotografía, mi Quy era una verdadera preciosidad, y la sonrisa la llevaba impresa en la cara, según me contaron las hermanas, 24/7.

Me agaché y le hice una carantoña en ese bonito rostro suyo. Entonces pronunció algo, que creí entender.

—Ha dicho mamá en vietnamita, ¿verdad? —les pregunté a las hermanas, que asintieron con lágrimas en los ojos.

Yo tampoco pude evitarlas, si bien las borré con mis pulgares de inmediato, puesto que lo último que quería era asustar a mi niña. La chiquitina daba la sensación de que se adaptaría perfectamente a la nueva situación y eso era oro molido.

Le di un fuerte abrazo, ahuecándola en mi pecho. Noté que mi corazón latía a toda velocidad, se me puso a mil. Y entonces comprobé encantada que también el suyo se aceleró, mientras me regalaba la más bonita de las sonrisas. A continuación, me cogió de la mano. Gladys me miraba conmovida y ella, que era bastante más durilla de pelar, también estaba borrando las lágrimas de su emocionado rostro.

El encuentro había resultado perfecto, como yo lo soñé durante todo el tiempo que duró el proceso. Cuántas y cuántas veces mi niña apareció en mi cabeza así, sonriente ante mí. Al principio, sin poder ponerle cara, y después de la asignación, ya poniéndosela.

Me levanté y entonces fue cuando me fijé en el gesto circunspecto de Erik, quien no había corrido la misma suerte que yo. Cham le miraba con recelo y miraba también a las monjas y a sus compañeros, de los que no deseaba separarse.

—Entra dentro de lo normal, sabes que nos han preparado para esta posibilidad—murmuré esas palabras de aliento.

—Así es—asintió él.

La escena resultó absolutamente conmovedora, ya que el niño salió corriendo hacia el grupo y se refugió detrás de todos ellos.

La madre superiora, con su característica dulzura, anduvo hacia él. No hace falta decir que ninguno de nosotros se pondría nervioso ni nada parecido. Cham solo necesitaba algo más de tiempo, y no teníamos ninguna prisa.

—Por favor, debéis ser pacientes—nos pidió ella.

—Sin duda—le contestó Erik—. Dile que tiene todo el tiempo del mundo para despedirse, que no tenemos prisa. E incluso intentaré decírselo yo.

Consultó el traductor y lo dijo en alto. Ellas le corrigieron y, finalmente, él se acercó.

Algunos de los críos se rieron, ya que a ellos el acento de Erik les debió sonar como a nosotros cuando escuchábamos a los indios en las pelis del Oeste, pero Cham no se reía.

Erik se vino de nuevo con nosotras y se sentó en el suelo, mostrándole que podía tomarse todo el tiempo del mundo, en una actitud muy comprensiva.

El crío parecía un tanto desconcertado, ya que igual pensaba que nuestra actitud sería más intrusiva, y eso era lo último que deseábamos mostrar.

Entre Gladys, Erik y yo nos mirábamos. Mi amiga se deshacía también en mimos con mi niña, pero sin dejar de echar un vistazo a la situación.

A continuación, nosotras dos emulamos a Erik y nos sentamos también en el suelo, tranquilamente y a esperar.

Quy se soltó de mi mano y fue a buscar a Cham. Ambos venían a ser de la misma edad y parecían entenderse a la perfección. Ella comenzó a hablarle, bastante más madura que él, mientras que el chiquitín negaba con la cabeza, como si nada de lo que Quy pudiera decirle le convenciera ni lo más mínimo.

Finalmente, la cría dijo algo y se puso la primera de una fila, con el resto detrás. Cham se colocó el último y todos salieron corriendo al patio, dejando el enorme dormitorio atrás. Cham paró un momento, y entonces echó la vista atrás, como sabiendo que jamás, nunca, volvería a dormir allí con los que ya eran como sus hermanos.

Quy no se detuvo, ella era más de mirar hacia delante, como demostraba su actitud. Mi niña tenía una estrategia,

yo se lo leí en los ojos, por lo que comenzó a bailar y a cantar en el patio con el resto. No podía ser más salerosa n tener más arte.

—Muero con ella, es su canción de despedida, la tenía preparada desde hace días. Y se la ha enseñado a todos. No puede estar más contenta cantándola—nos decía la madre superiora—. Cham también se la sabe, solo que a él le cuesta más trabajo soltarse, pero lo hará poco a poco.

Cierto, el crío se fue relajando conforme veía que todos cantaban y bailaban. Cuando por fin llegó el final de la canción, Quy, muy cuca, se lo llevó hasta la puerta del orfanato y nos llamó con el brazo.

Entonces él se quedó muy quieto, como con miedo, pero ya entonces Erik se agachó, y en vietnamita, tras consultarlo con las hermanas, le habló.

—Tranquilo, pequeño, tendremos una vida muy bonita—le dijo entre carantoñas. No hacía falta que las hermanas le confirmaran que lo había dicho bien, porque se lo vimos al chavalín en la cara, al sonreír tímidamente. Luego miró a Quy y ella afirmó con un movimiento de cabeza, tras lo cual lo tomó por la mano para salir del que siempr fue su hogar.

Apenas dos bolsitas con sus pocas pertenencias llevábamos Erik y yo. Lo que sí portábamos era un corazón repleto de amor para regalarles a ambos.

Cada vez que Cham se paraba y miraba atrás, camino del coche, ella le llevaba la carita hacia el frente y apresuraba el paso. Quy estaba hecha de una pasta especial, era toda una superviviente, y así lo estaba demostrando.

A Cham le costaría un poquito más, lo cual solo significaba que habríamos de esforzarnos con él, nada más.

Al llegar al coche lo miraron asombrados. Apenas estaban acostumbrados a ver el entorno. Su vida, prácticamente, se reducía a las paredes del orfanato, ese que les decía adiós. Todo lo demás era nuevo para ellos, y seguro que ilusionante.

yo se lo leí en los ojos, por lo que comenzó a bailar y a cantar en el patio con el resto. No podía ser más salerosa ni tener más arte.

—Muero con ella, es su canción de despedida, la tenía preparada desde hace días. Y se la ha enseñado a todos. No puede estar más contenta cantándola—nos decía la madre superiora—. Cham también se la sabe, solo que a él le cuesta más trabajo soltarse, pero lo hará poco a poco.

Cierto, el crío se fue relajando conforme veía que todos cantaban y bailaban. Cuando por fin llegó el final de la canción, Quy, muy cuca, se lo llevó hasta la puerta del orfanato y nos llamó con el brazo.

Entonces él se quedó muy quieto, como con miedo, pero ya entonces Erik se agachó, y en vietnamita, tras consultarlo con las hermanas, le habló.

—Tranquilo, pequeño, tendremos una vida muy bonita—le dijo entre carantoñas. No hacía falta que las hermanas le confirmaran que lo había dicho bien, porque se lo vimos al chavalín en la cara, al sonreír tímidamente. Luego miró a Quy y ella afirmó con un movimiento de cabeza, tras lo cual lo tomó por la mano para salir del que siempre fue su hogar.

Apenas dos bolsitas con sus pocas pertenencias llevábamos Erik y yo. Lo que sí portábamos era un corazón repleto de amor para regalarles a ambos.

Cada vez que Cham se paraba y miraba atrás, camino del coche, ella le llevaba la carita hacia el frente y apresuraba el paso. Quy estaba hecha de una pasta especial, era toda una superviviente, y así lo estaba demostrando.

A Cham le costaría un poquito más, lo cual solo significaba que habríamos de esforzarnos con él, nada más.

Al llegar al coche lo miraron asombrados. Apenas estaban acostumbrados a ver el entorno. Su vida, prácticamente, se reducía a las paredes del orfanato, ese que les decía adiós. Todo lo demás era nuevo para ellos, y seguro que ilusionante.

Capítulo 13



Teníamos por delante un par de horas para ir haciéndonos con ellos. Con mucha vista, Erik me pidió que yo fuese detrás con los dos niños, mientras Gladys conducía.

Había algo que era impepinable: el pequeño se había criado entre mujeres y cabía la posibilidad de que se sintiese más a gusto al lado de una más, que era yo.

Yo me senté entre ambos y les puse sus dispositivos de seguridad. Ellos lo miraban todo como si fuera de otro mundo. A cada momento, Cham echaba su cuerpecito hacia delante y entonces buscaba con la mirada a Quy. El hecho de que nos los llevásemos juntos era toda una suerte, porque al crío le hubiese costado mucho más abandonar su hogar sin ella.

Erik tampoco perdía la escena de vista. Por lo que yo estaba viendo, se trataría de un padrazo, puesto que ese hombre cogería tortícolis de tanto como miraba hacia el asiento posterior.

Paramos a medio camino porque igual los niños tenían sed, y entonces nos sentamos todos en una terraza. La mirada de Cham seguía siendo de recelo total, pero continuaba entrando dentro de la más absoluta normalidad.

Les pedimos a los críos un par de zumos, después de tratar de entendernos con ellos, y cuando por fin vinieron lo tomaron como una fiesta. En el orfanato lo que más tenían era cariño, gracias a Dios, pero del resto iban realmente cortitos. Las monjas hacían todo lo que podían, pero el dinero no es como el chicle que se puede estirar, y así lo hablamos mientras los niños daban buena cuenta de sus zumos.

—Estoy pensando en hacer un buen donativo al orfanato—les comenté.

—Eso ya lo sabía yo—me indicó Gladys—. En cuanto entramos allí lo supe, que tú harías un donativo y de los buenos, si te conoceré yo. Aquí donde la ves es rica, todo un partidazo—le soltó a Erik y yo la habría matado en ese justo instante.

—No le hagas ni caso, aunque por suerte heredé una empresa y una serie de bienes por parte de mi padre, y tengo

las espaldas bien cubiertas. Eso me permite hacer cierto tipo de cosas así, me siento una privilegiada—le comenté

—Me alegra saberlo. También lo eres por la forma en la que te ha acogido tu niña. Ojalá Cham llegue a mirarme alguna vez como ella te mira a ti—me comentó él.

—¿Alguna vez? En unos días lo hará, ¿qué te apuestas? —le dije.

—Nada, nada, supongo que es así. Además, que vosotras sois dos y eso os ayudará con la niña…

—Sí, ella tiene mucha suerte de que yo sea su compañera de piso—le comentó Gladys, encantada de la vida. La que tiene que aguantar un poco más soy yo—bromeó.

—¿Compañera de piso? —arqueó él una ceja.

—Sí, sí, que me deja vivir en su ático, ¿no te lo he contado? Menudo casoplón, tiene una de las vistas más bonitas de todo Bilbao. Tenéis que venir a verlo el niño y tú, os va a flipar, te lo garantizo.

—Pero es que yo creí que vosotras…

—¿Nosotras qué? —le pregunté percatándome de su error y pensando que a veces suceden unas cosas de lo más increíbles.

—Que erais pareja, aunque supuse que solo adoptabas tú porque aquí piden la declaración de no homosexualidad, que esas cosas siguen ocurriendo, por desgracia.

—¿Nosotras pareja? Qué más quisiera yo, que soy lesbiana—le contó Gladys sin ningún tapujo, que para ella la del orgullo gay era una colorida bandera que enarbolar con pasión todo el año—. Yo estoy enamorada de mi niña de toda la vida, pero ni casito me hace. Me ha salido hetero, no podía ser perfecta—rio.

e

—Lo siento, lo siento—nos pidió perdón con mucho apuro—. Es que de veras que llegué a pensarlo porque os he visto muy cómplices en muchos momentos y hasta le dijiste que era arisca contigo, que no te decía las suficientes veces “te quiero” —rememoró él lo que escuchó la noche anterior cuando salió del hotel tras nosotras.

—¿Y tú eres el ejecutivo? Menos mal, porque si no me podrías quitar el puesto de periodista. Qué tío, estás en todo—rio Gladys y Quy la emuló, riendo primero, y después carcajeándose.

Mi niña no podía ser más alegre y hasta consiguió que Cham riera también, aunque con mucha más timidez. Ella parecía como un bichito de luz que lo alumbraba todo.

. Al poco volvimos a subirnos al coche. Eran nuestras primeras horas con ellos y no queríamos perdernos ni un solo detalle. Erik estaba en todo y entonces tuvo una gran idea, seleccionando una pegadiza canción infantil vietnamita que reprodujo en su móvil.

Para empezar, ya su móvil en sí era un artilugio que les fascinaba. Y, para terminar, enseguida demostraron conocer la canción, que debía ser una de las más típicas del lugar entre los niños, y Quy no tardó en cantarla.

Ella cantaba bien, entonando, pero lo que más nos llamó la atención fue la voz de Cham que, cuando se decidió a seguirla, nos dejó fríos, porque lo hacía francamente fenomenal.

El caso fue que todos le miramos de golpe y él se calló, como temiendo estar haciendo algo que no estuviese bien. Quy le animó y poco a poco comenzó a hacerlo de nuevo.

Los mayores también tratamos de seguirles el ritmo, aunque no nos resultó en absoluto fácil, y menos en su idioma, pero hicimos lo que pudimos sobre todo con el estribillo.

Quy parecía muy contenta de que todos cantásemos al mismo tiempo, y no paraba de animar a su amiguito, quien poco a poco iba cogiendo algo de confianza.

Erik me miraba entusiasmado, había sido toda una suerte poder compartir esos momentos, porque el hecho de que fueran juntos lo facilitaba todo. Y el de que nos alojásemos en el mismo hotel lo seguiría facilitando.

Las risas estuvieron aseguradas durante el viaje, si bien cuando llegamos a Hanoi el rostro se le volvió a poner de lo más serio a Cham, quien no entendía muy bien qué era un hotel y lo que hacíamos por allí.

Por el contrario, Quy parecía más feliz que una perdiz y, tomándole de la mano, se lo llevó hacia dentro.

Al poco volvimos a subirnos al coche. Eran nuestras primeras horas con ellos y no queríamos perdernos ni un solo detalle. Erik estaba en todo y entonces tuvo una gran idea, seleccionando una pegadiza canción infantil vietnamita que reprodujo en su móvil.

Para empezar, ya su móvil en sí era un artilugio que les fascinaba. Y, para terminar, enseguida demostraron conocer la canción, que debía ser una de las más típicas del lugar entre los niños, y Quy no tardó en cantarla.

Ella cantaba bien, entonando, pero lo que más nos llamó la atención fue la voz de Cham que, cuando se decidió a seguirla, nos dejó fríos, porque lo hacía francamente fenomenal.

El caso fue que todos le miramos de golpe y él se calló, como temiendo estar haciendo algo que no estuviese bien. Quy le animó y poco a poco comenzó a hacerlo de nuevo.

Los mayores también tratamos de seguirles el ritmo, aunque no nos resultó en absoluto fácil, y menos en su idioma, pero hicimos lo que pudimos sobre todo con el estribillo.

Quy parecía muy contenta de que todos cantásemos al mismo tiempo, y no paraba de animar a su amiguito, quien poco a poco iba cogiendo algo de confianza.

Erik me miraba entusiasmado, había sido toda una suerte poder compartir esos momentos, porque el hecho de que fueran juntos lo facilitaba todo. Y el de que nos alojásemos en el mismo hotel lo seguiría facilitando.

Las risas estuvieron aseguradas durante el viaje, si bien cuando llegamos a Hanoi el rostro se le volvió a poner de lo más serio a Cham, quien no entendía muy bien qué era un hotel y lo que hacíamos por allí.

Por el contrario, Quy parecía más feliz que una perdiz y, tomándole de la mano, se lo llevó hacia dentro.

Capítulo 14



Una vez en el interior del hotel nos encontramos con otra imagen familiar de esas que inspiran tremenda ternura.

—Me como a Dao—le dije pidiéndosela a su hermanito Manu, que llevaba en brazos a la niñita de tres años.

—¿Es bonita o no es bonita? —me preguntó el crío.

—No es bonita, es preciosa, una verdadera muñequita.

Fue muy tierno porque enseguida Quy llegó hasta ella y le sonrió. Cham, más tímido, le comentó algo por lo bajini.

—Creo que está extrañado porque no la conocen—me dijo Erik, y tenía todo el sentido del mundo.

—Pobres, su mundo se ha reducido al orfanato y deben pensar que todo estaba dentro de él, incluido el resto de los niños—le miré con la mucha ternura que también me inspiraba.

Quy le pidió por señas a Manu que le dejase coger a su hermanito. Fue llamativo, porque yo me alarmé un poco, pero María me indicó que la dejase, ella sabía lo que hacía.

—Jo, ni que fuese matrona, con qué ternura la ha cogido—me indicó Gladys un tanto asombrada, lo mismo que yo.

—Estos niños han cuidado mucho de otros en el orfanato. Quy está más acostumbrada a coger a bebés y a otros niños que ninguno de nosotros—nos dijo Erik quien una vez más tenía razón.

Lo comprobamos porque no solo ella contaba con esa habilidad. También Cham le terminó pidiendo que le pasara a la niña y la cogió.

No se llevaban más que un par de años, pero mientras que Quy parecía una muchachita al lado de Dao, porque era grandota, Cham no, ya que él era más pequeñito.

Permanecimos unos cuantos minutos allí con ellos, y después subimos a las habitaciones. Erik trató de explicarle a Cham que debían irse solos a una, y eso ya le gustó menos.

Quy volvió a intervenir. Mi niña parecía haber nacido con un título de psicóloga bajo el brazo, ya que dominaba la situación de una forma que era digna de alabanza. Así, me pidió que abriera nuestra habitación y ambos entraron, fisgoneándolo todo. Los ojos se les abrieron como platos al ver la ropita que Gladys y yo le teníamos preparada a Quy, una que ella no había visto ni en sus mejores sueños.

Sin embargo, tras examinarla detenidamente y con ojos brillantes, Cham debió pensar que no era de su gusto, y entonces Erik le señaló que, en la suya, había ropa para él.

Cham no parecía entenderlo, pero Quy, que era más lista que el hambre, sí, de manera que le cogió de la mano y le pidió a Erik que se encaminasen hasta allí.

Cuando Cham vio su ropita, también se alegró cantidad. Solo por ver esas caritas… Solo por verlas hubiéramos dado cualquier cosa. También se sentaron sobre una de las dos camas de las que estaba provista su habitación, tan mullidas, lo cual les flipó.

Sin encomendarse a Roma ni a Santiago, Quy se quitó los zapatos y se subió en una de ellas, comenzando a saltar como si no hubiese un mañana. Bastante más recatado, Cham nos miró.

—Cielos, mi hija no dejará títere con cabeza—le comenté a Erik.

—Déjala, por favor, tiempo tendremos de establecer normas—me pidió él—. A ver si Cham se suelta al verla.

—Se soltará él y todos los críos que haya en el hotel, se trata de una pequeña revolucionaria, ¿no lo estás viendo? —reía yo.

—Es maravillosa, los dos son maravillosos—me comentaba mientras los veía saltar y él me sonreía.

Así estuvimos como un par de minutos hasta que, como quien no quiere la cosa, Cham se descalzó también y se subió a la cama. Sin mirar a Erik, pues preferiría no conocer su opinión, comenzó a saltar.

—Yo solo te digo que te lo va a pervertir. Si yo fuera tú, miraría muy bien dónde te estás metiendo, porque luego no quiero que me llegues con quejas—bromeé.

—Yo soy de Bilbao, ¿tengo pinta de ser un quejica? —me preguntó él, súper sonriente.

—No, no, pinta no tienes, pero yo por si las moscas…

—Por si las moscas debiéramos ir mirando dónde comer hoy. Estos niños deben llevarse algo al estómago y yo también. Recordad que vendrán por aquí a controlarnos, a ver si sueltan que no les damos de comer y nos los quitan, quedando esto en un bonito sueño—opinó mi amiga.

—No vendrán a controlarnos, sino a asesorarnos—le recordé.

—Un poco de todo y, por la cuenta que os trae, más vale que los niños larguen que tienen el estómago lleno. Venga, a comer…

—O sea, Gladys, que tienes hambre, ¿no? —le pregunté porque la conocía como a la palma de mi mano.

—Muy lista tú, así es, así que, andando, que es gerundio.

Los niños parecían un tanto desubicados en el mismo restaurante en el que cenamos la noche anterior, y al que volvimos porque todo nos resultó exquisito.

Por sus cabecitas no pasaba ni la remota posibilidad de que se pudiera comer en un sitio así, razón por la que tratamos de explicárselo, a duras penas.

Por suerte, solo hizo falta que Gladys comenzara a comer a dos carrillos para que Quy la imitase, y entonces Cham sucumbió también a los muchos encantos de la gastronomía vietnamita, gimiendo de placer.

Erik me miraba feliz, todo estaba siendo más fácil en conjunto. Es muy cierto que las cosas a veces suceden como deben suceder, porque nada habría sido igual si se las hubiese tenido que apañar con su hijo solo.

Al poco, cuando los niños ya estaban a punto hasta de chuparse los dedos, llegaron María y José con sus peques, y se unieron a nosotros. La felicidad era total y estuvimos viendo, por un grupo de WhatsApp que habíamos creado, las fotos del resto con sus hijos, a los que iríamos conociendo en Hanoi en los siguientes días.

—Yo soy de Bilbao, ¿tengo pinta de ser un quejica? —me preguntó él, súper sonriente.

—No, no, pinta no tienes, pero yo por si las moscas…

—Por si las moscas debiéramos ir mirando dónde comer hoy. Estos niños deben llevarse algo al estómago y yo también. Recordad que vendrán por aquí a controlarnos, a ver si sueltan que no les damos de comer y nos los quitan, quedando esto en un bonito sueño—opinó mi amiga.

—No vendrán a controlarnos, sino a asesorarnos—le recordé.

—Un poco de todo y, por la cuenta que os trae, más vale que los niños larguen que tienen el estómago lleno. Venga, a comer…

—O sea, Gladys, que tienes hambre, ¿no? —le pregunté porque la conocía como a la palma de mi mano.

—Muy lista tú, así es, así que, andando, que es gerundio.

Los niños parecían un tanto desubicados en el mismo restaurante en el que cenamos la noche anterior, y al que volvimos porque todo nos resultó exquisito.

Por sus cabecitas no pasaba ni la remota posibilidad de que se pudiera comer en un sitio así, razón por la que tratamos de explicárselo, a duras penas.

Por suerte, solo hizo falta que Gladys comenzara a comer a dos carrillos para que Quy la imitase, y entonces Cham sucumbió también a los muchos encantos de la gastronomía vietnamita, gimiendo de placer.

Erik me miraba feliz, todo estaba siendo más fácil en conjunto. Es muy cierto que las cosas a veces suceden como deben suceder, porque nada habría sido igual si se las hubiese tenido que apañar con su hijo solo.

Al poco, cuando los niños ya estaban a punto hasta de chuparse los dedos, llegaron María y José con sus peques, y se unieron a nosotros. La felicidad era total y estuvimos viendo, por un grupo de WhatsApp que habíamos creado, las fotos del resto con sus hijos, a los que iríamos conociendo en Hanoi en los siguientes días.

Capítulo 15



El día transcurrió entre juegos por parte de los niños, que lo alborotaban todo con sus risas. Gladys salía tras ellos y, lejos de llamarles la atención, los alentaba, por lo que yo me reía diciéndole a Erik que nos los maleducaría sí o sí, no era para menos.

En el fondo, no podíamos estar más encantados, ya que además ambos, y sobre todo Quy, se hacían entender bastante bien.

Por la tarde vino a vernos uno de los asesores con la intención de comprobar cómo iba todo, y de observar de primera mano el proceso de adaptación de los críos.

Lo primero que sucedió es que casi lo tiran por las escaleras, puesto que iban corriendo por ellas y el hombre a duras penas pudo mantenerse en pie. Los peques se rieron a más no poder y el hombre también nos sonrió, diciéndonos que le alegraba mucho ver lo bien que estaban.

Antes de bajar a cenar, tocó la hora de la ducha y de nuevo comprobamos que no era fácil separarlos, porque Cham puso un puchero de esos que hacen que a una el alma se le caiga a los pies.

—No me creo que le vayáis a hacer llorar por eso. La criatura solo quiere ducharse con ella, pues ya está—nos indicó Gladys, quien era muy práctica y tenía toda la razón.

La algarabía fue total en el cuarto de baño. Los niños, con la falta de pudor que les caracteriza, se desnudaron y se metieron en la ducha, comenzando a jugar con el agua.

Ese tipo de momentos los habíamos soñado tanto… Y estaban superando nuestras expectativas.

—¡La madre que os…! —soltó Gladys porque a punto estuvieron de darle un chapuzón a su móvil mientras los grababa, puesto que comenzaron a echarle agua a mansalva.

—¡Es una guerra de agua! ¡Quieren guerra! —intervino Erik, quien empatizaba mucho con los críos, porque

parecían encantarle.

—¿Una guerra de agua? ¡Se llevarán buenos chapuzones! —les chillaba yo, porque también me encantaba un juego.

No hace falta decir que un poco más y llega el agua hasta las escaleras. Quy se hizo con la alcachofa de la ducha y nos puso a todos perdidos. Cham, detrás de ella, era la cabeza pensante que le indicaba a su amiguita hacia dónde tenía que apuntar y ella lo hacía totalmente feliz.

Se trataba de dos críos estupendos, de un par de niños que solo querían lo mismo que el resto: poder reírse, jugar y tener quien los quisiera.

Nada de eso les iba a faltar. Tampoco les faltaría nada de lo que sus padres les pudiésemos proporcionar.

Después de la ducha, los estuvimos peinando y vistiendo. Daba gusto comprobar que les habían tratado muy bien, y que su pelo estaba cuidado e hidratado. No puedo hablar por todos los orfanatos del país, puesto que yo solo estuve en ese, pero desde luego que las monjitas pusieron el alma y la vida para que ellos estuviesen bien.

Llegó la hora de vestirlos. Era la primera vez que estrenarían sus ropas y parecía que Erik y nosotras nos pusimos de acuerdo a la hora de comprarla, toda una casualidad. Mientras que Quy estrenó un vestidito de lino blanco con menorquinas, Cham estrenó camisa también de lino blanco, con unas bermudas y otras menorquinas.

—¡Por Dios, que no sé lo que les hago! —chilló Gladys cuando los vio a los dos salir a las escaleras, monísimos.

—¿Y tú dónde estabas? —le pregunté curiosa, aunque ya me lo imaginaba.

—¿Y a ti qué te importa? Que eres tú muy curiosa.

—Vale, pues entonces ya me lo has dicho todo, hablabas con Emma, ¿me equivoco mucho?

—Ni media palabra te pienso contar.

—Te gusta, y tú también le haces tilín a mi secretaria, no lo puedes negar.

—Tú no hablas de tu vida privada, así que yo tampoco soltaré prenda—me advirtió.

—Pero eso es porque yo no tengo vida privada ni tampoco quiero tenerla—le aclaré.

—Bueno, será por lo que quieras, pero no pidas lo que no das…

Me volví y vi que Erik sonreía. Todo lo que decíamos le hacía gracia, era muy risueño. Además, estaba encantado porque al adelantarme yo, Quy le dio la mano, y como Cham parecía un monito de repetición, como que se la dio también y a toda carrera.

—Qué ideales los tres, esperad que os tomo una foto—les pidió Gladys—. Y tú, Silvia, ya te estás poniendo también—me ordenó.

—¿Y algo más? Si quieres te hago un saludo militar o alguna cosa, lo que tú me mandes.

—De momento sonríe, con eso me vale.

Era tremenda mi amiga, que enseguida se acercó con el móvil para que viésemos la foto. Cierto que salió sensacional y que los cuatro estábamos muy sonrientes.

Luego bajamos a cenar y tuvimos que esperarla, puesto que la conversación con Emma hizo que no estuviese lista antes.

—Yo siempre lo había pensado, pero me ella me decía que no—le explicaba a Erik mientras los niños jugaban con un simple servilletero, porque para ellos todo era novedoso, hasta el más mínimo detalle.

—Eso es porque igual albergaba ilusiones contigo—opinó.

—No, no, menos bromas, ella sabe que eso nunca sería posible, lo sabe de sobra. Jamás podría estar con una mujer. Bueno, en realidad es que ya creo que ni con un hombre—me eché a reír—, ¿sabes lo que te digo? Que yo solo quiero estar con mi niña, llevo toda la vida deseando ser madre y todo llega, hoy por fin se ha cumplido mi sueño.

—Brindemos por tu sueño, pues—me ofreció.

—Y por el tuyo, porque es un sueño común.

—Es cierto, parece que tú y yo tenemos varias cosas en común—me comentó con su perlada sonrisa a la vista.

Los niños nos miraron y nos imitaron con sus vasitos de zumo, a iniciativa de Quy, como no podía ser de otra forma.

Capítulo 16



Y por fin llegó la hora de marcharse a la cama. El día no pudo ser más intenso, esa es la realidad. Yo estaba encantada de la vida al ver que Quy tendría una adaptación de esas maravillosas. Y también al comprobar que Cham lo tendría más fácil al contar con ella al lado.

—Pues nada, mañana nos vemos—le comenté con alegría a Erik, porque pasar la primera noche con mi niña me supondría otra de esas experiencias irrepetibles.

—Así es. Mañana nos vemos—me comentó él, que no solo estaba contento, sino también agradecido.

Gladys me tomaba fotos mientras yo le ponía el pijamita a Quy. Bueno, es un decir, mientras se lo daba y se lo ponía ella, que no solo no era un bebé, sino que se trataba de una niña que estaba acostumbrada a sacarse las castañas del fuego ella solita.

Todo en ella me fascinaba, pero su sonrisa, esa que no se le borraba del rostro, era… Era para perder el sentido, y cabía la posibilidad de que yo lo perdiese.

Nuestra habitación estaba provista de una cama doble y de una simple. En la grande dormiríamos mi niña y yo, mientras que en la otra lo haría Gladys.

La oportunidad de poder pasar la noche abrazada a ella constituía para mi todo un regalo. Un regalo que me cayó del cielo, porque no podía estar más contenta. La cría también miraba la cama, tan grande, y parecía flipar.

La adaptación de Quy iba a resultar fantástica porque ella, aunque yo imaginaba que no se olvidaría de su pasado (ni mucho menos lo pretendía, que es fundamental conocer sus orígenes para cualquier persona), se adaptaría a la perfección al que sería un mundo nuevo.

—Ay, Dios, ¡me lo temía! —exclamó a los pocos minutos Gladys, cuando yo salía con Quy del baño, donde nos habíamos cepillado los dientes a dúo.

—Ya está llorando el chiquitín, es que se me encoge el corazón…

Mi niña me miraba y yo le ponía la carita del emoji de penita, más o menos, para que me entendiese.

Ella comenzaba a saber leer un poquito y nos podíamos entender algo por el traductor de Google, pero como que me gustaba más hacerme comprender de un modo más personal, como que con gestos y unas cuantas palabritas sueltas creábamos más vínculo entre nosotras.

Nos metimos en la cama y la acurruqué. La lamparita de la mesilla de noche, por si acaso le daba miedo la oscuridad, la dejé encendida.

Ella estaba callada, aunque yo notaba que su corazoncito se iba revolucionando conforme el crío lloraba y lloraba Lo mismo le pasaba al mío, que parecía estar corriendo a sprint.

Lo de Cham nos daba mucha penita a todos, y no digamos ya a ella, que se había criado con él y que debía quererlo como a un hermano.

Supongo que no fue casualidad, sino que esas cosas pasan, y por algo… Lo digo porque las tres nos sentamos en la cama al mismo tiempo.

—Ese llanto clama al cielo. Se me mete en la sesera y no puedo dormir—me decía Gladys mientras que mi niña ya iba hacia la puerta.

De Quy llamaba la atención que no era nada temerosa en el sentido de que no pensaba en si lo que estaba haciendo podría o no molestarme en ningún momento. Tenía mucho carácter y tomaba sus propias decisiones.

La seguimos y ella llamó a la habitación de Erik, quien abrió un tanto consternado.

—Lo siento, no os deja dormir, ¿verdad? Os prometo que lo estoy intentando todo, pero es que tiene una pena... Yo comprendo que es normal, pero se me parte el alma. Ojalá lo llevase como Quy, ella está formidable.

—Formidable y un poco mandona, mírala, yo es que alucino con ella.

Sin encomendarse a Roma ni a Santiago, mi niña tomó de la mano a su amiguito y se lo llevó a nuestra habitación Los tres adultos nos quedamos atónitos, porque era la solución más lógica, pero ella no pidió permiso.

—Yo solo digo que es lo mejor, obvio, porque de otro modo nos terminarán echando del hotel —nos dijo Gladys cuando hasta María se acercaba en batín, alertada por los llantos que le había escuchado a Cham.

—¿Está bien el niño? —nos preguntó.

—Ahora parece que sí, porque Quy se lo ha llevado a dormir con ella—le respondió Gladys.

—Angelito, es que cada uno necesita su tiempo y a él le costará un poco más. Dao duerme que da gloria desde hace rato. También ella es más pequeñita y se entera menos.

—Por eso no lo digas, porque Quy dormirá igualmente como un lirón, y es mayorcita—le comenté.

—Debes tener paciencia con Cham, todo pasará. Cuando Manu llegó a nuestras vidas también venía con sus particularidades, y enseguida se adaptó—le comentó a Erik.

—Te lo agradezco, María—le contestó él un tanto preocupado.

—Que sí, hombre, que sí, que te lo digo que yo que ya tengo el título de madre experimentada. Ninguno viene con libro de instrucciones, y encima estos hablan otro idioma, pero te digo yo que el amor rompe todas las barreras, la hace añicos, te lo prometo.

—Gracias, María, eres un encanto.

—Eso sí, yo esta noche dejaba que durmieran juntos. Es más, os lo pido en nombre de todos los que estamos en el hotel, porque si no será imposible descansar. Ese hijo tuyo tiene una voz que ni un tenor—rio ella.

Sí que la tenía, y no solo para cantar, sino para dar unos recitales de llanto que estremecían a todo el que los escuchaba.

Erik me miró y claudicó.

—Supongo que, por el bien general, debe ser así. Ya tendré otras muchas noches para pasar con él—nos indicó con pena.

—De eso nada, tú vete a la habitación con ellos, y yo me quedo aquí en la tuya, no te vas a quedar sin ver a tu niño la primera noche, faltaría más—le ofreció Gladys y yo me quedé patidifusa.

—¿Está bien el niño? —nos preguntó.

—Ahora parece que sí, porque Quy se lo ha llevado a dormir con ella—le respondió Gladys.

—Angelito, es que cada uno necesita su tiempo y a él le costará un poco más. Dao duerme que da gloria desde hace rato. También ella es más pequeñita y se entera menos.

—Por eso no lo digas, porque Quy dormirá igualmente como un lirón, y es mayorcita—le comenté.

—Debes tener paciencia con Cham, todo pasará. Cuando Manu llegó a nuestras vidas también venía con sus particularidades, y enseguida se adaptó—le comentó a Erik.

—Te lo agradezco, María—le contestó él un tanto preocupado.

—Que sí, hombre, que sí, que te lo digo que yo que ya tengo el título de madre experimentada. Ninguno viene con libro de instrucciones, y encima estos hablan otro idioma, pero te digo yo que el amor rompe todas las barreras, las hace añicos, te lo prometo.

—Gracias, María, eres un encanto.

—Eso sí, yo esta noche dejaba que durmieran juntos. Es más, os lo pido en nombre de todos los que estamos en el hotel, porque si no será imposible descansar. Ese hijo tuyo tiene una voz que ni un tenor—rio ella.

Sí que la tenía, y no solo para cantar, sino para dar unos recitales de llanto que estremecían a todo el que los escuchaba.

Erik me miró y claudicó.

—Supongo que, por el bien general, debe ser así. Ya tendré otras muchas noches para pasar con él—nos indicó con pena.

—De eso nada, tú vete a la habitación con ellos, y yo me quedo aquí en la tuya, no te vas a quedar sin ver a tu niño la primera noche, faltaría más—le ofreció Gladys y yo me quedé patidifusa.

Capítulo 17



Quy no tenía un pelo de tonta y ya estaba metida en la cama con Cham, pero en la grande, ambos tumbados a la pata llana.

Nos daba absolutamente lo mismo, porque Erik y yo no nos íbamos a acostar juntos, eso sí que era igualmente obvio.

Cham ya estaba calmado. Ella actuaba como un bálsamo para él, además de que le cantaba por lo bajini una especie de canción de cuna que, más que dormido, parecía estar dejándole anestesiado.

—Más que una hija, parece una madre—me decía él, mirándola con incredulidad.

—Chico, estarán sopa en dos minutos, y nosotros también deberíamos descansar—le ofrecí.

—Cierto y el caso es que, a consecuencia del recital que ha dado, yo estoy como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Por favor, duerme tú—me pidió mirando la cama individual que quedaba libre—, yo me quedaré en este pequeño sofá—apuntó a uno chiquitín que completaba la habitación, que pedimos de lo más amplia.

—Vale, pero luego. Te veo un poco necesitado de conversación, ¿no es así? —le pregunté.

—¿De conversación? Si te digo la verdad, a mí lo que me sentaría de fábula sería un lingotazo, un orujo de esos de mi tierra que lo curan todo—rio—. Oye, no quiero darte la impresión de ser un degenerado, solo es que el día ha sido muy completo—me comentó.

—Completo al máximo, y jamás podrías parecerme un degenerado. Eres un tipo fenomenal y lo llevas todo muy bien, no es nada fácil enfrentarse solo a esto, ¿y si te digo que igual te puedo conseguir algo de alcohol? Nada del otro mundo, pero sé de una que guarda una petaquita…

—¡No jodas! —exclamó con los ojos tan abiertos que no parecía él.

—Espera, que seguro que la encuentro, y por algún sitio debe haber un par de vasos. No serán copas de lujo, pero menos da una piedra—le dije mientras iba dando con todo ello.

—Para mí, es la mejor copa del mundo—me confesó mientras le serví un poco de alcohol en su vaso e hice lo mismo en el mío—, más que nada porque brindaremos en el día más importante de nuestras vidas y, al menos por mi lado, en una compañía excelente.

—Gracias—le comenté con las mejillas teñidas comprobando a todo esto que los niños ya estaban totalmente dormidos, pues antes no lo hubiéramos hecho.

Nos sentamos los dos en el pequeño sofá y allí conversamos. Erik era un verdadero encanto y estaba muy contento por la posibilidad de permanecer en la habitación con todos nosotros. Yo también lo estaba de poder compartir esos momentos con él porque no solo me agradaba muchísimo, sino que entendía que solo nosotros podíamos empatizar de ese modo, al compartir una experiencia como aquella.

Él no tenía ni pizca de sueño, pero es que a mí también se me había espantado por completo. Le noté con ganas de hablar, y eso que era de esos hombres que parecen hacerlo solo con mirarte, sin necesidad de decir nada.

Tras unos segundos en silencio, fue él quien tomó las riendas de la conversación.

—Oye, ¿te puedo preguntar algo?

—Dime, aunque si es en vietnamita seguro que no sé responderte. Para mí que yo no habría aprendido este idioma, aunque hubiese nacido aquí—reí.

—Seguro que sí, y ahora también lo aprenderías en un periquete, eres una mujer inteligente, se te nota de lejos…

—No, no tanto, no creas que soy de las que ve la hierba crecer. Para los estudios y eso, como que sí, como que se me han dado muy bien, pero para el resto… no te puedes imaginar hasta qué punto me la han dado con queso.

—¿Tanto? No puede ser… Tú no lo mereces, no lo mereces en absoluto.

—Ya, pero es que, por lo visto, la vida no va así. Da igual lo que merezcas o no, como estés destinado a llevarte un palo, te lo llevas tan gordo que a punto está de abrirte la sesera—le sonreí.

—A mí me encantaría saber cuál es el palo que te llevaste. Si tú me lo quieres contar, claro…

Me quedé en silencio. Jamás hablaba del tema de Pablo con nadie. Eso lo había enterrado el día que salió la

sentencia que, definitivamente, le condenó a un tiempo de cárcel. Desde entonces fue un tema tabú, un tema que no creí que volviera a salir de mi boca.

—Lo siento, pero no puedo. Quizás con varios litros más de alcohol, pero como no es el caso, solo tenemos una petaquita—le sonreí.

—Entiendo, y supongo que tampoco tendrás ganas de compartirlo conmigo. En el fondo es lo normal, en mi caso no suelo ir contando por ahí lo que me sucedió con Nuria.

—¿Nuria era tu mujer? —me interesé porque él me dio pie—. Es que yo tengo la sensación de haberte visto con alguna en cierta reunión, aunque eso tampoco quiere decir nada porque Gladys no es la mía y aquí está.

Él permaneció unos segundos sin contestar, tras los cuales arrancó la moto.

—Sí, Nuria es mi mujer, o lo era… Quiero decir que todavía no nos hemos divorciado, pero que estamos en ello.

—Vaya, lo siento—murmuré.

—No lo sientas. Para el resultado que hubiese dado, ha sido mejor antes que después. Ella no quería a Cham, por lo visto solo inició los trámites de adopción conmigo por no decepcionarme, pero luego me lo echó en cara. Me tildó de egoísta y de no sé cuántas cosas más. Por lo que me dijo, yo no era más que un rompepelotas que le había jodido la vida con la cuestión del crío. Me dejó plantado y con el tema de la adopción de por medio. No fue nada fácil, porque se había iniciado en pareja y temí que echaran para atrás el expediente, pero finalmente he podido salvar la situación. Supongo que las cosas pueden llegar a complicarse mucho, pero igual no tanto—me sonrió porque era un tipo muy positivo.

Si llego a dejarme llevar por lo que sentí en ese momento, mi rostro se habría bañado en lágrimas. Le entendía tan bien, tanto que él no podía ni sospecharlo. Yo también sabía lo que era que tu pareja no quiera hijos, aunque en el caso de Pablo traspasó todos los límites, llegando hasta a delinquir para evitarlo.

—Cielos, es terrible, aunque a mí no me extraña absolutamente nada.

—¿No te extraña? ¿Te pasó lo mismo? ¿Te dejaron tirada en medio del proceso? —se interesó de nuevo.

Teníamos ganas de hablar y de sincerarnos el uno con el otro. Erik me parecía ese amigo al que se lo puedes contar todo, sabiendo que es una tumba y que lo hablado quedará entre vosotros.

No tenía referencias de él y le acababa de conocer, pero tenía esa sensación respecto a su persona y me daba muy buena espina.

—No, a mí no me dejaron en medio del proceso, a mí me hicieron abortar y que me ligara las trompas, y todo a través del ardid más malévolo que puedas imaginar. Pablo era un monstruo, un monstruo mentiroso y embaucador, y yo lo ignoraba.

—¿Cómo has dicho? Perdona, pero es que no sé si en esta habitación hace demasiado calor o es que a mí se me ha bajado hasta la tensión…

—Ha sido lo segundo, porque de temperatura vamos bien—le aseguré.

—¿Pablo era tu marido y te hizo eso? ¿Por qué?

—Porque yo solo representaba una tapadera para él, por eso. Y porque no quería hijos. Estaba liado con un cardiólogo llamado Alejandro y, cuando me quedé embarazada sin que ello entrase en sus planes, me llevó a su consulta y el otro me convenció de que tenía una patología coronaria incompatible con el embarazo. Si seguía adelante, me moría, ¿cómo lo ves? Y eso que estoy más sana que una pera.

—Cielos, es realmente terrible, ¿cómo pueden suceder cosas así?

—Pues sucediendo, y eso que su padre era amigo del mío, que murió antes de la boda, y prometió ante su tumba que me cuidaría siempre. Claro que hablo de mi exsuegro, de Humberto, que se portó muy bien conmigo. No así su hijo, que fue para echarle de comer aparte.

—Maldito hijo de la gran… Y su amante igual. Los dos habrían de pudrirse en el infierno.

—Alejandro ya se está pudriendo. Murió a consecuencia de las heridas sufridas en un accidente el mismo día en e que yo me enteré de todo. Karma lo llaman. En cuanto a Pablo, pasará unos añitos en una cárcel, pero ha perdido su familia y, por tanto, a su dinero, que era lo que más le importaba junto con Alejandro. Ahora ya no le queda nada.

—Jamás hubiera podido imaginar que has pasado por una historia así, Silvia. Y yo que pensaba que lo mío era fuerte. Un chiste es al lado de lo que tú has vivido.

—No, no digas eso. A cada uno se le hace fuerte su historia. Y más si la ha vivido con el tema de los hijos de por medio, y tal. Yo no soy más fuerte que nadie, me tocó vivir lo que me tocó vivir. No pude esquivarlo y, por tanto, tuve que enfrentarlo.

Noté que los ojos se le empañaban al escucharme. Yo estaba igual. En ese momento éramos como dos almas gemelas que abrían su corazón y sacaban de dentro la negrura que los asoló durante un tiempo.

—Aun así, lo siento mucho, siento muchísimo por lo que has tenido que pasar…

—Imagínate, yo estaba ajena a todo. Vivía en mi propia pompa, pensando que Pablo me quería y que todo lo hací por mi bien.

—Yo también creí que Nuria me quería. Igual es que somos un poco ingenuos, aunque lo tuyo traspasa todo lo traspasable, ¿por eso no te planteaste tener hijos biológicos?

—No fue exactamente así…

Le conté lo de la consulta al ginecólogo y el encuentro con Dao, la niñita vietnamita.

Él me escuchaba como hechizado, interiorizando cada una de mis palabras, que hacía suyas. Erik era un tipo extremadamente sensible, muy cariñoso y empático.

—Qué bonita esa última parte…

—Sí, alguna había de serlo. No se puede ser desgraciado a tiempo completo—lancé una risilla maléfica.

—Tú no eres ninguna desgraciada. El desgraciado fue quien te hizo eso. Ese tío no merece vivir y menos habiéndoselo hecho a alguien como tú, que eres bondad pura.

—Oye, que yo también tengo mi genio, que cuando me pongo en plan sargenta…

—Me encantaría verte en plan sargenta, debe ser muy divertido. Va en serio, eres una mujer increíble y no te mereces lo que te ha ocurrido.

—Tú tampoco te lo mereces, por lo que veo nos han apaleado a los dos…

—Sí, pero a ti de una manera atroz. Lo único que te deseo es que la vida te devuelva, multiplicado por mucho, todo lo bueno que se llevó—brindó nuevamente conmigo.

—Y ya me lo está devolviendo, Erik. Ojalá tú también encuentres la felicidad…

—Lo mismo te digo. Creo que ya la estoy encontrando…

Supuse que lo decía por su niño. Cham dormía ya como un bendito con su cabecita puesta sobre el pecho de mi

Quy. Les tomamos unas cuantas fotografías para el recuerdo, porque esa noche, la primera que pasábamos con ellos, sería irrepetible. Además, también estaba resultando una noche de confesiones muy bonita, porque lo duro, cuando se comparte, se ablanda.

a

Por fin el sueño nos rindió y entonces yo me dejé caer en la cama mientras que él lo hizo en el sofá. Le ofrecí hacerle un cambio, porque el sofá era pequeño e incómodo, y él era más alto que yo, pero no aceptó de ninguna manera. Decía estar ya inmensamente agradecido y no aceptar que yo pudiera llegar a descansar peor.

Quy. Les tomamos unas cuantas fotografías para el recuerdo, porque esa noche, la primera que pasábamos con ellos, sería irrepetible. Además, también estaba resultando una noche de confesiones muy bonita, porque lo duro, cuando se comparte, se ablanda.

Por fin el sueño nos rindió y entonces yo me dejé caer en la cama mientras que él lo hizo en el sofá. Le ofrecí hacerle un cambio, porque el sofá era pequeño e incómodo, y él era más alto que yo, pero no aceptó de ninguna manera. Decía estar ya inmensamente agradecido y no aceptar que yo pudiera llegar a descansar peor.

Capítulo 18



Nos despertaron las risas de los niños. Por lo que nos dijeron las monjitas, ellos estaban acostumbrados a madrugar, y nosotros pudimos comprobarlo.

Miré para la cama y Quy le sonreía a Cham, a quien le estaba costando ubicarse. Enseguida debió comentarle que estábamos en el hotel y él recordó. En ese instante le dio un abrazo.

Erik y yo nos miramos. En principio, respetamos ese tiempo que necesitaron para ponerse al día, pero enseguida nos acercamos a su cama con la intención de darles un enorme abrazo.

No en vano, eran nuestros hijos y, para nosotros, el primer amanecer con ambos. Yo estaba que me moría de la felicidad, enamorada de aquella pequeñaja y de todo lo bueno que la vida me estaba poniendo por delante.

Los críos comenzaron a reírse, tras el abrazo. Quy, ya he hablado de ello, era una pequeña revolucionaria que, sin pensarlo mucho, cogió su almohadón y me dio con él en toda la cabeza. Yo tampoco me lo pensé, yendo por el mío, y metiendo a Cham en el juego, al darle a él. El crío, divertido, le dio uno a Erik, quien tampoco dudó en coger otro y ¡ya estaba el lío!

Gladys, que tenía llave de la habitación, no tardó en llegar, encontrándonos a todos entre juegos, encantados de la vida.

—¡La madre que os trajo al mundo! Creí que se había declarado una guerra…

—Y se ha declarado, ¿quieres participar? —le pregunté mientras le daba en toda la cabeza a ella también.

—Fea, esta vez te la cargas—me dijo quitándome el almohadón y dándome varias veces seguidas. Mi vida en imágenes vi en ese instante, porque bruta era un rato largo y casi me clava en el suelo como si fuera una chincheta.

Los críos, viéndome un tanto desvalida, corrieron a ayudarme. No podían ser más lindos, cuánto habíamos

acertado al ir a por ellos. Se lo merecían todo, y ese no era más que el principio de una preciosa historia que culminaría con la más feliz de las vidas por su parte.

Allí se llevó almohadazos hasta el apuntador, a mí incluso me dolía ya la cabeza, así que di un grito.

—¡Stop! —chillé poniendo la mano y entonces todos se pararon al mismo tiempo.

—Ya salió la sargenta—murmuró Erik, por lo que le dije la noche anterior.

—Así es, ¿no decías que querías verla? Pues mucho cuidadito con darme un almohadazo más, que me estáis maltratando las neuronas.

Los niños me miraban sin entenderme, pero yo les hacía gestos que indicaban que me iban a dejar tonta, y ellos se carcajeaban. Entonces fue cuando Erik se llevó a Cham a su habitación y al poco volvieron como dos pinceles.

Nosotras también nos habíamos puesto monísimas, con unos vestiditos cortos y unas sandalias de cuero, preparadas para las altas temperaturas que habían pronosticado para ese día.

Nada más ver a la familia de María en el comedor, Quy corrió a coger en brazos a Dao, a quien le dio conversación en su idioma. Cuando la veía así, me daba por pensar que pronto estaría hablando en castellano, en nuestra casa, y me parecía un milagro.

Cham se les unió y hasta le cantó algo a la pequeña. Cuando le daba por hacerlo todos le mirábamos, porque realmente era una de esas voces angelicales que no puedes parar de escuchar.

Lo más bonito del caso fue que Manu también se unió al grupo de niños, y entonces trató de seguir la canción de Cham, haciéndole los coros, lo mismo que Quy y que Dao, esta última con su lengua de trapo.

Cuando acabaron, los mayores les aplaudimos, pero entonces Manu tuvo la idea de comenzar a cantar en castellano la típica de *"Un elefante, se balanceaba…"*

Al principio, los niños apenas podían repetir alguna palabra, lo mismo que le sucedió a él con la canción en vietnamita, pero poco a poco se fueron soltando y chapurreaban algo.

La escena era preciosa y todos estábamos por encargar un babero más que el desayuno, mientras que Gladys lo grababa.

Teníamos que llevarnos todos los recuerdos posibles de allí. Cuando terminaron con la canción, Erik se sentó a su lado y, con suma paciencia, les hizo entender a través del traductor de qué iba la canción.

A ellos les hizo mucha gracia y enseguida comenzaron a hacer de elefantes y levantaban una pierna, como si se estuvieran balanceando. Dao los imitó, pero, al ser más pequeñita, se cayó y vino a darse en la cabeza con una de las sillas, por lo que las lágrimas salieron a borbotones de sus ojos.

Antes de que María o José pudieran acudir, ya Quy la acurrucaba entre sus brazos y la calmaba, con palabras de sosiego que le decía en su idioma.

De veras que todos ellos eran para comérselos, y ese día quedamos en que visitaríamos parte de Hanoi con los críos. Por lo que nos comentó Erik, finalmente las temperaturas no subirían tanto y el paseo sería bastante más agradable.

Los niños se sentaron todos juntos a desayunar y nos alegró ver que tenían buen apetito. No solo Quy cuidaba de ellos, Manu ya era mayor y estaba en todo, sirviéndoles cuanto les hacía falta.

—Yo no os digo nada, porque un hijo está genial, pero dos… ¡dos es lo suyo! —exclamaba encantada María.

—Tú díselo a esta, que donde dicen dos dicen tres, cuatro o cinco—reía Gladys a sabiendas de que yo hubiera muerto por una familia numerosa.

—La verdad es que a mí tampoco me gustaría que Cham se criase solo, ya veremos cómo viene la vida—añadió Erik.

—La vida viene como uno quiere que venga, eso no lo pierdas de vista—opinó María, que ya era madre de dos y que le gustaba presumir de ello, en el mejor sentido de la expresión, porque era una mujer estupenda.

Yo miraba a mi Quy y pensaba que darle un hermanito en el futuro podría ser el mejor regalo del mundo, sobre eso no tenía duda. Ya me había estrenado como madre y me sentía con un poder que jamás había experimentado.

A ellos les hizo mucha gracia y enseguida comenzaron a hacer de elefantes y levantaban una pierna, como si se estuvieran balanceando. Dao los imitó, pero, al ser más pequeñita, se cayó y vino a darse en la cabeza con una de las sillas, por lo que las lágrimas salieron a borbotones de sus ojos.

Antes de que María o José pudieran acudir, ya Quy la acurrucaba entre sus brazos y la calmaba, con palabras de sosiego que le decía en su idioma.

De veras que todos ellos eran para comérselos, y ese día quedamos en que visitaríamos parte de Hanoi con los críos. Por lo que nos comentó Erik, finalmente las temperaturas no subirían tanto y el paseo sería bastante más agradable.

Los niños se sentaron todos juntos a desayunar y nos alegró ver que tenían buen apetito. No solo Quy cuidaba de ellos, Manu ya era mayor y estaba en todo, sirviéndoles cuanto les hacía falta.

—Yo no os digo nada, porque un hijo está genial, pero dos… ¡dos es lo suyo! —exclamaba encantada María.

—Tú díselo a esta, que donde dicen dos dicen tres, cuatro o cinco—reía Gladys a sabiendas de que yo hubiera muerto por una familia numerosa.

—La verdad es que a mí tampoco me gustaría que Cham se criase solo, ya veremos cómo viene la vida—añadió Erik.

—La vida viene como uno quiere que venga, eso no lo pierdas de vista—opinó María, que ya era madre de dos y que le gustaba presumir de ello, en el mejor sentido de la expresión, porque era una mujer estupenda.

Yo miraba a mi Quy y pensaba que darle un hermanito en el futuro podría ser el mejor regalo del mundo, sobre eso no tenía duda. Ya me había estrenado como madre y me sentía con un poder que jamás había experimentado.

Capítulo 19



De Hanoi yo ya sabía que era una ciudad caótica, puesto que eso lo había leído en más de una ocasión. Pero también descubrí una ciudad vibrante que me llegó al corazón.

He de comentar que hasta esa mañana apenas habíamos visto nada de ella. Por otro lado, resultaba lo lógico ya que allí no estábamos para hacer turismo ni mucho menos, sino para recoger a nuestros hijos y hacer el período de adaptación lo más fácil posible.

Cham estaba muy contento porque íbamos todos juntos, así que nada debíamos temer en un precioso día soleado que nos sirvió de marco para pasear con ellos.

Lo primero que hay que comentar al respecto es que cuando llegas a Hanoi el choque cultural resulta bestial, lo cual no quiere decir nada malo porque, tan pronto llevas unas horas allí, compruebas con alegría que te has enamorado del lugar y de sus gentes.

Nuestro hotel estaba situado en *Old Quarter*, en el Barrio Antiguo de la capital, la zona considerada como la más auténtica y una que nos conquistó tan pronto comenzamos a visitarla.

He de decir, eso sí, que tiene su peligro a la hora de cruzar las calles, algo que ya nos advirtió Erik, y que provocó que cada uno de nosotros cogiera fuerte de la mano a nuestros pequeños para no sufrir ningún incidente.

La cuestión es que el barrio está compuesto por multitud de callecitas estrechas, que a su vez se encuentran plagadas de pequeñas motos que los locales van dejando en las aceras, ¡así como suena! El resultado de aquello es que, ante la casi absoluta imposibilidad de transitar por las aceras, has de hacerlo por la calzada, ¡y entonces prepárate!

Un tanto nerviosos, íbamos soltando risillas mientras tratábamos de imitar a los lugareños, que eran unos auténticos artistas a la hora de cruzar las calles. Y es que tampoco era fácil, ya que para hacerlo debías sortear bicicletas, más motos, los famosos *tuc tucs* y hasta a cantidad de mujeres que llevan fruta en unas tradicionales cestas.

Por si todo esto fuera poco, el ruido de los cláxones es incesante y se te mete en los oídos de un modo que resulta un tanto loco. Nuestros niños iban un poco sobrepasados porque, como ya he comentado, ellos apenas conocían más que el interior de sus orfanatos, y todo lo que comenzaban a vivir esa mañana era para ellos como de ciencia ficción.

Parecían muñequitos de cómics, aferrados a nosotros y con los ojos muy, muy abiertos… En el fondo, no se querían perder nada de lo que veían, y mucho menos Quy, ya que mi niña era muy lanzada y parecía encandilada con ese nuevo y vertiginoso mundo que se abría ante ella.

Descubrimos que no era tan difícil. En ningún momento debes parar, sino que lo suyo es seguir caminando y, en e momento en el que quienes van en bicicleta y en el resto de los vehículos te ven, mientras caminas lentamente, son ellos quienes se encargan de esquivarte.

Eso sí, la primera vez que cruzamos una calle, María terminó santiguándose, y Gladys resoplaba de un modo tan fuerte que estaba refrescando el ambiente.

Nos apetecía visitar, siempre que los peques fueran a gusto, el lago *Hoan Kiem*, un icono de la capital, de madera roja, que a los niños les gustó mucho y en el que les tomamos bonitas fotografías.

Siguiendo el puente, llegamos a un islote en el que contemplar un templo tan pequeño como famoso llamado *Ngo Son*.

Para los niños todo era nuevo y precioso, y los ojos se les hicieron todavía más grandes al contemplar la cantidad de dulces, caramelos y galletas que son dejados como ofrendas en un templo en el que también se ofrecían palillos de incienso.

No es que pudiéramos decir que fuese una maravilla, pero sí curioso de ver, y sobre todo que a los críos les gustó, por lo que lo dimos por más que bien empleado.

Lo que sí os puedo decir es que, más que del templo, nos quedamos enamorados del carácter de los vietnamitas, todos los cuales se acercaban con cariño a los críos, se interesaban por ellos y hasta terminaban por tomarse una foto en su compañía, siempre con nuestro permiso, puesto que también son muy educados y formales.

Tras esa enriquecedora incursión, seguimos caminando por el Barrio Antiguo, no sin antes parar para tomar un refrigerio con los niños. Aparte, llevábamos agua en todo momento para evitar que pudieran deshidratarse, y María nos daba todos los consejos habidos y por haber para refrescarlos, por eso de que ya tenía experiencia.

A mí, como arquitecta que soy, todos los edificios me iban llamando la atención, y Gladys, que lo sabía, se reía al respecto.

—Tomando ideas está, ahí donde tú la ves. Luego realiza unas fusiones que son alucinantes—le decía a Erik.

—No le hagas ni caso, que me quiere vender muy bien—le comentaba yo a él.

—Y ella que no se deja—reponía la otra, que tenía más razón que un santo.

Erik, desde luego, reunía todas las características que una mujer puede querer en un hombre. Yo lo reconocía y, hasta si os soy sincera, comenzaba a sentirme atraída por él, si bien pensaba que mi vida, y más en esos momentos, se desarrollaría muy lejos de hombre alguno.

Conforme avanzábamos por sus calles, comprobamos que estaban distribuidas en función de las profesiones.

—¡Es alucinante! —decía María cuando nos paramos en la calle de las flores, puesto que ella era florista y claro, como que se quedó impresionada al ver semejante curiosidad.

—Nos tenemos que ir ya, antes de que se desesperen los críos—le aconsejaba su marido, porque se estaban portando genial y no queríamos tener que dar por terminada la excursión a consecuencia de que alguno se pusiera patoso, pues ya llevábamos allí varios minutos.

Una preciosa joven, que debía ser la hija del dueño, salió del interior de una floristería, regalándonos una flor a cada una de las mujeres y niñas. Yo le quise pagar, pero ella se negó en rotundo a coger ni una moneda, aduciendo que había sido un regalo y que le salió del corazón. Como digo, la gente allí te maravillaba por su autenticidad.

—Ahora sí que vamos a hacer una parada larga—nos anunció Erik con suma alegría y yo estaba totalmente ajena a qué se refería.

Enseguida lo comprendí, porque un poquito después de pasar por otra de las calles que me hicieron caer rendida a sus pies, la de las especias, llegamos al paraíso infantil; la calle de los juguetes.

En el instante en el que la pisamos comprendimos cuál era el verdadero sentido de la ilusión. Así, la calle *Luong Van Can* cuenta con multitud de coloridas jugueterías que llevaron al delirio a los más pequeños.

No hay mucho más que explicar al respecto, porque se volvieron locos y se lo querían llevar todo. Si por Erik hubiera sido, no me cabe duda de que habrían hecho el agosto y hasta cerrado las tiendas por fin de existencias, si bien fue María quien puso cordura en el asunto.

—Un par de detallitos para cada uno está genial, no queráis hacer de ellos unos consentidos o lo lamentaréis. Es e mejor consejo que os puedo dar…

Lo decía de corazón y, además, que así se entretuvieron muchísimo eligiendo los suyos. Su cara de ilusión no tuvo parangón y posaron para las fotos cada uno con sus juguetes, los cuales les sirvieron de entretenimiento para el resto del viaje.

Esos niños nunca habían tenido nada propio, y menos esos juguetes tan bonitos y alegres, por lo que para ellos fueron como tesoros que les dibujaron la más alegre de las sonrisas en el rostro.

Mientras ellos iban embelesados con sus monerías, yo seguía captando la esencia arquitectónica de la capital, mayoritariamente francesa, dado que durante muchísimos años se trató de una colonia.

Por tal razón, las fachadas de multitud de edificios son como reliquias que conservan ese aire decrépito y disminuido, pero en absoluto exento de encanto. Sobre él, y en claro contraste, ese desastroso tendido eléctrico que se deja caer por toda la ciudad. Como digo, se trata sin duda de un mundo de total contraste.

Como colofón a lo mucho que vimos en el barrio, donde al mediodía disfrutamos de nuevo de la gastronomía local a iniciativa de Erik, quien nos hizo la propuesta de tomar *banh mi*, otro de los bocadillos vietnamitas por antonomasia, nos dimos de frente con una especie de catedral que contaba con un innegable parecido a la de *Notre Dame*, por aquello que ya hemos comentado de la influencia francesa.

Yo me quedé bastante en shock al verla, porque tenía referencias de ella y la conocía por fotografías, pero contemplarla en vivo y en directo fue toda una experiencia.

Los niños ya estaban un poco cansados al atardecer, pues lo cierto es que llevábamos todo el día de un lado para otro. Lo hicimos así porque constituía una oportunidad de convivir y de que se relacionasen entre ellos, aparte de que hubiese sido un crimen no ver parte de lo mucho que Hanoi tenía para enseñarnos.

Cara a la noche, la capital se transforma. Es entonces cuando la gente acude en masa a cenar, en busca del aire libre.

Las calles se llenan de terrazas en las que tomar el fresco mientras te deleitas con alguna de las especialidades de la gastronomía local.

Los peques, aunque un poco cansados, no querían volver al hotel, puesto que las temperaturas daban una tregua y se estaba increíblemente bien en la calle. Yo es que no podía disfrutar más viendo a los críos sentados, cada uno con sus juguetes, refrescándose con unos zumos, viviendo su día a día como lo que eran… como niños.

No es que lo vaya a definir todo como realmente idílico, ya que tan pronto se estaban comiendo a besos como se enfadaban entre ellos, justo lo que entraba dentro de la más absoluta normalidad.

—Yo estoy encantada porque los veo francamente naturales, quiero decir que no están pendientes de nuestra aceptación. He escuchado casos de críos que desean hacerlo todo bien para que sus padres los quieran y no los "devuelvan" a los orfanatos, no hay nada que me pueda parecer más triste que eso—nos indicó María.

—Tienes razón—le decía yo porque ya lo había pensado, que ellos iban a su bola, que eran críos y que tan pronto tenían un berrinche como saltaban todos juntos y abrazados.

—Cham está contentísimo con sus amiguitos. Yo creo que esto no lo esperaba. El pobre mío debió pensar que se iba con un tío solo, con un desconocido con el que ni se entendería, y debía estar horrorizado. Lo que siento es no saber cómo actuará cuando lleguemos a casa—añadió Erik.

—Día a día, como decía Rambo—le comentaba María, que confiaba mucho en la adaptación del crío.

—Ese mico te va a sorprender. Dentro de nada no habrá quien le separe de ti, te lo tendrás que apartar de tu lado como si fuera una lapa—le decía Gladys, que también confiaba mucho en sus dotes como padre.

—Ojalá, me conformo con que me vea como un buen padre y se adapte a vivir solo conmigo—repetía él.

—Por supuesto que lo hará. Y otra cosa, qué drástico eres, "solo contigo", anda que le faltará pareja a un tío tan guapo como tú—le comentó María, por cierto, mirándome a mí, algo que provocó la risilla maliciosa de Gladys.

—¿Es más guapo que yo, cariño? —le preguntó divertido José, su marido, quien ciertamente no es que fuese un tipo demasiado apuesto.

—No, no, para nada, para nada—le respondió ella entre risas, porque el buen rollo en aquella reunión estaba servido.

—Yo estoy encantada porque los veo francamente naturales, quiero decir que no están pendientes de nuestra aceptación. He escuchado casos de críos que desean hacerlo todo bien para que sus padres los quieran y no los "devuelvan" a los orfanatos, no hay nada que me pueda parecer más triste que eso—nos indicó María.

—Tienes razón—le decía yo porque ya lo había pensado, que ellos iban a su bola, que eran críos y que tan pronto tenían un berrinche como saltaban todos juntos y abrazados.

—Cham está contentísimo con sus amiguitos. Yo creo que esto no lo esperaba. El pobre mío debió pensar que se iba con un tío solo, con un desconocido con el que ni se entendería, y debía estar horrorizado. Lo que siento es no saber cómo actuará cuando lleguemos a casa—añadió Erik.

—Día a día, como decía Rambo—le comentaba María, que confiaba mucho en la adaptación del crío.

—Ese mico te va a sorprender. Dentro de nada no habrá quien le separe de ti, te lo tendrás que apartar de tu lado como si fuera una lapa—le decía Gladys, que también confiaba mucho en sus dotes como padre.

—Ojalá, me conformo con que me vea como un buen padre y se adapte a vivir solo conmigo—repetía él.

—Por supuesto que lo hará. Y otra cosa, qué drástico eres, "solo contigo", anda que le faltará pareja a un tío tan guapo como tú—le comentó María, por cierto, mirándome a mí, algo que provocó la risilla maliciosa de Gladys.

—¿Es más guapo que yo, cariño? —le preguntó divertido José, su marido, quien ciertamente no es que fuese un tipo demasiado apuesto.

—No, no, para nada, para nada—le respondió ella entre risas, porque el buen rollo en aquella reunión estaba servido.

Capítulo 20



De nuevo estábamos por la noche en las habitaciones y ahí la cosa cambiaba un poco.

Nos habíamos pasado todo el día juntos y felices, pero llegaba la hora de que Cham se tuviese que separar de Quy y la cosa se oscurecía.

—Yo no voy a ser madre nunca, aparte de porque no voy a parir, porque no puedo escuchar llorar a un crío—me aclaró mi amiga, con lágrimas en los ojos.

—Yo tampoco he parido y no soy madre, que dices unas cosas…

—Vale, tienes razón, ¿y qué? ¿No has escuchado la segunda parte? Que puedo ser más bruta que un arado, pero que me da mucha pena escuchar a ese niño. Yo me largo a su habitación y repetimos la operación.

Justo abrió la puerta para marcharse cuando la aporrearon.

—Lo siento mucho, ha sido Cham. Dice que no duerme si no es con Quy, yo no sé lo que hacer…

—Pues darle un gusto al niño, que ha pasado ya mucho en la vida. Hasta mañana—nos dijo Gladys con la manita y nos dejó allí, alucinando.

—Ella es que no es de pensar mucho, más bien de actuar. Yo lo siento porque hasta vas a menguar en ese sofá, mejor será que hoy me dejes a mí en él—lo volví a intentar.

—Antes me quedo en el suelo, no podría permitirlo. Y menos con lo bien que os estáis portando con nosotros.

—Si no estamos haciendo nada…

—No, qué va. Oye, te propongo una cosa, ¿y si bajo a la tienda de la esquina por unas cervezas fresquitas? Ellos

dos se dormirán en nada…

—Pues mira, no te diré que no. Tampoco voy a reproducir lo que dijo Gladys cuando vio que le vaciamos la petaca, así que no nos queda nada.

—Vale, hoy te dejaré descansar pronto. Una birra para cada uno y punto.

Esperó a que los críos se durmieran. No tardaron ni cinco minutos. Quy volvió a cantarle a Cham y el crío cayó frito de inmediato, lo mismo que ella, a quien se le iban cerrando los ojitos.

En Hanoi, como en el resto de Vietnam, el mercado del alcohol es impresionante. Eso sí, nos habían aconsejado que evitásemos a los vendedores ambulantes, que a veces venden falsificaciones de marcas conocidas de esas que te hacen echar hasta la primera papilla que te tomaste en tu vida.

Ello no quiere decir, porque hay que ser justos, que no existan vendedores ambulantes honestos que no pretenden dar al visitante gato por liebre, sino que hay de los otros camuflados entre ellos y no son fáciles de detectar.

En cualquier caso, esto lo cuento a título anecdótico, porque nosotros a lo que menos habíamos ido a Vietnam era a beber, aunque a nadie le amarga un dulce y aquel ratito nocturno con Erik bien valía echarnos al gaznate una fresca cerveza.

Enseguida llegó con ellas y nos sentamos en el pequeño sofá, brindando y mirando a los críos.

—Se lo han pasado fenomenal hoy, ¿verdad? —me preguntó.

—Tan bien como nosotros, ha sido un bonito día.

—Mañana vienen de nuevo a preguntarnos por su adaptación, yo sentiré tener que decirle al asesor que Cham lo lleva regular.

—¿Regular? Esa es una percepción tuya. Parece que te has tomado una docena de cervezas y apenas has comenzado a saborearla. A tu niño le está costando un poquito más, ¿y qué? No tiene la más mínima importancia.

—Gracias, eras muy buena y me tranquilizas mucho. Supongo que me pone muy nervioso pensar en llegar a casa y que todo siga igual, que llore por las noches y que no os tengamos a mano.

—Por suerte, todos vivimos en Bilbao. Si te pasa eso una noche, te lo traes y punto—le sonreí.

—Claro, ¿y si le pasa todas las noches? ¿Entonces qué hago? ¿Me voy con vosotras y te pago alquiler? —rio.

—Dormitorios me sobran, desde luego—reí también—. Me gustan las casas grandes, con muchas estancias… Supongo que porque siempre soñé con una familia numerosa. En fin… que tu niño poco a poco estará más alegre que unas castañuelas. Tú al asesor no se lo pongas crudo, déjate de tonterías. Mejor le hablo yo y ya…

—Eres una mujer estupenda, Silvia, ¿lo sabes?

—Tú tampoco eres mal tipo, un poco tiquismiquis, pero no mal tipo—bromeé.

—Quizás lo sea porque cuido mucho lo que me importa, y me pongo un poco pesadito a veces, ¿no?

—Oye, que era broma, no te vaya yo a causar un trauma. Sí que eres buen tipo, en serio. Y menudo padrazo, ojalá Pablo hubiera sido la décima parte de lo que vas a serlo tú.

—Y ojalá Nuria hubiese mirado a un niño con un ápice del cariño que tú los miras—me confesó mientras que yo les echaba un ojo, me levantaba y comprobaba tocándoles en la frentecita si tenían calor.

Ambos críos iban a crecer rodeados de mucho amor. De eso hablamos en aquella noche, por espacio de dos o tres horas. La cerveza fresquita apenas nos duró unos minutos, pero la conversación se prolongó.

Conversamos sobre el pasado, sobre el presente y, sobre todo, sobre el futuro. Esos niños nos habían cambiado la vida, que de pronto veíamos mucho más bonita, como bonita era la amistad que se estaba forjando entre nosotros en aquellas noches.

De Hanoi me llevaría experiencias fantásticas, y el haber conocido a Erik sería una de ellas. Yo era consciente de que no tenía suerte para ciertas cosas en mi vida, pero sí para otras, y contaba con amigos fantásticos, como mi Gladys. Él podría ser otro de ellos. De hecho, tenía todas las papeletas para serlo.

La hora de dormir llegó sin que nos diéramos apenas cuenta. Nos encantó la charla y quisimos hacerla más larga, conociendo muchos más aspectos el uno de la vida del otro.

—Dormitorios me sobran, desde luego—reí también—. Me gustan las casas grandes, con muchas estancias… Supongo que porque siempre soñé con una familia numerosa. En fin… que tu niño poco a poco estará más alegre que unas castañuelas. Tú al asesor no se lo pongas crudo, déjate de tonterías. Mejor le hablo yo y ya…

—Eres una mujer estupenda, Silvia, ¿lo sabes?

—Tú tampoco eres mal tipo, un poco tiquismiquis, pero no mal tipo—bromeé.

—Quizás lo sea porque cuido mucho lo que me importa, y me pongo un poco pesadito a veces, ¿no?

—Oye, que era broma, no te vaya yo a causar un trauma. Sí que eres buen tipo, en serio. Y menudo padrazo, ojalá Pablo hubiera sido la décima parte de lo que vas a serlo tú.

—Y ojalá Nuria hubiese mirado a un niño con un ápice del cariño que tú los miras—me confesó mientras que yo les echaba un ojo, me levantaba y comprobaba tocándoles en la frentecita si tenían calor.

Ambos críos iban a crecer rodeados de mucho amor. De eso hablamos en aquella noche, por espacio de dos o tres horas. La cerveza fresquita apenas nos duró unos minutos, pero la conversación se prolongó.

Conversamos sobre el pasado, sobre el presente y, sobre todo, sobre el futuro. Esos niños nos habían cambiado la vida, que de pronto veíamos mucho más bonita, como bonita era la amistad que se estaba forjando entre nosotros en aquellas noches.

De Hanoi me llevaría experiencias fantásticas, y el haber conocido a Erik sería una de ellas. Yo era consciente de que no tenía suerte para ciertas cosas en mi vida, pero sí para otras, y contaba con amigos fantásticos, como mi Gladys. Él podría ser otro de ellos. De hecho, tenía todas las papeletas para serlo.

La hora de dormir llegó sin que nos diéramos apenas cuenta. Nos encantó la charla y quisimos hacerla más larga, conociendo muchos más aspectos el uno de la vida del otro.

Capítulo 21



Al día siguiente salimos de nuevo todos juntos a la calle. El asesor ya se había marchado, después de comprobar que todos los niños, incluso Cham, estaban más a gusto que un arbusto.

Salir todos juntos se estaba convirtiendo en un ritual muy enriquecedor. Los críos se lo pasaban bomba y los padres, de verlos a todos felices, también.

Apenas llevábamos unos minutos paseando por el Barrio Antiguo, y decidiendo la parte de la capital a la que acudiríamos ese día, cuando el ruido de una motocicleta asustó tanto a Cham (nada acostumbrado al bullicio) que, entre la multitud, se zafó de la mano de Erik y salió corriendo.

—¡Cham! —corrió su padre tras él, pues el crío cruzó la carretera como un loco.

A mí casi me da un infarto porque Erik se fue detrás y, si no llega a ser porque le sujeté, una moto le hubiese pillado, puesto que quedó a un centímetro de su cuerpo.

El conductor echó por la boca de todo y, aunque no lo entendíamos, bien se veía que nada era bonito. Aparte de que nuestros rostros, por el susto, quedaron del color de la cera, el problema fue que perdimos a Cham.

Es muy difícil describir lo que sientes cuando un crío al que has ansiado tanto se pierde en una ciudad como aquella, en la que apenas cabe un alfiler, y en la que cualquier cosa podía ocurrirle, simplemente al cruzar una carretera.

—Le vamos a encontrar tío, ¿estás bien? —le preguntó José mientras María estaba agarrada a sus niños y Gladys a Quy, atónitas. Mi niña comenzó a llorar al ver que Cham no estaba, y María se santiguaba entendiendo lo complicado de la situación.

—Estoy jodido, José. El niño se ha escapado por mi jodida culpa, ¿qué clase de padre soy? —le preguntó totalmente angustiado.

—Pues uno más de los que nos equivocamos todos los días, tío. Bienvenido al mundo real, además de que no has podido hacer nada. Casi dejas que te atropellen por ir tras él.

Yo notaba que me temblaban las piernas y Dao, viendo el llanto de Quy, comenzó a llorar también.

—Os tenéis que llevar a los niños al hotel—les pedí porque así no hacíamos nada y teníamos faena por delante.

María comprendió que era lo mejor que podían hacer, y se ofreció a llevarse a las crías junto con su hijo Manu, que la ayudaría.

—Yo me quedo con vosotros, ese niño es como una pimienta de chico y puede meterse por cualquier lado. Nos ha caído una buena—decía Gladys asustada mientras yo le hacía gestos para que se mantuviese callada, porque me daba una enorme pena de Erik.

Por suerte, Hanoi no está considerada una ciudad especialmente peligrosa. De hecho, a los turistas nos avisan que seamos cautos con nuestros bolsos, carteras y móviles, pero que poco más que un hurto es lo que nos puede ocurrir.

Sin embargo, en una ciudad con tanta gente siempre hay desalmados, y un crío asustado de tan corta edad podía ser el blanco de uno de ellos.

Aparte, y aunque tuviéramos la suerte de que nada de eso ocurriera, el simple hecho de que fuese a cruzar solo las calles ya suponía para el pequeño un peligro de muerte.

Erik estaba que se moría, no tenía consuelo mientras nos dividíamos para buscarle. Gladys se fue con José mientras que yo me quedé con él.

—Me lo van a quitar, después de que se enteren de esto no me considerarán apto para tenerlo, y es que me lo merezco—comentaba afligido, partiéndome el alma.

—No digas tonterías, eres un padrazo. Esto le podría ocurrir a cualquiera, tenemos que acudir a las autoridades…

—Sí, por favor, lo de menos es que den parte y me lo quiten, lo importante es que no le suceda nada. Me iré sin él con el alma rota, pero a mi niño no le habrá sucedido nada.

—Te voy a decir una cosa para que se te meta ya en la mollera esa de tiquismiquis que tienes; de aquí no te irás sin tu hijo. Todos nos iremos con ellos, ¿me has entendido? —afirmó con la cabeza—. Pues si me has entendido, mucho mejor. Vamos a buscarle.

No tardamos en dar con una pareja de agentes con quienes nos entendimos en inglés. Por suerte, fueron muy buenos con nosotros y le calmaron, diciéndole que le encontrarían.

Con rapidez, dieron parte a cantidad de unidades. El problema es que Hanoi cuenta con una inmensa población y dar con un niño era una verdadera aventura.

Mientras la policía se quedó con nuestro teléfono, Erik y yo nos bebimos las calles aledañas, soñando con que no estuviese demasiado lejos y pudiéramos encontrarle antes de que pasaran las horas.

Calle a calle, mientras corríamos, los pies nos echaban fuego, y entonces nos paramos a comprar unas botellas de agua a un vendedor ambulante.

—Nos vendrán bien o nos caeremos de culo, yo no puedo más—le decía deshidratada justo cuando vi, al lado del vendedor, a Cham sentado con una botellita en la mano.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! —le chillé a su padre, quien no daba crédito.

Se agachó y le cogió en brazos, llorando como si el crío pequeño fuese él.

—Hijo mío, ¿dónde te habías metido? —le preguntaba mientras el crío también lloraba, no sabíamos si quizás impresionado por ver llorar a Erik.

Yo también les abrazaba y el hombre insistió en regalarnos el agua, que hasta tuvimos que echarnos por la cabeza porque íbamos en las últimas.

Llamamos a los agentes que nos habían atendido, y que también nos dejaron sus números de teléfono, y aparecieron casi de inmediato.

—Dice que el crío le pidió agua y le dijo que su padre era un buen hombre y que vendría a por él—nos tradujeron y Erik se lo comía a besos.

—¿Lo has oído? ¡Ha dicho que soy un buen hombre! ¡Que su padre es un buen hombre! —chilló mientras me dio también a mí un sonoro beso en la mejilla.

No tardamos en dar con una pareja de agentes con quienes nos entendimos en inglés. Por suerte, fueron muy buenos con nosotros y le calmaron, diciéndole que le encontrarían.

Con rapidez, dieron parte a cantidad de unidades. El problema es que Hanoi cuenta con una inmensa población y dar con un niño era una verdadera aventura.

Mientras la policía se quedó con nuestro teléfono, Erik y yo nos bebimos las calles aledañas, soñando con que no estuviese demasiado lejos y pudiéramos encontrarle antes de que pasaran las horas.

Calle a calle, mientras corríamos, los pies nos echaban fuego, y entonces nos paramos a comprar unas botellas de agua a un vendedor ambulante.

—Nos vendrán bien o nos caeremos de culo, yo no puedo más—le decía deshidratada justo cuando vi, al lado del vendedor, a Cham sentado con una botellita en la mano.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! —le chillé a su padre, quien no daba crédito.

Se agachó y le cogió en brazos, llorando como si el crío pequeño fuese él.

—Hijo mío, ¿dónde te habías metido? —le preguntaba mientras el crío también lloraba, no sabíamos si quizás impresionado por ver llorar a Erik.

Yo también les abrazaba y el hombre insistió en regalarnos el agua, que hasta tuvimos que echarnos por la cabeza porque íbamos en las últimas.

Llamamos a los agentes que nos habían atendido, y que también nos dejaron sus números de teléfono, y aparecieron casi de inmediato.

—Dice que el crío le pidió agua y le dijo que su padre era un buen hombre y que vendría a por él—nos tradujeron y Erik se lo comía a besos.

—¿Lo has oído? ¡Ha dicho que soy un buen hombre! ¡Que su padre es un buen hombre! —chilló mientras me dio también a mí un sonoro beso en la mejilla.

Capítulo 22



El resto de la mañana la pasamos en un parque cercano al hotel. Ese día no estábamos para hacer turismo, la verdad.

Erik se había quedado machacado mentalmente, y el resto también. Sin embargo, los niños jugaban ajenos a la tragedia que pudimos vivir, que para eso eran niños.

El asesor vino, porque la policía tenía obligación de informarle de lo sucedido.

—Es el caos, hasta aquí llegó mi aventura como padre—nos comentó Erik cuando le vio aparecer, porque le habíamos dicho dónde estábamos.

Al contrario de lo que él pensaba, el hombre llegó y le estrechó la mano.

—Enhorabuena—le soltó.

—¿Y eso por qué? ¿Por ser el padre al que menos le ha durado un hijo aquí en Hanoi? ¿Me echan hoy mismo? ¿Es que he batido un récord?

El hombre le miró como no entendiendo nada, y no era para menos, porque Erik hablaba atropelladamente.

—Solo le he dado la enhorabuena porque me han dicho que actuó como un héroe, que casi deja que le atropellen por ir tras el niño. Padres así son los que nos faltan, ojalá todos los críos que están en los orfanatos vietnamitas encuentren un padre como usted.

A Erik casi le tenemos que coger con una cucharilla cuando el asesor se fue, porque se derritió.

—Os juro que creí que venía a quitármelo, ¿es que todo me va a pasar a mí? —nos preguntaba él.

—Pero todo lo bueno, macho, porque un poco más y te dan una medalla—le decía José.

—Pues al de la medalla le tiemblan las piernas todavía—decía de él mismo—. Y eso que yo creía que a los de Bilbao no nos podía pasar eso—rio.

—Qué va, a los de Bilbao os hacen en los Altos Hornos de Vizcaya, no te fastidia—reía Gladys.

Erik estaba súper emocionado, y el resto igual. Almorzamos en las inmediaciones del hotel, y luego subimos porque ese día no teníamos fuerza ni para echar viento, como decía yo.

Los críos jugaban juntos en nuestro dormitorio, mientras Gladys hablaba con Emma por los pasillos.

—Y lo seguirá negando, nunca la he visto tan emocionada con ninguna chica. Ella no es de llamar por teléfono ni nada de eso, y la tengo controlada, te digo que la llama dos o tres veces todos los días…

—Jolines, qué suerte, con lo bonito que es el amor, ¿verdad? —me preguntó.

—Yo es que prefiero ni acordarme, hasta miedito me da.

—No siempre sería igual, ¿eso lo has pensado?

—Algunas veces. El problema es que creo haber desarrollado una fobia al amor, ¿eso existe?

—Yo soy ejecutivo, no psicólogo—rio—. Pero diría que no, que es un miedo a secas.

—Un miedo tirando a terror…

—Para miedo el que he pasado esta mañana. Si le llega a suceder algo, no me lo habría perdonado en la vida. Quiero hacerlo bien, esto ha de salirme bien…

—Y te saldrá fantásticamente…

—Es que tengo la sensación de que, desde que he llegado a Hanoi, me va peor que a vosotros. Y eso que también estoy viviendo cosas maravillosas—me dijo mirándome fijamente.

—No te autosabotees, todo va bien, ¿ok? A ver si el de la fobia eres tú… Mira, yo voy a una psicóloga muy buena en Bilbao, te puedo dar su número—reí.

—Igual, cuando esté en Bilbao, me apetece más llamarte a ti que a tu psicóloga—me comentó entre risas también

—Pues igual sí, no te digo yo que no, pero en mí solo encontrarás a una amiga—le advertí por si iba con sus miras.

Yo ponía pie en pared. Y el caso es que Erik me molaba, más después de ver su actitud de esa mañana. Un hombre capaz de arriesgar su vida por los suyos no es una sabandija como Pablo, pero aun así…

Pasamos mucho rato charlando y esa tarde salimos los dos con los niños. Gladys se quedó descansando en el hotel, aunque lo cierto es que para mí que deseaba seguir charlando con Emma. En cuanto a María y José, ella sufrió una bajada de tensión a consecuencia del susto y se quedaron igualmente.

No nos marchamos demasiado lejos porque tampoco estábamos para muchos trotes. Eso sí, Erik llevaba tan fuerte cogido de la mano a Cham que él se quejó.

—Perdona, cariño—le pidió excusas porque ni cuenta se había dado.

—Es que tu padre es de Bilbao. Tú ahora no sabes lo que eso significa ni me entiendes una palabra, pero ya me entenderás—le decía yo bromista.

—¿Tú crees que le gustará Bilbao? —me preguntó con la ilusión en la cara.

—Yo creo que le encantará, aunque también estoy segura de que le gustaría cualquier lugar en el mundo en el que tú estuvieras, ya sabes lo que opina de ti—le guiñé el ojo.

—No sabe ese vendedor ambulante el regalo que me hizo al contármelo. Y encima no le pagamos ni el agua…

—No, pero ¿recuerdas la cadena de oro que yo llevaba puesta? —le pregunté.

—Sí, ¿dónde está?

—Igual se me quedó encima de su puesto, y llevaba unos cuantos diamantes incrustados…

—Eres única. Bella, generosa, amable, cariñosa, ¿acaso se trata de una broma? ¿Eres un prototipo que han lanzado al mercado para reírse de los hombres? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No soy más que una chica que piensa que, a pesar de todo, ha tenido mucha suerte en la vida. Y que otros tienen muy poquita.

. Pasamos una tarde muy bonita, entre paseos, confidencias y juegos con los niños. Luego cenamos todos juntos al ladito del hotel y por la noche, para no variar, Cham quiso dormir con Quy.

—Esta noche paso de escucharle llorar, no puedo con más emociones hoy—me confesó—. Siempre que nos aceptéis en vuestra habitación, claro.

—Pues no sé, la verdad, porque me lo estoy pensando—le comenté yo mientras me reía y pensaba que en nada estarían dormiditos y nosotros charlando. Era un buen momento del día.

Pasamos una tarde muy bonita, entre paseos, confidencias y juegos con los niños. Luego cenamos todos juntos al ladito del hotel y por la noche, para no variar, Cham quiso dormir con Quy.

—Esta noche paso de escucharle llorar, no puedo con más emociones hoy—me confesó—. Siempre que nos aceptéis en vuestra habitación, claro.

—Pues no sé, la verdad, porque me lo estoy pensando—le comenté yo mientras me reía y pensaba que en nada estarían dormiditos y nosotros charlando. Era un buen momento del día.

Capítulo 23



Al día siguiente teníamos una reunión con el resto de los padres que habían volado hasta allí para recoger a sus hijos.

En el avión hicimos una buena piña y, como ya comenté también, nos comunicábamos por un grupo de WhatsApp.

—Va a ser emocionante—me decía él mientras veía cómo, una noche más, caían a dúo en brazos de Morfeo. Nuestros niños eran un amor—, ¿bajo ya a por un par de birras y nos las tomamos? ¿Tienes ganas o igual hoy quieres dormir del tirón por lo sucedido?

—No, no, precisamente hoy, más que nunca, necesito esa birra—le confesé mientras él ya estaba de pie y súper dispuesto a ir a buscarla.

Ya digo que se había convertido en un buen momento del día. En uno en el que nos echábamos unas risas mientras contemplábamos el espectáculo de cómo nuestros niños se dormían juntos tras compartir juegos diarios.

En general, Cham, salvo a la hora de dormir en la que montaba la de San Quintín, estaba ya mucho más adaptado, y eso era algo que a su padre le llenaba, como a cierto rey emérito, de orgullo y satisfacción.

No tardó en llegar con ambas birras y entonces se sentó conmigo. Le noté especialmente comunicativo. Quizás el susto le abrió la mente y él quería abrirse un poco más, como si tuviese la necesidad de vomitar cosas de las que llevaba dentro.

—Estoy tan, tan contento de tenerle en mi vida—me decía mientras le miraba.

—Y yo a mi niña…

—Ah, por cierto, te he subido esto—sacó una cajita con unos deliciosos bombones—. No sé qué tal combinan con la cerveza, pero he observado que el chocolate te gusta, y por eso me he permitido traértelo—me comentó.

—Muchísimas gracias, de veras que eres un cielo. Tienen una pinta estupenda…

—¿Me vas a dar las gracias después de lo que hiciste con el vendedor ambulante? El hombre lo va a flipar de por vida—me decía mientras me miraba muy fijamente.

En esos momentos en los que me miraba así, y más cuando lo hacía por la noche y a solas, mi cuerpo experimentaba ciertas sensaciones que hacía demasiado tiempo que no sentía.

Siendo sincera, a mí Erik me estaba comenzando a gustar, y de ahí que disfrutara de ese modo de esos ratitos a solas por las noches. En realidad, y aunque lo último que deseaba en el mundo era que Cham sufriese, me vino de perilla que el crío quisiera dormir todas las noches con mi hija para así compartir ese ratito de intimidad con su padre.

Otro detalle que también notaba en Erik era que, noche a noche, invadía más mi espacio personal. Me explico, para nada mostraba un comportamiento intrusivo. Todo lo contrario, puesto que él no podía ser más respetuoso. Simplemente me refiero al hecho de que se sentaba más cerquita de mí. Y a que, cuando lo hacía, sus gestos eran más personales y cercanos.

Como ya he comentado, esa noche le noté especialmente comunicativo, con ganas de sacar cosas fuera. En cierto modo, yo me daba cuenta de que juntos llevábamos a cabo una especie de terapia, puesto que ambos habíamos pasado por experiencias traumáticas que nos marcaron.

—Lo único que lamento de todo esto es haber comenzado la experiencia en pareja, con todo lo bueno que ello implica, y haberla concluido en solitario—me decía él.

—Yo es que la comencé ya en solitario—le recordé—. Sobre eso poco puedo decirte—le comenté porque de mi anterior experiencia, de cuando estuve embarazada en mi matrimonio, me costaba la vida hablar.

—¿Tú crees que lo podremos hacer bien solos? A veces pienso que los niños necesitan…

—No vayas a decir a un padre y a una madre, por lo que más quieras. Por suerte, hoy existen modelos de familia de lo más diversos y se ha demostrado que todos ellos son igualmente válidos.

—Eso es muy cierto, pero creo que al menos un par de referentes paternos, sean del sexo que sean, ¿puede que resulte más enriquecedor para ellos?

—Pues no sé lo que decirte, porque también hay gente que lo hace formidablemente sola, ¿es que me quieres marear? Para eso, quizás podrías haber subido alguna cerveza más—reí porque le notaba un poco angustiado.

Su separación de Nuria estaba muy reciente y a él todo se le hizo un poco cuesta arriba. Yo le entendía porque lo mío con Pablo quedaba mucho más atrás en el tiempo y, aun así, todavía me daba sus coletazos internos de vez en cuando.

—Fíjate que yo he pensado, en ciertos momentos he llegado a pensar que quizás el que tú y yo nos hayamos conocido en estas circunstancias pueda ser una señal. Y el que nuestros niños se necesiten de la manera que lo hacen también. En realidad, seamos justos, es Cham quien necesita a Quy—matizó.

Le miré con una sonrisa en la boca porque su comentario me endulzó más que el chocolate que había engullido. Sin duda que Erik, pese a que pudiera manifestar sus dudas sobre su paternidad, como todos nosotros, era un hombre fuerte y valiente. Yo no sabía muy bien a dónde quería llegar o sí lo sabía y prefería no darle bola, pero gracia me hizo.

—Sí, supongo que será una bonita señal de que seremos amigos para siempre—acerté a decirle—. Quienes se han conocido en circunstancias así de intensas suelen desarrollar relaciones duraderas, de amistad—carraspeé porque no quería alentar esperanzas en las que yo no creía, porque el amor romántico estaba descartado para mí en tales momentos.

—Claro, amigos—carraspeó él también y tuve la sensación de que se quedó con las ganas de acariciar mi mano. Es más, habría jurado que la acarició con su mente. A mí, el corazón, al notarlo, me latió más fuerte de lo normal, suerte que sabía que todo estaba bien en él y que, quienes en su día afirmaron que yo estaba enferma de ese órgano, solo fueron unos canallas.

Su separación de Nuria estaba muy reciente y a él todo se le hizo un poco cuesta arriba. Yo le entendía porque lo mío con Pablo quedaba mucho más atrás en el tiempo y, aun así, todavía me daba sus coletazos internos de vez en cuando.

—Fíjate que yo he pensado, en ciertos momentos he llegado a pensar que quizás el que tú y yo nos hayamos conocido en estas circunstancias pueda ser una señal. Y el que nuestros niños se necesiten de la manera que lo hacen también. En realidad, seamos justos, es Cham quien necesita a Quy—matizó.

Le miré con una sonrisa en la boca porque su comentario me endulzó más que el chocolate que había engullido. Sin duda que Erik, pese a que pudiera manifestar sus dudas sobre su paternidad, como todos nosotros, era un hombre fuerte y valiente. Yo no sabía muy bien a dónde quería llegar o sí lo sabía y prefería no darle bola, pero gracia me hizo.

—Sí, supongo que será una bonita señal de que seremos amigos para siempre—acerté a decirle—. Quienes se han conocido en circunstancias así de intensas suelen desarrollar relaciones duraderas, de amistad—carraspeé porque no quería alentar esperanzas en las que yo no creía, porque el amor romántico estaba descartado para mí en tales momentos.

—Claro, amigos—carraspeó él también y tuve la sensación de que se quedó con las ganas de acariciar mi mano. Es más, habría jurado que la acarició con su mente. A mí, el corazón, al notarlo, me latió más fuerte de lo normal, suerte que sabía que todo estaba bien en él y que, quienes en su día afirmaron que yo estaba enferma de ese órgano, solo fueron unos canallas.

Capítulo 24



—Yo hoy me voy a hacer turismo por mi parte—me comentó Gladys por la mañana—. No me lo tomes a mal, pero tanta paternidad por aquí y por allá… es que todo está muy edulcorado a vuestro alrededor—rio.

—Ya lo entiendo. Demasiado estás haciendo y más para cómo eres tú—le respondí con un guiño de ojo.

—¿Cómo soy yo? ¿Qué has querido decir? Ahora que has comenzado, termina ya—me pidió haciéndome cosquillas ante la atenta mirada de Quy, que no perdía detalle de lo que sucedía entre nosotras.

—Pues como un puerco espín, así con tus pinchos y todo—me partí de la risa.

Mi amiga no era arisca, solo que a mí me encantaba bromear sobre el tema, al igual que lo hacía ella conmigo. En el fondo, las dos éramos cariñosas a nuestra manera, si bien disfrutábamos muchísimo burlándonos de nuestras maneras de ser.

—Yo no soy ningún puerco espín y lo sabes…

Mi Quy trataba de repetir la frase que Gladys decía y resultaba muy divertido, porque lo hacía de aquella manera, causando nuestra risa. Ella misma también se reía, porque no hay nada más bonito que la inocencia.

—Vale—le dije al rato—, que seguro que tú lo que quieres es salir de turismo para videollamar a Emma y enseñarle sitios de Hanoi, aparte de comprarle algún regalito en un mercadillo, ¡yo quiero otro! —me apunté levantando la mano—. Al final sentiré hasta celos, porque creo que está próximo el momento en el que dejaré de ser tu chica especial, si es que no ha llegado ya—me mofé de nuevo.

—Tú nunca dejarás de ser mi chica especial, boba, así tenga una novia o hasta un harén. Y, además, que esas son cosas tuyas, que yo no tengo nada con Emma.

—No, qué va, anda que no se nota en el ambiente *"love is in the air"* —le solté dibujando un corazón con la forma de mis brazos, y Quy me imitó.

—Sí, sí, y tanto que está en el aire, yo también lo noto… Hay un cierto olorcillo, una esencia que se produce entre tu cuerpo serrano y el de Erik que huele a…

—Huele a invención por tu parte. Lo tuyo con Emma tiene una base científica relacionada con las muchas llamadas que le haces en el día, pero en mi caso no hay nada de nada. Sencillamente somos dos personas abriéndonos a la aventura de la paternidad, no hay más, ¿estamos?

—No hay más, no hay más. Es mi mente sucia… Anda, a la tarde te veo, y disfruta de tu cita edulcorada con el resto de los padres… ¡y con Erik!

—¿A que te tiro con un zapato? —le amenacé haciendo el gesto. Mi niña, para no variar, me imitó y ese fue el momento en el que, sin pretenderlo, el zapato se le escapó y le dio a Gladys en toda la cabeza.

—Iba a acordarme de la madre que la parió, te lo digo a ti porque la enana no me entiende, pero mejor me voy a acordar de la madre que la va a adoptar…

Mi niña salió corriendo, al ver lo que había hecho, y le dio un tremendo abrazo a Gladys. Yo me deshice en lágrimas de emoción, porque comprobé que los lazos se estaban estrechando entre nosotras y entonces, al verme, ella vino hacia mí y no solo me dio un cariñosísimo beso, sino que murmuró por primera vez un "mamá" en castellano que debió provocar que se me bajase hasta la tensión, puesto que sentí intensos mareos y yo diría que hasta calambres.

—¿Lo has escuchado? Me ha dicho "mamá", y en castellano…

—Lo he escuchado, sí. Tengo este bonito par de orejas para algo más que para ponerme piercings en ellas. Además, capullita, que lo de "mamá" se lo he enseñado yo. Y algunas palabras más también. Ya te irá sorprendiendo. Sabe mucho la ratona esta—me aseguró Gladys.

Ella se marchó por su parte y yo me marché con Erik, José, María y los niños al parque en el que nos encontraríamos con el resto de los padres.

Fue realmente bonito, ya que todos estábamos muy ilusionados y los niños, pese a no conocerse, se hicieron amigos en un santiamén, jugando y hablando en su idioma.

Quy tenía alma de líder y, por esa razón, se ponía al frente de cualquier juego.

—Es una mandona, no te aburrirás con ella—me decía María.

—No, ya veremos cuando sea adolescente lo que sucede, aunque de momento te confieso que me encanta su carácter, porque me hace ver que no se dejará pisar por nadie…

—Pero es que con la madre que tiene eso no ocurriría de ninguna manera—opinó ella.

—No te entiendo muy bien, la verdad…

—¿No me entiendes? Pues que tú no tienes pinta de ser de las que tampoco se dejen manejar por nadie. Eres una mujer muy resuelta y, encima, por lo poco que yo sé, rica. Chica, si es que lo tienes todo.

Miré a Erik porque ese "rica" me llamaba la atención, ¿quién le había dicho a ella que yo contaba con una posición económica más que holgada?

—A él no lo mires—prosiguió—, que el chaval es pura cautela, no habla por no ofender. Ha sido otra persona quien lo ha cascado, aparte de que tampoco lo puedes esconder mucho, niña, qué quieres que te diga, se te nota lo pijita que eres.

Me encantaba María por su franqueza, y me encantaba todo lo que estábamos viviendo allí. Gentes llegadas desde todos los puntos de la geografía española, de los más diversa, y con la ilusión en los ojos.

Cada uno de los padres y madres daba la sensación de estar ya enamorado de su chiquitín o chiquitina, y la algarabía de aquellos renacuajos creaba el más alegre de los hilos musicales en ese parque de Hanoi.

Para colmo, parecía que quedaba ya poco de la Silvia de antes, de la que un día se dejó manejar por Pablo como si fuese un títere. Algo en mi interior me lo decía, y el comentario que hizo María me lo terminó de confirmar.

—No, ya veremos cuando sea adolescente lo que sucede, aunque de momento te confieso que me encanta su carácter, porque me hace ver que no se dejará pisar por nadie…

—Pero es que con la madre que tiene eso no ocurriría de ninguna manera—opinó ella.

—No te entiendo muy bien, la verdad…

—¿No me entiendes? Pues que tú no tienes pinta de ser de las que tampoco se dejen manejar por nadie. Eres una mujer muy resuelta y, encima, por lo poco que yo sé, rica. Chica, si es que lo tienes todo.

Miré a Erik porque ese "rica" me llamaba la atención, ¿quién le había dicho a ella que yo contaba con una posición económica más que holgada?

—A él no lo mires—prosiguió—, que el chaval es pura cautela, no habla por no ofender. Ha sido otra persona quien lo ha cascado, aparte de que tampoco lo puedes esconder mucho, niña, qué quieres que te diga, se te nota lo pijita que eres.

Me encantaba María por su franqueza, y me encantaba todo lo que estábamos viviendo allí. Gentes llegadas desde todos los puntos de la geografía española, de los más diversa, y con la ilusión en los ojos.

Cada uno de los padres y madres daba la sensación de estar ya enamorado de su chiquitín o chiquitina, y la algarabía de aquellos renacuajos creaba el más alegre de los hilos musicales en ese parque de Hanoi.

Para colmo, parecía que quedaba ya poco de la Silvia de antes, de la que un día se dejó manejar por Pablo como si fuese un títere. Algo en mi interior me lo decía, y el comentario que hizo María me lo terminó de confirmar.

Capítulo 25



Aquella tarde Gladys seguía de turismo por su cuenta, así que Erik y yo salimos con los niños.

Nos habían hablado de un plan muy divertido para los críos y supusimos que les encantaría. No era otro que llevarlos a la conocida como *Train Street* y es que la calle del tren podía ser para ellos una verdadera diversión.

¿A qué niño no le gusta un tren? De hecho, yo ya me imaginaba viendo pelis en el sofá de casa con Quy, enseñándole el famoso vagón 9 y ¾ de la saga de Harry Potter, ese vagón que te lleva a un tren de lo más pintoresco y vintage en el que la magia todo lo puede.

Mientras llegase ese momento, incluso el de viajar con ella a las *Highlands* y subirnos en el tren que sirvió para la saga, aquel día nos conformaríamos con visitar esa peculiar calle que sacó la más amplia de las sonrisas de Quy en cuanto la vio.

Cham se mostró un poco más reticente en un primer momento. No en vano, ellos nunca habían visto un tren y su visión era realmente imponente para ambos.

Hay que decir para ponernos en situación que no se trata en realidad de una calle, sino de la vía del tren… una vía que está operativa y que la ciudad ha ido haciendo suya, envolviéndola, hasta convertirla en una calle. Una verdadera curiosidad digna de ser observada y por la que uno de esos trenes grandes, que no para en ella, pasa.

Si te haces una idea de ello, comprenderás que tan insólita situación forma parte del caos que resume la ciudad de Hanoi.

Poniendo las cosas en su sitio, también hay que comentar que, a priori, no genera un gran riesgo, cosa que sí sucedía tiempo atrás, según nos comentó Erik, que estaba súper puesto en las cosas de la ciudad.

Hoy en día, solo accedes al tren desde un local que se orienta a él y donde a veces los propios camareros del local hacen de vigilantes, otra curiosidad más que anotar a las muchas que nos llevaríamos de Hanoi.

La cara de los críos fue de total sorpresa en el momento en el que los “vigilantes” prepararon la calle para que pasara el tren. De no ser así, los accidentes sí que se sucederían, pero por suerte, con un silbato y chapurreando inglés, te indican dónde tienes que colocarte para que puedas contemplar el espectáculo del paso del tren sin temer por tu vida.

De todos modos, y después del susto que nos llevamos con Cham, en ese momento ambos fuimos a coger a nuestros niños en brazos.

—¡Ay, Dios! —exclamé porque yo a veces sufría de lumbalgia y en ese instante noté el típico latigazo que te alerta de que un ataque está cercano.

—¿Estás bien? —me preguntó él, preocupado.

—El lumbago, que de vez en cuando se empeña en darme la lata y parece que hoy es el día.

—No te preocupes, que yo me encargo también de ella.

No voy a negar que la situación me puso, cuando le vi coger a ambos críos, cada uno con un brazo. Bien podía jurar yo que no permitiría que les ocurriese nada, porque se trataba de un hombre íntegro, ¡y encima fuerte!

A mí me seguía doliendo, pero en cierto modo se me amortiguaba el dolor cuando veía sus bíceps abultados a los que los críos se cogían con júbilo. No podía ser más bonita la estampa, y entonces aproveché para tomarle una fotografía.

Una chica que estaba allí con su pareja, muy amable, se ofreció a tomarnos una a los cuatro.

—Claro, tienes que ponerte tú también, la familia al completo—bromeó él porque debió ser lo que pensara la chica.

Justo nos la estaba tomando cuando pasó el tren. Sobra decir que la fotografía quedó simpatiquísima porque los niños se quedaron impactados ante semejante mastodonte, que no conocían, y que encima pasó a toda pastilla y súper cerca de todos nosotros.

Finalmente, a Quy le dio la risa y a Cham el llanto, así que todos terminamos consolándolo.

Volvió a ser una tarde genial que culminó con los cuatro sentados en una de esas terrazas al aire libre, tan apetecibles a última hora, y en la que se nos unió Gladys.

—¿Ya le has comprado muchas cositas a Emma? —le pregunté sacándole la lengua.

—Si quieres dejarme en evidencia, ten cuidado con lo que dices, no sea que yo también saque mi lengua a pasear y entonces se líe parda. No pienso contestar a ninguna de tus impertinentes preguntas, aunque te diré que, a pesar de que no lo merezcas, te he comprado este colgante de cuero que me han dicho que trae suerte.

Erik me miró y se rio.

—¿Tú un colgante de cuero? Yo creí que solo llevabas piedras preciosas sobre el cuello.

—Muy agudo. Y yo creí que los vascos solos cargabais piedras, y no preciosas. Y no, mira, sabéis hacer muchas más cositas, a la vista está—señalé a su niño, que empezaba a estar encantado con él—. Y encima yo calladita, que manda narices con vosotros.

Me reía con ellos porque me tenía que reír. Después de la cena, tocó de nuevo baño de los críos y charlita nocturna, esa en la que, con sutileza, yo noté cómo él me tiraba la caña, la misma caña que yo esquivaba con gracia.

Eran horas, porque cada vez demorábamos más el acostarnos, en las que la complicidad crecía entre ambos. Por ambas partes, las miradas eran cada vez más continuas y fijas, y hasta confieso que en aquella en particular sentí incluso ganas de besarle. Ganas que guardé para mí en lo más profundo de mi ser.

—Si quieres dejarme en evidencia, ten cuidado con lo que dices, no sea que yo también saque mi lengua a pasear y entonces se líe parda. No pienso contestar a ninguna de tus impertinentes preguntas, aunque te diré que, a pesar de que no lo merezcas, te he comprado este colgante de cuero que me han dicho que trae suerte.

Erik me miró y se rio.

—¿Tú un colgante de cuero? Yo creí que solo llevabas piedras preciosas sobre el cuello.

—Muy agudo. Y yo creí que los vascos solos cargabais piedras, y no preciosas. Y no, mira, sabéis hacer muchas más cositas, a la vista está—señalé a su niño, que empezaba a estar encantado con él—. Y encima yo calladita, que manda narices con vosotros.

Me reía con ellos porque me tenía que reír. Después de la cena, tocó de nuevo baño de los críos y charlita nocturna, esa en la que, con sutileza, yo noté cómo él me tiraba la caña, la misma caña que yo esquivaba con gracia.

Eran horas, porque cada vez demorábamos más el acostarnos, en las que la complicidad crecía entre ambos. Por ambas partes, las miradas eran cada vez más continuas y fijas, y hasta confieso que en aquella en particular sentí incluso ganas de besarle. Ganas que guardé para mí en lo más profundo de mi ser.

Capítulo 26



Nos acostamos a eso de las dos de la madrugada. Siempre dejábamos la luz de la mesilla de noche encendida por Cham, que era más temeroso, de manera que yo observaba el perfil de Erik en la penumbra.

Se trataba de un hombre muy atractivo, aunque todavía lo era más su personalidad, esa que hacía que en todo momento cuidase de nosotros.

Yo estaba molesta con el dolor del lumbago, al que no le había vuelto a hacer caso en toda la noche, y entonces él lo notó.

Debí soltar un suspiro, un quejido o algo similar, lo suficiente para que acudiese al lado de mi cama y me preguntase.

—¿Estás bien, Silvia? ¿Puedo hacer algo por ti?

—En realidad, es que me duele bastante. Debe haber un botiquín por ahí, por alguna parte… Gladys ha de tenerlo entre su equipaje.

—Es que se llevó muchas cosas a mi habitación, como es en la que duerme… Veamos si hay suerte.

Miró y no lo vio, por lo que le pedí que se acostara y se olvidase del tema.

—Yo no me puedo olvidar. Tú no estás bien y eso es lo más importante para mí, la llamaré un momento.

—Cuidadito, que la fiera tiene mal despertar, no quisiera que te diese un bocado—le indiqué.

—A mí tampoco me gustaría que me diese un bocado, no ella—matizó con su sal y su pimienta.

Enseguida abrió la puerta y se encaminó hacia la de Gladys con la intención de buscar algo en el botiquín. En la

oscuridad, yo, aunque dolorida, sonreía porque a todos nos gusta que nos mimen y él lo hacía de mil amores.

Pensaba en ello cuando escuché el llanto de Cham y eso me extrañó. El crío chillaba y entonces encendí la luz para ver bien lo que ocurría. Él miraba con horror a Quy, puesto que tenía la sensación de que ella le estaba pegando. No era eso, obviamente, sino que una serie de movimientos incontrolables por su parte hicieron que el crío resultase dañado.

Me acerqué aterrorizada y comprobé que mi niña convulsionaba y tenía los ojos en blanco. Comencé a chillar como una loca, mientras que Cham saltaba de la cama y se refugiaba detrás de mí.

De inmediato acudieron Gladys y Erik. A mí se me debió hasta pasar la lumbalgia, porque lo único que me dolía era ver a mi hija en ese lamentable estado.

—¡Le está dando un ataque de epilepsia! Hay que evitar que se muerda la lengua, ¡rápido! —exclamó él.

—Voy a recepción, llamaré para que nos envíen una ambulancia de inmediato—me indicó Gladys.

Lo hicimos así y ella salió volando hacia la recepción del hotel. Mi niña seguía convulsionando y Erik, con muy buen hacer, trataba en todo momento de que no se lesionase.

La crisis en sí duró unos interminables minutos, tras los cuales la cría comenzó a volver en sí.

Gladys entró en la habitación en ese instante.

—Gracias al cielo. No me entendía demasiado bien con el recepcionista. Finalmente nos envían una ambulancia privada. Por lo visto, aquí la sanidad pública no goza de demasiado prestigio. En principio se negaba porque decía que en la privada nos van a cobrar un riñón, más o menos, y que él no quería problemas, pero le he dicho que eso nos da igual.

—Nos da exactamente igual, mi niña, mi niña…

Quy estaba muy aturdida. Gladys se quedaría con Cham mientras Erik y yo nos iríamos con ella a la clínica privada.

Que pasen ese tipo de cosas tan desagradables y peligrosas es siempre un problema. Pero que encima sucedan en un país extranjero y te pillen de sorpresa lo es todavía mucho más.

La niña me cogía la manita y seguía sin saber qué le había pasado. Ninguno de nosotros lo sabíamos en realidad. Yo no podría precisar si iba más asustada o triste en la ambulancia, porque solo de pensar que a la niña le

ocurriese algo malo es que me moría.

Aún no habíamos llegado a la clínica cuando la miré y supe que estaba a puntito de darle un nuevo ataque.

—Erik, no—le cogí una mano a mi hija y otra a él, sin pensarlo, tal y como me salió.

Por mucho que yo lo negase, el ataque volvería a ser una realidad y en nada mi hija tenía de nuevo los ojos en blanco y daba botes sobre la camilla. El enfermero no entendía inglés y apenas teníamos manera de comunicarnos con él, por lo que el caos que se desató fue todavía mayor.

Erik trataba de hacer que yo mantuviese la calma, aunque en vano, porque estaba realmente fuera de mí. En poco tiempo quería lo suficiente a Quy como para enloquecer si su vida corría peligro.

Dejamos a los sanitarios actuar, como no podía ser de otra manera. Yo miraba a través de los cristales de la ambulancia y pensaba que la clínica debía estar muy lejos, porque no parecíamos llegar nunca.

No creo que fuese realmente así, sino más bien que a mí el camino se me hizo interminable. Cuando llegamos a la clínica, todo volvía a parecer nuevamente controlado y la cría estaba consciente, aunque el susto no nos lo podría quitar nadie, jamás. Y menos a mí, que era su madre y que estaba a punto de enloquecer.

Erik me miraba y no dudaba en abrazarme. Su presencia allí estaba resultando más que providencial para mí, porque hacía gala de una fortaleza digna de alabanza, tratando en todo momento de que yo no me desmoronase.

A la niña la trasladaron a una sala en la que le llevarían a cabo una exploración, por lo que tuve que confiar en los médicos y quedarme sola con Erik, quien estaba plenamente pendiente de mí, sin perder de vista el ir y venir de esos profesionales, los cuales parecían bastante preocupados.

Yo miraba su cara y él trataba de sonreírme, sereno, si bien los dos éramos conocedores de que la salud de mi hija pendía de un hilo.

ocurriese algo malo es que me moría.

Aún no habíamos llegado a la clínica cuando la miré y supe que estaba a puntito de darle un nuevo ataque.

—Erik, no—le cogí una mano a mi hija y otra a él, sin pensarlo, tal y como me salió.

Por mucho que yo lo negase, el ataque volvería a ser una realidad y en nada mi hija tenía de nuevo los ojos en blanco y daba botes sobre la camilla. El enfermero no entendía inglés y apenas teníamos manera de comunicarnos con él, por lo que el caos que se desató fue todavía mayor.

Erik trataba de hacer que yo mantuviese la calma, aunque en vano, porque estaba realmente fuera de mí. En poco tiempo quería lo suficiente a Quy como para enloquecer si su vida corría peligro.

Dejamos a los sanitarios actuar, como no podía ser de otra manera. Yo miraba a través de los cristales de la ambulancia y pensaba que la clínica debía estar muy lejos, porque no parecíamos llegar nunca.

No creo que fuese realmente así, sino más bien que a mí el camino se me hizo interminable. Cuando llegamos a la clínica, todo volvía a parecer nuevamente controlado y la cría estaba consciente, aunque el susto no nos lo podría quitar nadie, jamás. Y menos a mí, que era su madre y que estaba a punto de enloquecer.

Erik me miraba y no dudaba en abrazarme. Su presencia allí estaba resultando más que providencial para mí, porque hacía gala de una fortaleza digna de alabanza, tratando en todo momento de que yo no me desmoronase.

A la niña la trasladaron a una sala en la que le llevarían a cabo una exploración, por lo que tuve que confiar en los médicos y quedarme sola con Erik, quien estaba plenamente pendiente de mí, sin perder de vista el ir y venir de esos profesionales, los cuales parecían bastante preocupados.

Yo miraba su cara y él trataba de sonreírme, sereno, si bien los dos éramos conocedores de que la salud de mi hija pendía de un hilo.

Capítulo 27



Hay noches horrendas y después estaba aquella…

Un par de horas después de nuestro ingreso los médicos no podían decirnos nada, pero es que, para nuestra total desgracia, de pronto los vimos correr y supimos que el cuerpecito de Quy volvía a hacer de las suyas.

No quiero que penséis mal. Yo nunca me había planteado adoptar a un crío enfermo, pero tampoco lo habría descartado si me lo hubieran ofrecido. No obstante, nada de eso sucedió. A mí no me dijeron que Quy estuviese enferma, por lo que todo aquello me cogió tan de improviso que apenas pude reaccionar.

—Tranquila, Silvia, todo va a salir bien. No hemos llegado hasta aquí para rendirnos, ¿no es así? —me decía él— Tú misma lo dices siempre; en el fondo somos personas con suerte. Mira, a Cham le encontramos en medio de Hanoi, con tantos miles de personas por sus calles, y apenas tardamos. Lo de la niña quedará en un susto, lo vas a ver…

—Eso es lo que yo quisiera, eso es lo que quisiera… Te prometo que me dan exactamente igual los cuidados que necesite, yo no pienso soltarle la mano, jamás. Solo quiero que luche, mi niña no puede tirar la toalla, no cuando ahora, por fin, estamos juntas, y yo me muero por llevármela a casa.

—Y te la llevarás, no hagas que apostemos. Nunca le ganarás una apuesta a un tío de Bilbao, ¿eso lo sabes?

Era fascinante el contraste entre ese cuerpo fuerte y atlético, ese tipo grande y con aspecto imponente que, no obstante, contaba con una ternura impresionante, una que salía a relucir conmigo y con los niños en todo momento.

—Yo no quiero apostar nada. Yo solo quiero que salgan y me digan que mi niña está bien, que se encuentra perfectamente, que todo ha sido un susto, y que no se repetirá.

Erik cogió al vuelo a una enfermera que pasaba por allí y trató de sonsacarle.

—No sabemos nada. Solo que le está dando un nuevo ataque y que es el tercero en pocas horas. Deben tener fe y dejar actuar a los médicos.

Resulta curioso cuando en otro país, con una cultura tan distinta, te comentan que tengas fe, porque da igual la ideología de las personas o sus creencias religiosas. Cuando alguien que nos importa se nos puede marchar, todos nos acogemos a una fe que quizás no tenga nombre ni apellido, que quizás no esté materializada en ninguna figura religiosa ni en nada parecido, pero que nos resulta válida.

En mi caso, yo nunca fui especialmente creyente, pero sí creía en la existencia de unas fuerzas superiores, en la energía de aquellos que un día se nos fueron y que nos vigilan desde algún agujerito.

Me acordé de mi madre, de la que tan poco pude disfrutar, así como de mi padre. Tampoco pude disfrutar de ese hijo biológico que Pablo, con total alevosía, arrancó de mis entrañas. No, Quy no podía irse porque entonces lo mío no sería una vida, sería una desgracia total.

Por fin salió una médica, una que me explicó, en el mejor inglés que pudo, lo que a mi hija le sucedía.

—La niña no ha sido epiléptica, no nos consta en absoluto que lo sea. Quy es una cría que se ha visto afectada por una bacteria, la cual se ha alojado en su cerebro.

Esas palabras me sonaran devastadoras, ¿quién puñetas era esa ocupa de bacteria para alojarse en el cerebro de mi hija? ¿Quién le había dado permiso?

—Y eso… ¿y eso qué quiere decir? —le pregunté con un miedo tal que más bien sería pánico.

—Que no sabemos cómo reaccionará su cuerpecito a partir de ahora. Verá, igual le dan brotes constantes, que se estabiliza y no es así. También cabe la posibilidad de que cuando le llegue la etapa del desarrollo no vuelva a darle ninguno de estos ataques más, quedando limpia como si nada hubiese ocurrido jamás. El problema es que la Medicina no es una ciencia exacta, ya nos gustaría que lo fuese. Y ahora, si lo desean, pueden pasar a verla.

Cómo no lo íbamos a desear. A mí los pies no me daban lo suficiente para correr hasta su habitación. Abrí la puerta con miedo, puesto que la última imagen que tenía de ella en el hotel, con los ojos en blanco, me había resultado tan impactante que no la podía borrar de mi mente.

Quy estaba medio sedada en eso momento, por lo que tenía los ojitos entreabiertos. Aun así, me reconoció y yo esbocé una sonrisa cuando su manita pretendió coger la mía.

Mis lágrimas quisieron derramarse por mis mejillas, pero yo debía mantenerme fuerte, ya que no sabía hasta qué punto ella estaba consciente o no.

—Dile cosas alegres, que seguro que te oye—me comentó Erik por lo bajini, mientras yo le tomaba la manita a la niña.

—Pero bueno, cariño mío, ¿tú te crees que es normal que quisieras salir así del hotel? Si querías saber cómo es una ambulancia, solo tenías que haberme preguntado. Fíjate si habremos corrido, que ni tus juguetes nos ha dado tiempo a traerte—le dije emocionada mientras besaba sus manitas, esas que apenas se movían.

—Pero yo te los traeré mañana. Estoy seguro de que tu mamá no querrá moverse de tu lado, así que seré yo quien te los traiga. Y así, de paso, os haré un ratito de compañía—le indicó él.

Lo más bonito fue que la actitud tranquila de Quy nos daba a entender que ella tenía claro que ya éramos familia, porque vi la calma instalarse en su rostro en cuanto nos vio aparecer. Mi hija era fuerte, guerrera, una líder. Y yo tenía que meterme en la cabeza que una simple bacteria no podría acabar con ella. Debíamos plantarle la cara y, de hecho, ya habíamos comenzado a hacerlo.

—Dile cosas alegres, que seguro que te oye—me comentó Erik por lo bajini, mientras yo le tomaba la manita a la niña.

—Pero bueno, cariño mío, ¿tú te crees que es normal que quisieras salir así del hotel? Si querías saber cómo es una ambulancia, solo tenías que haberme preguntado. Fíjate si habremos corrido, que ni tus juguetes nos ha dado tiempo a traerte—le dije emocionada mientras besaba sus manitas, esas que apenas se movían.

—Pero yo te los traeré mañana. Estoy seguro de que tu mamá no querrá moverse de tu lado, así que seré yo quien te los traiga. Y así, de paso, os haré un ratito de compañía—le indicó él.

Lo más bonito fue que la actitud tranquila de Quy nos daba a entender que ella tenía claro que ya éramos familia, porque vi la calma instalarse en su rostro en cuanto nos vio aparecer. Mi hija era fuerte, guerrera, una líder. Y yo tenía que meterme en la cabeza que una simple bacteria no podría acabar con ella. Debíamos plantarle la cara y, de hecho, ya habíamos comenzado a hacerlo.

Capítulo 28



En un momento dado nos rindió el sueño. La noche estaba resultando demasiado larga y las emociones terminan por pasar factura en los cuerpos de quienes las sufren.

Mi niña dormía. Creo no haber comentado lo parada que me dejó el verla tan llena de cables como estaba. Supuse que sería buena señal en el sentido de que la tenían muy controlada, pero la imagen impactaba al más pintado.

Erik me acarició la nuca por la mañana. La misma médica que nos explicó la noche anterior acaba de entrar en la habitación, y yo ni siquiera la había escuchado.

Ella venía con una carpetita a pasar consulta. Quy seguía con los ojitos cerrados y entonces ella le dio un cachetit y la cría abrió los ojos.

Empezaron a hablar en su idioma. Nosotros no entendíamos la conversación, pero debía estar interesándose por su estado, y lo importante era que la niña le respondía con bastante espontaneidad y reflejos.

—Uff—resoplé algo más tranquila, porque la noche fue toledana y tenía tal cantidad de sensaciones inundando m cabeza que no sabía ni dónde estaba de pie.

—Mírala, como una rosa está—me decía él.

—Sí, como una rosa eléctrica, ni que fuera mi niña un cartel de neón. Cielos, qué locura de cables…

—Ya se los irán retirando todos, un poquito de paciencia—me decía.

—Ya supongo que se los retirarán, y espero que no me la quieran dar a pilas, porque mi niña antes no necesitaba nada para funcionar—le comenté agradecida, porque él se había portado súper bien.

La médica nos llevó aparte y nos comentó que su evolución estaba siendo favorable, pero que dada la intensidad

de los ataques necesitarían tenerla en observación varios días.

Lo que nos dijo era más que comprensible, aparte de que le realizarían más exámenes para conocer la naturaleza de la dichosa bacteria y demás, por lo que me quedé algo más tranquila.

Ella se marchó y yo me quedé a solas con Erik.

—Una cosa te voy a decir, ya puedes ir a ver a tu niño, anda. Y dile a Gladys que me das el relevo, que la conozco y debe estar que se sube por las paredes.

—"El extraño caso de la mujer que…"—bromeó él—. Igual le sirve para uno de sus artículos.

—Pues igual sí. Ahora en serio, Cham te necesita y es con él con quien debes estar. Se trata del período de adaptación, ¿vale?

—Vale, me voy, pero amenazo con volver. Y otra cosa, los de Bilbao siempre cumplimos nuestras amenazas.

—Eso ya lo veo, ya… Vale, pues vuelve algún ratito si quieres, pero hazme el favor de quedarte con tu niño—le pedí.

—Está bien—me dio un beso en la mejilla y salió andando—. Te veo pronto.

Después, se dirigió a la cama de la niña y le besó la manita, al no poder darle un beso en su carita debido a los muchos cables que le habían colocado.

—Si la viera Cham se asustaría, con el miedito que le da todo—le comenté risueña.

—Eso va a ser hasta que lleguemos a Bilbao, allí se le quitarán todos los miedos—me respondió contundente, pero entre risas.

—Calla, calla, que no me acordaba, que en Bilbao se curan todos los males…

—Pues sí, de manera que tu niña también estará allí de maravilla, ya lo verás—me dio un nuevo beso en la mejilla —. Lo dicho, nos vemos.

Se fue y yo me quedé acariciándome esa mejilla. Erik era muy cariñoso, todo amor y paz. Me acerqué a la cría, que ya estaba más espabilada, y comencé a hablarle.

—Fíjate, llegó un momento en el que creí que la gente era mala, y hay gente muy buena. Toda la que me estoy

encontrando aquí lo es, bichillo, aquí en tu bonito país. Creo que tú me traes suerte.

Ella no podía entenderme, pero por mis facciones deducía que aquello que le decía era bueno… tan bueno como que se recuperase.

—Mamá—balbuceó de nuevo, y yo entendí que lo que me estaba sucediendo allí no era bueno, sino extremadamente bueno, como cuando pides un helado y te sirven uno gigante con nata, sirope de chocolate y una guinda encima.

Yo no iba a dejar de lado a Quy porque tuviera un problema de salud, ni porque tuviese cien. Ella era ya mi hija y los hijos no se descambian.

Gladys llegó un rato después. Entró en su habitación con los juguetes de la cría y a ella se le iluminó el alma.

—Estás en todo, cariño—le dije.

—Ha sido Erik. Me comentó que se los podría traer él, pero que le daría alegría a la niña tenerlos ya. Cham le envía besos, por lo que he visto, deben ser millones…

—Millones vale ese pequeñín también, la adora.

—Sí, tú no sabes cómo lloraba anoche cuando se la llevaban. Tuve que bajarle a recepción para que le explicaran en su idioma que se pondría bien, que solo le tendrían que dar un pinchacito, aunque ya veo que te la han puesto que ni RoboCop, mi niña—me dijo con su típico tono bromista.

—¿La has visto? Y, aun así, para mis ojos está preciosa.

—¡Toma! Y para los míos… Es que la niña se parece a mí…

—Sí, pues como no sea en el blanco de los ojos, porque ni en la forma, vamos…

—Eso es porque tú no tienes la mente amplia, si te fijas bien…

Puso su carita al lado de la de Quy sonriente, provocando que la niña también sonriera.

—Somos como Epi y Blas, pero otra versión, ella cableada y yo…

—Tú cabreada, pero no de cabreo, sino de que estás como una cabra—le dije mientras la abrazaba porque nada de aquello habría sido posible sin mi cabra loca favorita.

El día tendría que dar aún mucho que sí, y la recuperación de mi niña comenzar a materializarse.

El día tendría que dar aún mucho que sí, y la recuperación de mi niña comenzar a materializarse.

Capítulo 29



Ya era de noche cuando vimos una sombra en la habitación. Gladys estaba medio adormilada y dio un salto de espanto.

—¡La madre que te parió, Erik! Qué susto…

—Lo siento mucho, ¿te he asustado?

—No, qué va—le dijo Gladys—, ¿vienes a darme el relevo?

—Así es—afirmó.

—Pero eso no puede ser, tú debes estar con Cham—le indiqué yo.

—A Cham le ha costado mucho dormir sin Quy, pero por fin ha caído, y está en la habitación de María y José.

—Ah, vale, pero aun así te lo vas a perder… Me refiero a la noche con él.

—Tendré todas las noches de mi vida para pasarlas con él, además de que está en los siete sueños, mi hijo no se despertará hasta por la mañana.

—Todas las noches de su vida dice, qué cachondo, ya veréis cuando sean adolescentes y las noches las quieran pasar fuera—nos recordó Gladys, que ella era un tanto inquisitiva.

—Ni lo menciones, que me pongo enferma solo de pensarlo. Venga, ya puedes ir a dormir, o a llamar a Emma, ¿qué hora es en España? Da igual, si habláis a todas las horas. Qué bonito es el amor—le indiqué.

—Eso digo yo, pero bonito—me contestó ella con sorna, mientras me decía adiós con la manita.

Erik se quedó conmigo y se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? ¿Hay alguna novedad? —me preguntó.

—De momento nada. Están estudiando de dónde puede venir el problema, ¿y sabes lo más grande? —le pregunté porque yo todavía continuaba sorprendida.

—No, cuéntame—me pidió acercándose más a mí, como si quisiera notar el calor de mi cuerpo, calor que, por cierto, el mío comenzaba a irradiar cuando le tenía así.

—Pues que me han llamado de la organización y me han dicho que yo podría renunciar a la adopción de la niña por lo sucedido, que estaban en su obligación de decírmelo.

—Joder, qué fuerte…

—Fuerte ha sido lo que les he dicho yo. Mi niña no es mercancía defectuosa, yo la amo ya más que a mi propia vida desde que me la asignaron, desde que vi su carita, ¿qué clase de desalmado la dejaría aquí por algo así?

—Por desgracia, ya sabes que en este mundo hay gente de todo tipo. Precisamente tú lo sabes mejor que nadie, gente sin escrúpulos que solo va a la suya. Gracias al cielo, la mayoría de los adoptantes no son así. Creo que cualquiera de los del grupo habría seguido adelante pese a recibir un susto como el que tú has recibido. Pero si hubiera tenido que apostar porque alguien lo haría, esa persona eres tú—me confesó y en ese momento me tomó la mano.

Le miré a él, miré su mano, y no fui capaz de apartarla. Que estrechase la mía me generaba la misma emoción que miedo, pero no me negué.

Erik me sonrió. Me encantaba que estuviese allí. Me haría mucho bien su compañía, ya que él siempre aupaba mi ánimo. Estuvimos charlando durante horas, como solíamos hacer en la habitación del hotel, y finalmente nos quedamos dormidos en el pequeño sofá que estaba al ladito de la cama de mi niña, que dormía a pierna suelta.

No habíamos recibido ningún susto más a lo largo del día y esa era la mejor de las noticias. En distintos momento de la noche me desperté sobresaltada, pero entonces él estaba a mi lado y me abrazaba.

—Todo está bien, la niña va genial. Y mejor que va a ir. Solo tienes que descansar—me recordaba y yo me sentía tan feliz que apenas podía creerme que sus palabras fueran ciertas.

La mañana llegó y con ella la mejoría de Quy fue un hecho. Era el segundo día que pasaríamos en el hospital de cuatro que fueron en total.

Lo cierto es que no puedo expresar más que palabras de agradecimiento hacia todo el equipo médico que nos trató como si de un par de reinas se tratase, tanto a mi niña como a mí.

De día, estuve acompañada por Gladys y, por la noche, cuando Cham se dormía y el resto se hacía cargo de él, era Erik quien venía a acompañarme. Siempre me traía algo de dulce para hacer más agradable mi estancia allí, y él se marchaba la última mañana cuando la médica pasó y le dio el alta a mi niña.

—Puedo esperarme y os acompaño al hotel, es la mejor de las noticias—me comentó.

—Como le dije, no podemos asegurarle cuál será la evolución exacta de su hija. Solo puedo decirle que, con la medicación que le hemos prescrito, su integridad física no quedará comprometida en ningún momento y, si continúa sufriendo esos episodios, estarán controlados—me tranquilizó ella.

Dentro de la lógica preocupación, era la mejor que podía decirme, y así se lo hice saber.

—No tendré vida para agradecerles lo que han hecho por ella—le comenté.

—Nada que no forme parte de nuestro trabajo—añadió ella—. Una cosa sí le digo, es importante que sepa que, dé la cara o no, la bacteria no se irá tan fácilmente de la cabeza de su hija. No se asuste, es simplemente que debe saber que a Quy determinados comportamientos, como las emociones excesivamente fuertes o la ingesta de alcohol en el futuro, cuando sea mayor, podrían hacerle daño. No quiero decirle con eso que su hija no pueda tomarse una copita, sino que no debe abusar del alcohol. Si lo hace así, estoy segura de que todo irá fenomenal.

—O sea, que el botellón prohibido y punto, a eso se reduce todo—me comentó Erik, que iba feliz como un regaliz camino de la camita de la niña, a la que yo también me acerqué y entre los dos la vestimos.

En nada ella estaba en sus brazos, porque a todo esto yo seguía recuperándome de mi lumbalgia, y camino del hotel. Atrás quedaron unos días en los que mi corazón se encogió de miedo, y por fin comenzaba a expandirse de nuevo.

s

Lo cierto es que no puedo expresar más que palabras de agradecimiento hacia todo el equipo médico que nos trató como si de un par de reinas se tratase, tanto a mi niña como a mí.

De día, estuve acompañada por Gladys y, por la noche, cuando Cham se dormía y el resto se hacía cargo de él, era Erik quien venía a acompañarme. Siempre me traía algo de dulce para hacer más agradable mi estancia allí, y él se marchaba la última mañana cuando la médica pasó y le dio el alta a mi niña.

—Puedo esperarme y os acompaño al hotel, es la mejor de las noticias—me comentó.

—Como le dije, no podemos asegurarle cuál será la evolución exacta de su hija. Solo puedo decirle que, con la medicación que le hemos prescrito, su integridad física no quedará comprometida en ningún momento y, si continúa sufriendo esos episodios, estarán controlados—me tranquilizó ella.

Dentro de la lógica preocupación, era la mejor que podía decirme, y así se lo hice saber.

—No tendré vida para agradecerles lo que han hecho por ella—le comenté.

—Nada que no forme parte de nuestro trabajo—añadió ella—. Una cosa sí le digo, es importante que sepa que, dé la cara o no, la bacteria no se irá tan fácilmente de la cabeza de su hija. No se asuste, es simplemente que debe saber que a Quy determinados comportamientos, como las emociones excesivamente fuertes o la ingesta de alcohol en el futuro, cuando sea mayor, podrían hacerle daño. No quiero decirle con eso que su hija no pueda tomarse una copita, sino que no debe abusar del alcohol. Si lo hace así, estoy segura de que todo irá fenomenal.

—O sea, que el botellón prohibido y punto, a eso se reduce todo—me comentó Erik, que iba feliz como un regaliz camino de la camita de la niña, a la que yo también me acerqué y entre los dos la vestimos.

En nada ella estaba en sus brazos, porque a todo esto yo seguía recuperándome de mi lumbalgia, y camino del hotel. Atrás quedaron unos días en los que mi corazón se encogió de miedo, y por fin comenzaba a expandirse de nuevo.

Capítulo 30



Los días fueron pasando, uno tras otro, y la adaptación de los críos fue maravillosa.

Quy me llamaba “mamá” en todo momento, además de que ya comenzaba a decir muchas palabras en castellano, como me aseguró Gladys.

Cham, quien seguía imitándola en todo, también empezaba a pronunciarlas y a Erik se le iluminaba la cara cuando le llamaba “papá”.

Quy tomaba su medicación religiosamente y parecía perfecta, aunque yo me había hecho a la idea de que en cualquier momento podríamos llevarnos otro susto, por lo que me preparé mentalmente para ello.

Llegaba el final de nuestra estancia en Vietnam y el júbilo era infinito, ya que la vuelta a casa suponía el comienzo del resto de nuestras vidas.

Eso sí, yo a Erik, y a todo lo que vivimos allí, lo iba a echar de menos, porque en aquellas semanas estrechamos más una amistad que me empeñé en ver solo como tal, por mucho que me reconociera a mí misma que era el primer y el único hombre que me había gustado tras lo de Pablo.

En cualquier caso, me llevaba de allí a un gran amigo y una serie de experiencias compartidas inolvidables. Y comenzaba una nueva andadura a solas con mi niña, porque era así como había decidido vivirla, y con Gladys a mi lado, porque ella, mientras no se afianzara lo suyo con Emma, continuaría viviendo con nosotras.

Esa mañana íbamos a celebrar una fiesta en común todas las familias que viajamos hasta allí para recoger a nuestros niños. Se trataba, probablemente, de la última ocasión en la que todos nos veríamos, y era algo para celebrar. Bueno, en avión volveríamos juntos, pero ya no sería lo mismo que dejar que los críos jugasen en un parque a su libre albedrío.

En realidad, cada familia que ha viajado a Vietnam para vivir una experiencia de ese tipo la ha vivido a su manera. Nosotros quisimos vivirlo así, aunque también celebramos en su momento la típica ceremonia de entrega de

nuestros hijos ante las autoridades pertinentes.

Lo que ya nos quedaba era más informal. Contábamos con toda la documentación que les acreditaba como adoptados por nuestra parte, adoptados plenos y de forma administrativa, como se lleva a cabo en Vietnam, sin necesidad de mayor parafernalia burocrática (y aun así se nos hizo un mundo).

Nuestros niños viajarían con su pasaporte, en el cual constarían sus nombres originales. Eso sería así hasta que llegáramos a España y pudiéramos inscribir la adopción en el Registro Civil.

En el caso de mi hija, como el de tantos, lo que recibiría serían mis apellidos, pero su nombre lo conservaría, porque yo entendía que formaba parte de sus señas de identidad, además de que estaba tan encantada con él como con ella misma.

Lejos de todos esos farragosos trámites, que incluían otros más, los niños jugaban en el parque ajenos a todo, felices y, en su mayoría, integrados. Incluso aquellos a los que en principio les costó más, parecían felices cuales regalices, como en el caso de Cham.

Alborotados, corrían de acá para allá bajo el mando de Quy cuando el pequeñajo se cayó. Por primera vez, y para alegría de todos nosotros, al comenzar a llorar no buscó consuelo en su amiguita Quy, sino que se dejó abrazar po su padre.

—Te dije que le faltaba el canto de un euro para mirarte con todo el orgullo del mundo—le decía Gladys a Erik en un ambiente festivo que nos estaba llevando a todos a vivir el momento con total felicidad.

—Cielos, qué ganas tengo de hacerle socio del Athletic—decía él con su niño en brazos, y sin dejar de consolarlo en ningún momento.

Yo ya me los imaginaba a ambos, con la alegría en el cuerpo y con el gusanillo del fútbol metido, como dos forofos en el estadio. Me daba que Cham iba a vivir una infancia de lo más completa con un padre al que todo se le haría poco para verle feliz.

El crío no podía entender sus palabras, eso era obvio. Ni falta que le hacía. Era consciente de que su padre le quería y solo eso importaba.

Yo ya me figuraba cosas que antes no habían pasado por mi mente, como que a mi hija también le gustase al fútbol y coincidiéramos todos en los partidos. Vaya por delante que yo de fútbol no sé más que se juega con un balón, pero si a mi niña le gustaba, ya me imaginaba tirando penaltis con ella en un parque.

Lo que Quy quisiera lo tendría, porque lo único que me importaba era su felicidad. Mientras abrazaba a Cham, Erik me miraba y me sonreía. También a él le apenaba que nuestros días juntos en Hanoi llegaran a su fin, ya que

habíamos compartido multitud de horas en las que llegamos a conocernos muy bien.

Si en su día le hubiese conocido a él en lugar de a Pablo, yo habría seguido creyendo en el amor, pero no era el caso.

Por la noche cenamos todos juntos en plan despedida, antes de que cada familia se marchase a su hotel. Las fotos multitudinarias de grupo no faltaron tampoco, tomadas por el personal del restaurante. Algunas eran muy simpáticas, con padres corriendo porque sus hijos se salían en el último minuto.

Lo que habíamos vivido en Hanoi, eso no lo olvidaríamos nunca. Vietnam seguiría siendo para nosotros (y para siempre), ese destino soñado en el que encontramos el amor verdadero en unos chiquitines que ya formaban parte de nuestras vidas, habiéndose adueñado de esos corazones de adultos que latían con fuerza por ellos. No voy a negar, sin embargo, que el mío latía con más fuerza aún cada vez que, en ese último día, Erik fijaba sus ojos en mí.

Me iba a costar la despedida, pero contaba con la certeza de que mi hija era la prioridad en ese momento, y de que no deseaba que ninguna complicación entorpeciera el principio de nuestras vidas, porque ambas formábamos ya una familia.

r

ı

habíamos compartido multitud de horas en las que llegamos a conocernos muy bien.

Si en su día le hubiese conocido a él en lugar de a Pablo, yo habría seguido creyendo en el amor, pero no era el caso.

Por la noche cenamos todos juntos en plan despedida, antes de que cada familia se marchase a su hotel. Las fotos multitudinarias de grupo no faltaron tampoco, tomadas por el personal del restaurante. Algunas eran muy simpáticas, con padres corriendo porque sus hijos se salían en el último minuto.

Lo que habíamos vivido en Hanoi, eso no lo olvidaríamos nunca. Vietnam seguiría siendo para nosotros (y para siempre), ese destino soñado en el que encontramos el amor verdadero en unos chiquitines que ya formaban parte de nuestras vidas, habiéndose adueñado de esos corazones de adultos que latían con fuerza por ellos. No voy a negar, sin embargo, que el mío latía con más fuerza aún cada vez que, en ese último día, Erik fijaba sus ojos en mí.

Me iba a costar la despedida, pero contaba con la certeza de que mi hija era la prioridad en ese momento, y de que no deseaba que ninguna complicación entorpeciera el principio de nuestras vidas, porque ambas formábamos ya una familia.

Capítulo 31



Era la última noche y, aunque Cham ya podía dormir sin Quy, repetimos el ritual de que durmiesen juntos.

—Hoy me he permitido subir una botella para que nos tomemos una copa en condiciones—me indicó sacándola de una bolsa cuando los críos se durmieron.

—Estás en todo, eres un cielo—le di un abrazo—. Me cuidas mucho, no deberías hacerlo, ¿no comprendes que te echaré de menos? —le pregunté.

—Lo que no comprendo es por qué habrías de echarme de menos—me soltó en ese momento y entendí que había llegado el momento.

Él llevaba muchos días en el plan de tirarme la caña con elegancia y sutileza, aunque también de un modo divertido, pero llegó el momento de poner las cartas encima de la mesa.

—Creo que te estás confundiendo conmigo, Erik, aunque también soy consciente de que igual es mi actitud la que te está confundiendo, y eso no sería justo—le confesé mientras tragaba saliva con cierto ruido, porque la situación se me atravesaba.

—No me estás confundiendo y, aunque así fuera, yo no tendría absolutamente nada que reprocharte. Yo solo puedo agradecerte, Silvia. Siempre pensé que venir a por mi hijo sería un sueño. Incluso cuando me quedé solo, pese a la tristeza, lo seguí pensando, pero tú has convertido ese sueño en una verdadera maravilla—me comentó mientras me tomaba de la barbilla y hacía que sus ojos se enfrentasen a los míos.

Si digo que no sentí unas irrefrenables ganas de besarle, miento como una bellaca, pero lo cierto es que me las contuve. Si él tenía claro que deseaba estar conmigo, yo no tenía derecho a jugar con sus sentimientos por un simple capricho. Y desde luego que no pensaba hacerlo.

—También para mí ha sido lo mejor conocerte, Erik. No sé qué hubiese hecho en muchos momentos sin ti, como la noche en la que nos llevamos a la niña al hospital. Nunca voy a olvidar tu manera de tranquilizarme y demás,

pero es que tampoco nada cambiará entre nosotros. Nos hemos convertido en los mejores amigos y así seguirá siendo.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que tú te saques un novio y yo quede relegado a un segundo plano? Porque ahora estamos donde estamos porque no existen más personas…

—¿Yo sacarme un novio? ¿Tú estás de coña? —reí.

—Eres joven y preciosa, con un prometedor futuro por delante, ¿quizás es que apuntas más alto? —me preguntó.
—¿Perdona?

—Me estás entendiendo—me confesó triste—. Yo soy un ejecutivo, pero no el dueño de un imperio como eres tú.

—¿Y tú crees que esto tiene algo que ver con posición social o dinero?

—¿No? Pues si no es así, dame una sola razón por la que no debamos intentarlo. Y, si me convences, te prometo que la acataré.

—Es muy sencillo: yo no estoy preparada. Pero una cosa sí que te voy a decir… si lo estuviese, el elegido serías tú, eso no lo dudes…

—Vaya, pues no sé si eso me alegra o no, porque por un lado no voy a negarte que es un halago… Pero por otro me fastidia mucho, ¿no tienes la sensación de que si es la persona no es el momento y que cuando fue el momento no era la persona? —me preguntó con la impotencia en los ojos.

—Bueno, un poquito sí que me lo parece, sí, no te voy a engañar… Pero es lo que hay, Lo siento mucho, yo ya no creo en el amor ni en las parejas, tampoco en ser felices ni en comer perdices… Ahora las perdices me gustaría comérmelas con Quy, las dos solas…

—¿Y por qué no dejas que fluya? Yo estoy seguro de que podría hacerte cambiar de opinión—me preguntó con los ojos tan fijos en los míos que me dio miedo. Miedo de no saber controlarme y de dejar que saliera de mí una parte que no deseaba mostrarle, una que no podría mantener en el tiempo.

—Porque va a ser mucho mejor que no nos equivoquemos, porque yo no quiero mezclar sexo con amistad… Porque yo quiero que todo quede entre nosotros como está hasta ahora… así está perfecto.

—¿Perfecto? Perfecto sería el beso que yo te daría si tú me dejaras…

—No me lo pongas más difícil, por favor te lo pido. Esto no es fácil para ninguno de los dos, pero yo tengo claro

lo que quiero—le dije con las piernas temblándome porque una cosa es lo que digas y otra muy distinta lo que sientas…

—Ok, Silvia, yo no puedo mandar en tu corazón, ojalá pudiera hacerlo para mostrarte que solo quiero hacerte feliz. A mí todo esto también me ha pillado de sorpresa. No me gustaría que te llamases a engaño, porque yo no busco una madre para Cham. Siento incertidumbre como todos nosotros, no sé cómo podré hacerlo con él solo, pero te prometo que si te estoy diciendo esto no es desde el egoísmo ni desde la necesidad, sino desde el corazón.

El corazón era el que me palpitaba tan fuerte que necesité un trago. Y después de ese necesité otro… Tras ambos, porque cada uno conoce sus límites y yo no puedo beber más, lo que necesité fue meterme en la cama y apartarme de él en ese pequeño sofá, de manera que, tras darnos un abrazo, me acosté.

En la cama, y en la penumbra, le miraba. Veía a las claras que él también me miraba a mí. Me hubiera encantado que, cuando menos, hubiésemos podido dormir abrazados, como lo hacían nuestros niños, pero yo había tomado una decisión y debía dejar el mundo correr.

Al día siguiente emprenderíamos el vuelo de vuelta a casa y, aunque quería descansar para llegar lo más fresca posible, comprendí que eso no me resultaría nada fácil.

lo que quiero—le dije con las piernas temblándome porque una cosa es lo que digas y otra muy distinta lo que sientas…

—Ok, Silvia, yo no puedo mandar en tu corazón, ojalá pudiera hacerlo para mostrarte que solo quiero hacerte feliz. A mí todo esto también me ha pillado de sorpresa. No me gustaría que te llamases a engaño, porque yo no busco una madre para Cham. Siento incertidumbre como todos nosotros, no sé cómo podré hacerlo con él solo, pero te prometo que si te estoy diciendo esto no es desde el egoísmo ni desde la necesidad, sino desde el corazón.

El corazón era el que me palpitaba tan fuerte que necesité un trago. Y después de ese necesité otro… Tras ambos, porque cada uno conoce sus límites y yo no puedo beber más, lo que necesité fue meterme en la cama y apartarme de él en ese pequeño sofá, de manera que, tras darnos un abrazo, me acosté.

En la cama, y en la penumbra, le miraba. Veía a las claras que él también me miraba a mí. Me hubiera encantado que, cuando menos, hubiésemos podido dormir abrazados, como lo hacían nuestros niños, pero yo había tomado una decisión y debía dejar el mundo correr.

Al día siguiente emprenderíamos el vuelo de vuelta a casa y, aunque quería descansar para llegar lo más fresca posible, comprendí que eso no me resultaría nada fácil.

Capítulo 32



Si feliz fue el vuelo de ida, no digamos ya el de vuelta…

Cada uno de los padres íbamos con nuestros hijos y la alegría se reflejaba en los rostros. Sobra decir también que, para nuestros pequeños, subir en avión fue toda una experiencia.

Miento, no solo el subir, ya solo el hecho de ver aquel enorme aparato presto para surcar el cielo les emocionaba o les imponía, según el caso.

No sé cuántas veces tuve que llevar a Quy al baño, porque no podía controlar las ganas de hacer pis de la mucha ilusión que le provocaba volar. En cuanto a Cham, para no variar, se mostraba más reticente a los cambios y se aferraba al cuello de su padre, pues la idea le hacía mostrarse temeroso.

Erik trató de bajarle y, para que se relajase, no dudó en jugar con él en el suelo, con una pequeña pelotita. La escena resultó idílica y Quy se metió enseguida, porque ella no era de las que se perdía un juego.

—Métete tú también, si lo estás deseando—me decía Gladys mientras me empujaba y sí, me metí.

Ella nos grababa con la ironía en los labios. Yo sabía muy bien qué quería decir ese gesto irónico, pero me daba igual. Me lo estaba pasando genial y eso fue lo importante.

Un rato después ya estábamos subidos en el avión. Conseguimos sentarnos los cuatro juntos, y así Cham iba de la mano de Quy. Me resulta difícil describir la cara de terror del pequeñajo cuando notó el motor del avión moviéndose bajo sus pies… ¡Y no digamos ya cuando por fin comenzó a despegar y notó el subidón!

El grito que dio se escuchó en todo el avión, y entonces su padre, a medias con Quy, le abrazó fuerte. Yo extendí el brazo para mostrarles también todo mi apoyo, y entonces mi mano rozó la de Erik, causándome un escalofrío que debió ser compartido, por lo que noté en su rostro.

Por fin, cuando el avión se estabilizó, logramos que se calmase, y hasta que se durmiese. Fue lo mejor, porque la

experiencia, en principio, no estaba hecha para él (tiempo habría). Quy sí que lo estaba viviendo con total entusiasmo y ella tomó mi mano, mientras echaba hacia delante su cuerpecito para mirar por la ventanilla.

Con sus deditos, me señalaba esas blancas nubes que parecían de algodón y que le fascinaron, a juzgar por la carita que estaba poniendo. Para ella, la experiencia resultaba inigualable y yo no podía sentirme más orgullosa de lo bien que se adaptaba a todo y de lo fácil que me lo estaba poniendo.

—Nubes, son nubes, Quy—le decía yo y ella lo repetía.

Poco a poco, iba incorporando palabras en castellano a su vocabulario, cosa que a mí me sacaba una sonrisa como un buzón.

—En breve te estará charlando por los codos—me decía Erik.

—Y a ti Cham también, no creas que te vas a librar…

—Es que yo no me quiero librar, estoy deseando que vea nuestra casa, que se adapte al entorno…

—Por cierto, ¿dónde me dijiste que estaba exactamente? —le pregunté.

—Lo primero que haré cuando baje será enviarte la ubicación, tienes que venir a visitarla. No es el mejor ático del centro, pero estoy seguro de que te gustará—me sonrió.

—Ya te digo que sí…

—Aparte de que también le haré un tirachinas a tu niña, y tenéis que venir a recogerlo…

—¡¡No!!

—Oye, que ya te he dicho que no será como tu ático, pero tampoco una chabola—rio.

—Que no es eso, que no le hagas un tirachinas. No me quedará un jarrón vivo en casa, y algunos son verdaderas reliquias…

—Reliquias, sí, ¿materiales o no? Pues claro que son materiales, ¿qué valor tiene eso al lado de que te eches unas risas con tu niña?

—Pues ninguno, como si no quiere dejar uno entero, también tienes razón. Eso sí, mientras no me saque un ojo…

—Mujer, que tampoco creo que sea tan bruta.

—Un poco guerrera sí que es…

—Normal, su madre a su manera también lo es—afirmó.

—¿Yo guerrera? Tú te has equivocado de Silvia.

—No, jamás podría equivocarme de Silvia, eso jamás.

Yo me ruborizaba cuando me decía esas cosas que él no se callaba. Menudo era Erik.

A partir de entonces, me comenzó a contar que la suya era una casa de campo en las afueras y que pensaba que no había un mejor lugar en el mundo para que se criara su hijo, rodeado de naturaleza.

Todo lo que decía sonaba muy bucólico. Yo era urbanita, jamás me habría imaginado viviendo en el campo, aunque supuse que tendría su encanto. Y más para los críos…

A lo largo de las muchas horas de vuelo, escala incluida en Madrid, nos pusimos al día de otras muchas cosas que todavía no nos habíamos contado.

Una vez en Madrid, en el aeropuerto, le recordé que yo era de allí y que, aunque siempre amaría mi tierra, tenía ganas de volver a Bilbao, ya que el mundo que dejé atrás en la capital era uno que no deseaba recordar para nada.

Gladys, que nos había cedido uno de los asientos para que fuéramos juntos, volvió a hacerlo en el vuelo que nos llevaría a Bilbao, mientras ella dormía como una marmota.

No era extraño, ya que habíamos pasado varias semanas inolvidables en Vietnam y el cansancio lo llevábamos en el cuerpo. En Madrid nos habíamos despedido del resto de las familias, deseándonos todos el más bonito de los futuros.

Determinadas experiencias unen a las personas para toda la vida, y esa fue una de ellas. Después de años de espera, habíamos culminado un sueño. Un sueño que comenzaba una nueva etapa, con nuestros hijos ya en casa, adaptándose a su nueva vida, esa que habíamos creado para ellos y que rezábamos porque fuese de su gusto.

Capítulo 33



Jamás desaparecerá de mi mente la carita que puso mi hija al ver su dormitorio.

Todos los esfuerzos que Gladys y yo hicimos para que lo tuviese listo a tiempo para su vuelta dieron sus frutos, ya que la cría se volvió loquita de felicidad al verlo.

—¡Es para ti! ¡Para dormir! —le decíamos ambas mientras ella se tumbaba en la cama y simulaba que roncaba.

No tardaría en hacerlo de verdad, aunque antes quiso inspeccionar la casa al completo, comenzando por su armario y terminando por cada uno de los rincones.

Todo lo que allí había le llamaba enormemente la atención. Ella jamás había estado en un entorno así, con tantas comodidades, y es que apenas podía mantener la boca cerrada, puesto que se le abría sola del entusiasmo.

Un detalle que me llegó al corazón fue el de que le impactase ver tanta comida junta en la alacena. Los ojillos le brillaron y eso me hizo comprender una vez más que todos vivimos en un mundo, pero que dentro de ese mundo hay otros muchos, y que nosotras habíamos tenido una enorme suerte de poder vivir en ese.

Preparamos una cena rápida entre todas y llegó la hora de irse a la cama. Yo aún no había dormido ni una sola noche con Quy, abrazada a ella, si bien entendí que era la pequeñaja quien debía decidir.

Cuando adoptas a un crío de esa edad, debes hacerte a la idea de que no se trata de un bebé, sino de una personita que ya tiene sus propios criterios.

Al marcharse a dormir, después de colocar en su dormitorio los juguetes que trajo de Hanoi, mi pequeñita me dio la mano para que la acompañase. Allí se metió en la cama y me sonrió.

Le hubiese leído un cuento, pero estaba demasiado cansada y, en ese momento, tampoco lo habría entendido. Poco a poco, yo comenzaría a escenificarlos para que los fuera entendiendo, y con la ayuda de Gladys, que tenía tanto arte para eso como para todo.

Entendí que Quy debía dormir en su dormitorio y que era la decisión más madura por su parte, aunque también estaba segura de que algunas noches de fin de semana, vacaciones y demás, se vendría a mi cama y desde allí veríamos la tele, acurrucadas.

Todo iría llegando y, hasta el momento, su adaptación no podía ser mejor.

A mí me quedaba otra adaptación por delante; la de deshabituarme de la compañía de Erik, si bien él no parecía dispuesto a ponérmelo demasiado fácil en ese sentido, al enviarme un mensaje.

“Buenas noches, preciosa. Cham ya se ha dormido. Por suerte, lo ha hecho sin ningún drama, quizás porque ha llegado reventado, ya veremos mañana. Te deseo el más bonito de los sueños, aunque no podrá serlo tanto como tú”

a

Yo estaba ya entre las sábanas, pero las piernas me temblaron tanto que tomé una decisión; le contestaría un tanto seca.

“Buenas noches, Erik. Me alegro de que así haya sido”

Vaya malaje la mía, pero es que no podía darle carrete si quería que se olvidara de su idea de que tuviésemos algo Y si quería olvidarme también yo.

No por eso concilié el sueño con rapidez. Como una pipiola, abrí el mensaje una y otra vez. Sé que mi comportamiento os puede parecer un tanto incoherente porque, de hecho, lo era. Le contesto seca, y luego lo leo mil veces. En fin…

Mi niña me despertó por la mañana, y una de las primeras cosas que hizo, tras darme un beso, fue preguntarme por Cham.

Ellos todavía no entendían muy bien la situación, porque desde que salieron del orfanato se mantuvieron juntos. Y el día anterior, al despedirse adormilados al bajar del avión, apenas captaron tampoco lo que sucedía.

Erik no tardó en llamarme, mientras ella se tomaba unos cereales con chocolate que agrandaban todavía más su sonrisa.

—Buenos días, preciosa. Cham pregunta por Quy, no debería pasar demasiado tiempo sin que se vean, ¿Por qué no os pasáis este finde? —me sugirió.

o

Me pareció demasiado. Yo necesitaba poner algo de tiempo por medio y él me estaba pidiendo que fuera en dos o

tres días.

—Buenos días, Erik. Ella también pregunta por tu hijo y sí, no tardaremos en vernos, solo que este finde voy a estar muy liada. Ya te llamo la semana que viene, ¿te parece?

—Me parece, claro—murmuró con voz algo decepcionada antes de despedirse.

Gladys apareció por la cocina en ese instante, y no tardó en meter baza.

—Luchando por detener lo que no se puede, ¿no?

—No empieces, te lo pido por favor. Yo ahora lo que debo hacer es criar a esta niña. Y no es poco…

—No me hagas que le dé a la sin hueso que luego te cabreas, ¿qué quería?

—Que nos viéramos este finde, ¿qué te parece?

—¿Qué me va a parecer? Genial, es lo único que puede parecerme, tontona. E iréis, vais a ir…

—Oye, si lo que quieres es quedarte la casa a solas para estar con Emma nos largamos de paseo, para eso no necesitas que me vaya con Erik.

—¿Es eso lo que quiero de verdad? No sé en qué momento se te comenzaron a morir las neuronas, pero sí puedo asegurarte que el proceso es irreversible, asustadita me tienes.

—Anda, anda, ¿y qué haremos hoy?

—Tú verás. Como no me ponga a trabajar, de esta me despiden. Como eres jefa, igual no lo entiendes, pero es lo que hay.

Gladys ya no podía tomarse más tiempo libre, demasiado se tomó, ya que echó mano de sus vacaciones para acompañarme a Hanoi. Más que una amiga, era ya parte de mi familia; de esa bonita familia que comencé a construir.

Salí con mi niña a pasear por Bilbao. Deseaba con fervor enseñarle los aledaños de nuestra casa, el lugar donde íbamos a vivir, y hasta la fachada del colegio en el que ya la había matriculado, y en el que en breve comenzaría e curso. Todo era ilusión en ella, una ilusión contagiosa que me llevaba de un lado a otro de aquellas calles presumiendo de hijita.

Capítulo 34



El sábado por la mañana, igual que todas, mi niña me preguntó por Cham, al que echaba mucho de menos.

Con gestos, me indicó que deseaba abrazar a ese pequeñajo y yo me sentí egoísta. En realidad, no sé si me sentí egoísta por no haberla llevado todavía a verle o aliviada porque me estuviera dando una excusa para hacerlo.

Lo había pensado y tenía ganas de visitarlos. Ver a Erik no me comprometía a nada y, sin embargo, me apetecía cantidad.

Me coloqué delante del espejo de mi vestidor y comprobé que estaba dudando más de la cuenta sobre qué vestido ponerme.

No le diría nada, sería una sorpresa para él. Y si le pillaba fuera de casa, le llamaba y listo. Total, yo tenía su ubicación y no le necesitaba para llegar hasta allí.

Me decanté por un veraniego vestidito amarillo en lino, muy fresquito y favorecedor, con unas sandalias planas que eran una monería y en color azul, en contraste con el vestido. No, no es que yo sea del equipo de fútbol de Cádiz, de hecho, ya he dicho que a mí el fútbol ni fu ni fa, pero iba ideal.

Mi niña también lo iba con un conjuntito en rosa chicle de short y top, feliz y corriendo de un lado para otro, sin dejar de repetir el nombre de Cham.

Un suave toque de maquillaje, mi pelo al aire y lista, ¡nos marchábamos!

Por el camino le fui poniendo música, la que iba saliendo, para que se familiarizara con el idioma. Sonó "Acróstico" de Shakira y, aunque ella no entendía la letra, sonrió aún más al oír la voz infantil de su hijo. Sin duda le recordó a Cham y a lo bien que cantaba su amiguito.

Había una distancia de mi casa a la de Erik, si bien, una vez en las afueras, la recorrimos con mucho gusto, al comprobar que vivía en una zona muy verde y preciosa, con un arbolado que proporcionaba una sombra de lo más

apetecible.

A mi niña el paisaje le iba encantando y lo señalaba con la manita, sobre todo al adentrarnos en esa zona de montes que no pudo gustarle más. Ella solo quería bajar del coche y abrazar a Cham. Y yo pensaba en lo mucho que me apetecía abrazar a Erik y darle una gran sorpresa.

Cuando el GPS me indicó que estábamos cerca, también a mí me salió una grandísima sonrisa, porque la única casa que había en la zona (y que por tanto debía ser la suya) era una de cuento. Rodeada de una valla ideal, no le faltaba un detalle a la decoración de aquella maravilla situada en pleno monte, que había sido construida con todo el gusto del mundo.

Le indiqué a mi niña que esa era la casa y ella comenzó a reír de felicidad. También le indiqué que se bajara del coche, pues deseaba dar directamente en su puerta sin que sospechasen de la llegada de nadie.

Tan pronto nos colocamos detrás de esta, escuchamos los gritos de felicidad de Cham, quien parecía zambullirse en la piscina, a juzgar por el ruido que hacía.

Cogí a mi niña en brazos y, en lugar de tocar el timbre, le pedí que llamase a su amiguito a gritos, cosa que no tardó en hacer. El crío identificó su voz y comenzó a gritar también el nombre de Quy, lo cual hizo que se me erizase el vello.

En nada, Erik vino a abrir la puerta, y aunque su cara reflejaba asombro y felicidad, noté que algo no iba bien.

—Hola, espero que no hayamos llegado en mal momento—le dije.

—No, no en absoluto. Por favor, pasad—murmuró atropelladamente.

Lo hicimos y, al lado de la piscina, sacando a Cham, vi a una mujer que me resultó conocida y que no era otra que Nuria.

—Mira, ella es… Ella es Nuria—me la presentó y yo, para no querer nada con él, me quedé absolutamente plof, algo que me dio que pensar.

—Hola, y tú debes ser Silvia—me dijo ella dándome dos besos, dos besos que se podía haber ahorrado porque me sentaron peor que mal.

a

—Sí, sí, en fin… Solo es que pasábamos por aquí y queríamos ver cómo estaba Cham, pero ya nos vamos—les dije porque me di cuenta de que allí ya no pintábamos nada.

s

Me dio un bajonazo tremendo, no lo pude remediar. Y eso que entendí que él tenía todo el derecho del mundo a volver con ella si le apetecía. Quizás Nuria hubiese recapacitado respecto a lo del niño y Erik decidió darle una oportunidad.

Nada podía reprocharle, puesto que a mí me ofreció abiertamente que tuviésemos algo y yo me negué en rotundo, de manera que dejé pasar mi oportunidad.

—No, por favor, no os vayáis—me pidió Erik y me sentó fatal porque vale, nada podía reprocharle, pero pareció faltarle el tiempo para volver con ella. Entonces, ¿qué era lo que había sentido por mí?

Lo que yo sentí es que ningún hombre era digno de confianza, y que nuevamente fui una mema. No obstante, en ese momento Nuria movió ficha y fue ella la que me desconcertó.

—No, no, la que se va soy yo. Ya he conocido a Cham y era todo lo que deseaba. Pasad un buen día, os lo merecéis.

Yo no entendí nada, porque pasé de odiar a esa mujer a pensar que igual no era tan odiosa, porque su comentario me gustó.

Ella se agachó, le dio un beso a Cham, le hizo una carantoña a mi niña y salió andando.

Me quedé mirando a Erik y él me sonrió. Incluso antes de que dijera nada, me dio un tremendo abrazo.

—No sabes lo que me alegra que hayas venido y te pido por favor que no saques tus propias conclusiones—me pidió.

No supe qué contestarle, solo quería que él hablase y me contase, porque me sentía muy confundida.

Me dio un bajonazo tremendo, no lo pude remediar. Y eso que entendí que él tenía todo el derecho del mundo a volver con ella si le apetecía. Quizás Nuria hubiese recapacitado respecto a lo del niño y Erik decidió darle una oportunidad.

Nada podía reprocharle, puesto que a mí me ofreció abiertamente que tuviésemos algo y yo me negué en rotundo, de manera que dejé pasar mi oportunidad.

—No, por favor, no os vayáis—me pidió Erik y me sentó fatal porque vale, nada podía reprocharle, pero pareció faltarle el tiempo para volver con ella. Entonces, ¿qué era lo que había sentido por mí?

Lo que yo sentí es que ningún hombre era digno de confianza, y que nuevamente fui una mema. No obstante, en ese momento Nuria movió ficha y fue ella la que me desconcertó.

—No, no, la que se va soy yo. Ya he conocido a Cham y era todo lo que deseaba. Pasad un buen día, os lo merecéis.

Yo no entendí nada, porque pasé de odiar a esa mujer a pensar que igual no era tan odiosa, porque su comentario me gustó.

Ella se agachó, le dio un beso a Cham, le hizo una carantoña a mi niña y salió andando.

Me quedé mirando a Erik y él me sonrió. Incluso antes de que dijera nada, me dio un tremendo abrazo.

—No sabes lo que me alegra que hayas venido y te pido por favor que no saques tus propias conclusiones—me pidió.

No supe qué contestarle, solo quería que él hablase y me contase, porque me sentía muy confundida.

Capítulo 35



Lo supe de golpe. Supe de golpe que aquello que sentí al ver a Nuria en su casa me afectó tanto porque me había enamorado de Erik.

Como bien decía mi querida Gladys, no se puede luchar contra lo que sentimos, y yo decidí en ese instante que, si el universo me daba una oportunidad de estar con Erik, yo se la daría a él de ser mi pareja.

—Te prometo que solo ha venido a… No sé ni cómo explicarlo. Nuria supo por nuestros amigos de mi vuelta con el niño y se sentía mal. Por lo que me contó sabe que fue injusta conmigo, que me dejó tirado en el momento en e que más la necesitaba, y tan solo buscaba un rato en el que vernos, conocer al pequeño, mirarme a los ojos y sabe que podía seguir con su vida sin odio por mi parte.

—Así que en el fondo no es un monstruo como Pablo—murmuré.

—No, no es un monstruo, pero tampoco es una mujer a la que yo volviera a acercarme en la vida. Tan solo le di la oportunidad de que continuase su camino sin la sensación de que yo la odiaba. El odio no es un sentimiento que quepa en mí, y menos cuando le he sido sincero, sincero del todo…

—¿Qué quieres decir? —le pregunté con una intriga tal que moría porque me contestase.

—Pues quiero decir que le he confesado que estoy enamorado de otra; en concreto, que estoy enamorado de ti— me dijo mientras me hacía una carantoña y me abrazaba.

—Y yo de ti, mi amor, y yo de ti—murmuré en un tono tan bajito que él se me quedó mirando como si no pudiese tener la certeza de lo que había escuchado.

—¿Has dicho que tú también estás enamorada de mí? —me preguntó con una mirada tan feliz que brillaba, brillaba mucho entre aquellos montes vascos que eran pura luz.

—Eso es lo que he dicho. Y ya sé que antes dije otras muchas cosas y que, por tanto, puede parecer que me esté

contradiciendo un montón, pero es que te quiero—le confesé mientras sus labios se aproximaban a los míos.

Los niños, que estaban jugando, se nos quedaron mirando. Cham, a su vez, miró a Quy como buscando su aprobación, y mi pequeña no dudó en comenzar a dar palmas, lo que fue seguido por él.

Besándonos, abrazados y emocionados, supe que estábamos ampliando la familia en ese justo instante, y que lo que tenía delante se asemejaba muchísimo a lo que siempre soñé.

Mis niños, porque así los consideré desde ese momento (a los dos), se mostraban felices en un día en el que nos quedamos juntos, comportándonos como una familia.

Recuerdo que preparamos una barbacoa, y que ellos nos ayudaron. Querían participar en todo, eran un amor. Tampoco he olvidado nunca la sensación de verlos correr por la parcela de Erik. Yo no dudaba de lo feliz que pudieran ser en mi ático, pero tampoco de que allí, en plena naturaleza, podrían crecer todavía más libres, respirando el aire puro de unos montes que daban vida.

Quedaban muchas decisiones por tomar, pero yo contaba con la total seguridad de que juntos acertaríamos. Disfrutamos mucho del día y cuando llegó la noche… Cuando llegó la noche y los niños se durmieron saboreamo el momento más romántico y erótico de todos.

Erik me ofreció que me diese una ducha y salí del baño, tras secarme, totalmente desnuda. Sí, aparte de que no llevaba una muda de ropa interior de esa tan bárbaramente sexy que hubiese utilizado para la ocasión, era consciente de que con él había desnudado mi alma desde que le conocí, y ese día quise desnudar mi cuerpo.

Cuando me vio salir de ese modo, él, que estaba tumbado sobre la cama, se estremeció y se endureció a partes iguales, Yo notaba cómo me comía con los ojos, si bien enseguida pasó a hacerlo con su boca.

Mi chico, porque ya se había convertido en eso, comenzó a besarme con tal énfasis que cada uno de sus besos parecía contener una historia de amor en miniatura, y que la suma de todas ellas daba lugar a una gran y romántica historia de amor que tuvo por destino Vietnam y que había dado un importante giro de vuelta a casa…

En realidad, no era un giro, era el reconocimiento de lo que ambos sentíamos, de ese amor que nos estaba sobrepasando y que él me demostraba beso a beso… Sus labios, gruesos y generosos, me regalaban vida a través de cada uno de ellos.

Desde lo de Pablo yo no había vuelto a saber lo que era amar y lo de él tampoco fue un amor real, sino ficticio, ya que yo me enamoré de un hombre que no existía.

El primer amor real, el amor con mayúsculas, me estaba llegando de la mano de Erik, que era un hombre que sí podía devolverme lo que yo había perdido: la confianza en el amor romántico, en ese amor que consiste en que te

cuiden y te mimen con una sola mirada, en que te hagan sentir que, para la otra persona, no existe nada más importante.

Suena a tópico y aparece en todas las redes sociales, pero que una persona que no te necesite para nada, te quiera para todo es lo más bonito que puede sucederte en la vida. Yo lo comprobé en aquella tórrida noche en la que él me lo estaba ofreciendo todo a través de unos besos que nada tenían que ver con el simple sexo y mucho con el amor.

No me tumbó, Erik me regaló la primera batería de besos mientras yo continuaba de pie, demostrándome que amaría cada centímetro de mi piel.

Antes de que pasara a hacerme el amor como todos lo conocemos, ya me lo estaba haciendo con la mirada y eso, nuevamente, suponía para mí lo mejor que me podía suceder.

En sus ojos descubrí el amor masculino, el amor ardiente, pero también el más puro y verdadero. Las caricias comenzaron a acompañar a sus besos, y entonces me tumbó.

sSus dedos me recorrían en silencio, sin prisas… Yo no tenía heridas corporales, pero sí las tenía en el corazón. Erik las conocía muy bien. Antes que amantes fuimos amigos, y eso es algo muy importante, algo que le permitió tratar de curar esas heridas sin dejar siquiera cicatrices.

Hay que tener mucha capacidad de amar para hacer eso. Hay que contar con mucha grandeza y has de haber logrado con anterioridad que la otra persona te mire de un modo que crea en aquello con lo que la estás obsequiando.

Yo temblaba entre sus dedos, temblaba en una noche en la que todos mis miedos desaparecieron y en la que esa negra nube que me persiguió desde el día que descubrí la terrible traición de Pablo comenzó a disiparse, desapareciendo… supe que el día amanecería más soleado que nunca, supe que las nubes oscuras nunca volverían a apagar los rayos solares… supe tantas cosas que entendí que solo alguien con mucha grandeza puede llevarte a aprender tanto de una sola vez.

Me dejé llevar por sus dedos, por esos dedos sanadores… Y también por su lengua ardiente esa que, tras detenerse largo rato en mis senos, comenzó a explorar el hemisferio sur de mi cuerpo, adentrándose en mis entrañas, y recorriendo el camino que me llevaba a hacerme sentir mujer… tan mujer que moría por el hombre que me demostraba su valía.

Erik me colmaba de felicidad con un amor pausado, con un amor que me iba entregando en distintas dosis y que me hizo enloquecer cuando me agarré a las sábanas y contuve el grito que hubiera sacado de mí el orgasmo que me provocó su lengua, ese que me removió por dentro, ese que me recordó que yo había permanecido inerte durante demasiado tiempo y, de pronto, volvía a la vida.

Mis ganas de Erik eran incontenibles. Yo acariciaba también cada centímetro de su tersa y tonificada piel, ya que su trabajado cuerpo me llevaba a universos paralelos donde acariciarle equivalía a sentir una lujuria tal que jamás me sentí tan empapada como lo hice ese día.

Erik, inevitablemente lo notó, y lo hizo cuando fue a entrar en mí y resbaló hacia dentro, saliendo de nuevo y volviendo a experimentar un goce que, a mí, igualmente, me puso a mil. Su miembro erecto, presto para darme tanto placer, y esas ganas que yo no podía ni quería esconder y que se manifestaban en gemidos que le endurecían aún más…

Días atrás comencé a tener sueños húmedos con su persona y, pese a que aquellos me dieron una pista de cómo podría ser hacer el amor con él, la realidad superó ampliamente todo aquello que yo podría haber soñado.

Tenerle en mi interior durante largo rato, prolongando la sensación de entrar en mí para después notar su desahog me llevó a lo más alto del deleite, hasta el punto de que fueron varias las veces que me corrí para él antes de quedarme dormida en su regazo.

No fue fácil porque, una vez que creía que llegaba el momento, él volvía a agacharse para beber de la vasija de mi esencia y entonces… Entonces el sueño se espantaba.

Finalmente caímos rendidos el uno en los brazos del otro, como no podría ser de otra manera. Así nos recibió el día, un día en el que nos levantamos, como cualquier familia en mañana de domingo, y todos juntos preparamos e desayuno.

A los niños les fascinaban las tortitas con sirope y nos salieron de vicio. Cham parecía tener cierta mano para la cocina, en eso le llevaba la delantera a Quy, a quien le daba un poco de coraje que él pudiese ser mejor en algo.

Erik y yo nos mirábamos porque nada habíamos hablado del futuro y, sin hacerlo, lo habíamos hablado todo.

Cuando dos almas están destinadas a encontrarse, nada mejor para hacerlo que dejar que fluya, no forzando nada, como él hizo.

Yo miraba aquel desayuno, con la que ya consideraba mi familia, entre el verdor de esos montes y entendí que en la vida hay momentos que no pueden ser superados, que son lo suficientemente buenos como para ser considerados perfectos.

Todo en aquella casa lo hacíamos en clave de amor. Todo llegó cuando tuvo que llegar, y yo lo di por bueno.

Sabía que muchas más cosas, y todas buenas, también llegarían, si bien era conocedora de que serían regalos de una vida que ya nos estaba colmando de una extraordinaria dicha.

Cualquier sufrimiento pasado lo di por bueno, todo tuvo una razón de ser… Erik era el hombre de mi vida y solo con él podría ser.

Yo también era la mujer de la suya y aquellos niños… Aquellos niños habían nacido en otro mundo que siempre sería el suyo porque así se lo recordaríamos de la manera más respetuosa, pero ya pertenecían al nuestro, porque eran nuestros hijos y porque no los podíamos amar más.

Los habíamos conocido al mismo tiempo, el mismo día y en el mismo lugar… Eso provocaría que no hubiera distinciones. Al margen de lo que plasmasen los documentos, tanto el uno como la otra eran hijos de ambos, y así los criaríamos.

Sus risas comenzaron a poner el hilo musical en un bonito desayuno en el que Cham nos sorprendió comenzando oa cantar una alegre canción vietnamita, con su prodigiosa voz, y Quy le siguió.

El eco nos sorprendió también, devolviéndonos sus letras, entre aquellos montes vascos donde la libertad se llevaba por bandera, porque allí no solo me sentí más acompañada que nunca, sino libre.

Durante muchos años no fue así. Demasiado tiempo en el que me vi encarcelada en una especie de jaula de oro en la que me faltó el oxígeno, y en la que trataron de robarme lo más importante; mi esencia, esa que volvía plena y pletórica a brotar de mi interior.

Cualquier sufrimiento pasado lo di por bueno, todo tuvo una razón de ser… Erik era el hombre de mi vida y solo con él podría ser.

Yo también era la mujer de la suya y aquellos niños… Aquellos niños habían nacido en otro mundo que siempre sería el suyo porque así se lo recordaríamos de la manera más respetuosa, pero ya pertenecían al nuestro, porque eran nuestros hijos y porque no los podíamos amar más.

Los habíamos conocido al mismo tiempo, el mismo día y en el mismo lugar… Eso provocaría que no hubiera distinciones. Al margen de lo que plasmasen los documentos, tanto el uno como la otra eran hijos de ambos, y así los criaríamos.

Sus risas comenzaron a poner el hilo musical en un bonito desayuno en el que Cham nos sorprendió comenzando a cantar una alegre canción vietnamita, con su prodigiosa voz, y Quy le siguió.

El eco nos sorprendió también, devolviéndonos sus letras, entre aquellos montes vascos donde la libertad se llevaba por bandera, porque allí no solo me sentí más acompañada que nunca, sino libre.

Durante muchos años no fue así. Demasiado tiempo en el que me vi encarcelada en una especie de jaula de oro en la que me faltó el oxígeno, y en la que trataron de robarme lo más importante; mi esencia, esa que volvía plena y pletórica a brotar de mi interior.

Capítulo 36



Sonaban campanas de boda a lo lejos. Por fin había llegado nuestro gran día, ese día en el que Erik y yo nos daríamos el “sí quiero” con el que uniríamos nuestras vidas para siempre.

Sé que, en los tiempos que corren, es un tanto arriesgado por mi parte decir eso de “para siempre” con tanto aplomo, pero estaba y estoy segura de que así va a ser. Por fortuna, puedo presumir de que la nuestra se había convertido ya en una unión inquebrantable por aquel entonces.

Recuerdo que, a esas horas del mediodía, hacía ya un calor de mil demonios, a pesar de que nuestra boda se celebró un sábado de mediados de mayo. Cabía esperarse que aquel fuese un bonito día de sol primaveral, pero nadie hubiese podido imaginar que el astro rey calentase con tanta furia como lo hizo desde que amaneciera, encontrándonos en esa fecha.

Mi chico y yo queríamos hacer de tan señalada jornada algo un tanto especial, por lo que, finalmente, después de darle unas cuantas vueltas al asunto, decidimos celebrar una boda al estilo medieval por todo lo alto, en compañía de todos nuestros seres queridos.

Además, aunque no es que una lo planeara con esa intención, casándome cual novia de la Edad Media, me vendría de perlas algo que había guardado durante años como oro en paño (buena rima acaba de salirme), por si se terciaba sacarlo del fondo del baúl de las reliquias alguna vez. ¡Y vaya si se terció!...

Se trataba del vestido de novia de mi madre, ese que ella misma confeccionara con sus propias manos muchos años atrás y que luciese ante el altar cuando le llegó la hora de comprometerse con mi padre. Tan solo tuve que encargarle a una modista un par de arreglillos y… ¡listo! Ni pintado para la ocasión, puesto que la tela se conservaba intacta y el diseño parecía hecho adrede.

Para rematar el atuendo nupcial de esta que habla, una diadema de flores sobre la frente y un ramillete de pequeñas flores blancas y malvas en la mano, complementos ambos de los que se encargó, como no podía ser de otra forma, María, la mujer de José, pues ellos asistieron a la boda, pese a vivir lejos.

Parece que estoy viendo ahora mismo la cara que se le puso a Erik según me fui acercando a él del brazo de mi padrino. Hablando de eso; menos mal que tenía en esos momentos un brazo del que agarrarme, y es que, entre la inseguridad de mis pasos temblorosos por la emoción y la atmósfera asfixiante de aquella mañana, creía que no me alcanzarían las fuerzas para llegar hasta el pórtico de la iglesia elegida.

Lo cierto es que no me levanté yo muy "católica" que digamos el día de mi boda. De hecho, debía tener la tensión algo baja, porque me sentía incluso un pelín mareada, pero no procede entrar ahora en ese tipo de detalles.

A lo que íbamos… La elección de aquella antigua iglesia de la cercana localidad de Barakaldo corrió a cargo de Erik. A mi príncipe azul le hacía ilusión recibir el sacramento del matrimonio en el mismo lugar en que le impusieran el del bautismo, siendo un bebé de pocos meses de vida.

Allí delante me esperaban, además de él, un buen número de familiares, amigos y nuestros pequeños guerreros, y nunca mejor dicho eso de "guerreros". Cham y Quy estaban para comérselos con sus vestimentas apropiadas para la ocasión. Al igual, Manu y Dao, así como el resto de la tropa de renacuajos.

Se lo pasaron bomba. Me atrevería a decir que aquellos diecinueve niños en total (amigos de nuestros hijos) disfrutaron del evento casi todavía más que los adultos. De hecho, armaron tales numeritos con su euforia que María tuvo ya que poner orden en la pandillita en un momento dado, durante la ceremonia en el interior de la modesta ermita.

Volviendo a eso de que estaban todos para comérselos, a decir verdad, un par de veces a lo largo del día me arrepentí de no habérmelos comido uno a uno antes de poner un pie en la iglesia.

Bien metidos en su papel, los peques no tuvieron mejor ocurrencia que improvisar una "batallita" entre ellos allí en mitad del pasillo central, con sus espadas en alto. De resultas, Nagore, la cría de tres años de otros buenos amigos, terminó llorando a mares y gritando como las locas, más cabreada que un mico por el leñazo que le atizó la revoltosa de mi Quy.

Si no llega a ser porque Gladys la sacó de allí en brazos a la velocidad del rayo, fijo que el cura hubiera tenido qu parar la ceremonia. Cosas de críos…

Y a propósito de Gladys; mi querida amiga ya andaba por esos días emparejada con Emma, cosa que me alegraba sobremanera. ¡Que viva el amor, señores!

Para el convite, elegimos un espectacular restaurante acorde a la temática de nuestra boda. En aquel sitio que recreaba a la perfección un escenario medieval, los enanos protagonizaron otras anécdotas que se quedarán para siempre en nuestras memorias; hazañas que a ellos les arrancaron muchas sonrisas y también alguna que otra lágrima.

Por ejemplo, el “baño” de Cham en el estanque del ranchito de la entrada, donde se sirvió el cóctel de bienvenida a los invitados. No es que a mi hijo le diera por tirarse al agua, así como así. Una vez más, mi niña volvió a hacer una de las suyas y lo tiró al agua de un empujón, argumentando que hacía mucho calor y había que “ponerse fresquito”.

Pese a todo, tuvimos que reírnos. Con mayor motivo aún, por la manera en que Cham pronunció la frase previa al “ataque” por la espalda: mitad en español y mitad en su lengua de origen. Tanto el uno como la otra ya empezaban a defenderse en nuestro idioma. Es más, progresaban adecuadamente, como se suele decir ahora en los colegios.

El evento se alargó hasta bien entrada la tarde. De hecho, empezaba a ocultarse el sol sobre el horizonte vizcaíno cuando los invitados empezaron a retirarse.

Para ser sincera, por un lado, me apenaba la idea de que nuestra boda, esa que habíamos estado preparando con tanto esmero durante meses para que todo saliese a pedir de boca, fuese tocando a su fin, pero por otro… me sentía aliviada.

Explico el porqué de lo último que acabo de decir: aunque en realidad fueron leves, los mareos con los que amanecí esa mañana de primavera me acompañaron de forma intermitente durante todo el día. No obstante, ni siquiera tal circunstancia logró empañar la felicidad extrema que rezumaba todo mi ser por aquel tiempo…

Por ejemplo, el “baño” de Cham en el estanque del ranchito de la entrada, donde se sirvió el cóctel de bienvenida a los invitados. No es que a mi hijo le diera por tirarse al agua, así como así. Una vez más, mi niña volvió a hacer una de las suyas y lo tiró al agua de un empujón, argumentando que hacía mucho calor y había que “ponerse fresquito”.

Pese a todo, tuvimos que reírnos. Con mayor motivo aún, por la manera en que Cham pronunció la frase previa al “ataque” por la espalda: mitad en español y mitad en su lengua de origen. Tanto el uno como la otra ya empezaban a defenderse en nuestro idioma. Es más, progresaban adecuadamente, como se suele decir ahora en los colegios.

El evento se alargó hasta bien entrada la tarde. De hecho, empezaba a ocultarse el sol sobre el horizonte vizcaíno cuando los invitados empezaron a retirarse.

Para ser sincera, por un lado, me apenaba la idea de que nuestra boda, esa que habíamos estado preparando con tanto esmero durante meses para que todo saliese a pedir de boca, fuese tocando a su fin, pero por otro… me sentía aliviada.

Explico el porqué de lo último que acabo de decir: aunque en realidad fueron leves, los mareos con los que amanecí esa mañana de primavera me acompañaron de forma intermitente durante todo el día. No obstante, ni siquiera tal circunstancia logró empañar la felicidad extrema que rezumaba todo mi ser por aquel tiempo…

Epílogo



Cuatro años después…

Más tarde lo entendí todo. Tras el enlace, pusimos rumbo hacia Turquía para disfrutar de nuestro matrimonio recién estrenado, sin el revuelo de los peques. Gladys y Emma se ofrecieron para hacerse cargo de ellos durante nuestras minivacaciones.

Buena idea. ¡Que fueran practicando con los hijos ajenos! Aquellas dos ya tenían idea también de vivir la misma experiencia, solo que aún estaban en duda entre la adopción o la fecundación in vitro, aunque en ese caso daría a luz Emma, de eso poca duda cabía.

Bueno, pues fue precisamente en Estambul, ciudad elegida para nuestra luna de miel, donde me llegó la confirmación de aquello que se me pasó por la mente en un momento dado durante el día de la boda. De todos modos, me encargué de no decirle a él ni media palabra durante aquel dichoso sábado de mayo. No era el momento. Tiempo habría…

Existía la posibilidad de que me encontrase embarazada, y es que tanto Erik como yo deseábamos ampliar nuestra plantilla con un hijo biológico. Por tanto, me había sometido a una intervención quirúrgica para desligarme las trompas, tiempo antes de celebrar la boda.

Cerca de cuatro años han pasado ya desde entonces, cuatro maravillosos años en los que ese otro sueño también se ha cumplido… ¡y de largo!

Allí mismo, en la fascinante ciudad turca, tuve un nuevo episodio de mareos, solo que en esa ocasión fue bastante más severo y terminó finalmente en un desmayo que, por suerte, me pilló en la habitación del lujoso hotel en que nos alojábamos, a pocos pasos del Gran Bazar.

Cuando volví a “ser persona”, mi marido y yo tuvimos una conversación al respecto. A Erik le faltó el tiempo para buscar una farmacia y traerme un test de embarazo.

Cierto que no era el mejor momento del día para hacérmelo, pues lo recomendable era a primeras horas de la mañana y estábamos a punto de bajar a la calle a almorzar, pero también estábamos locos por salir de dudas. Si salía positivo… la cosa estaría bien clara.

Y esa claridad no se hizo de rogar. En mucho menos de lo esperado, tuvimos el resultado ante nuestros ojos. El corazón empezó a acelerárseme, pensando que ya no éramos solo dos personas que se amaban locamente las que se habían desplazado con Iberia hasta tierras turcas para pasear su amor cogidos de la mano.

Éramos tres, o al menos eso creímos del tirón, con el test aún ahí sobre la encimera del lavabo. Digo que creímos porque la vida nos tenía preparada otra buena sorpresita. Unos ocho meses después aproximadamente, llegaron al mundo nuestras preciosas niñitas: Aitana y Elaia. Dos mejor que una, ¿no?

Pues sí. Estas dos rubillas de ojitos vivos han venido a completar un equipo muy bien avenido en nuestra casa. Ahora que menciono lo de casa; actualmente vivimos en el caserón de Erik.

Él era sumamente feliz en aquel ambiente y deseaba que nuestros hijos se criasen por allí al aire libre, respirando aire puro entre árboles, como solía decir con frecuencia A mí también me pareció una idea fabulosa. Vamos, que no tuvo que insistir mucho para convencerme…

A día de hoy, en esta bonita casa de campo llevamos todos una vida de lo más sana. La verdad es que no podría asegurar que este nuevo estilo de vida campero guarde relación con el tema, pero el caso es que Quy no ha vuelto a tener nunca más ningún episodio de epilepsia (tocaremos madera por si las moscas).

Tanto ella como el tímido de Cham (cada día menos tímido, todo hay que decirlo), dominan ya a la perfección el castellano. Y no solo eso. Esa voz tan divina para cantar con que le obsequió la vida también parece irse perfeccionando con el paso del tiempo.

Lo curioso es que Quy, a base de escucharle y escucharle, se “picó” con él. Aunque de por sí a mi nena vietnamita lo de cantar tampoco se le daba mal del todo, un día cualquiera nos pidió que le buscásemos un profesor de canto para afinarse en esta materia. Dicho y hecho. ¡Y otro progreso adecuado, señores!

Erik y yo nos damos buenas panzadas de reír cuando les da por cantar a dúo alguna que otra canción de Pimpinela. ¿Os lo imagináis?

Y no somos los únicos que vivimos como reyes por estos lares. Íñigo con con Ainara con sus niños, Ignacio e Itziar con los suyos… son muchos los amigos que se dejan caer por aquí cada dos por tres los fines de semana para visitarnos. Todos ellos padres del cole con los que hemos hecho amistad.

Nos encanta organizar barbacoas domingueras ahí fuera, mientras los chiquillos se lo pasan a lo grande con todo tipo de juegos. Por supuesto, nunca les falta el dichosito tirachinas.

Como puede deducirse de ese “dichosito”, a mí no es que me haga mucha gracia precisamente. No en vano, siempre que los veo con ese artilugio en la mano empiezo con la misma cantinela de “niños, tened mucho cuidado a ver si os vais a dar un chinazo en un ojo” … ¡Cosas de madres!

En cuanto a Gladys y Emma, también están contentas a rabiar con la que se les avecina. Al final, esta parejita se decantó por la adopción, al igual que nosotros.

En su caso, a no tardar mucho podrán tener en sus brazos esa criaturita china que las convertirá en madres. Estas chicas son ya dos pilares súper importantes en nuestra existencia, por lo que les deseo que la vida les premie con la misma felicidad que nos premió a Erik y a mí el día que nos colocó sobre el mismo tablero para que nos cruzásemos…

Como puede deducirse de ese “dichosito”, a mí no es que me haga mucha gracia precisamente. No en vano, siempre que los veo con ese artilugio en la mano empiezo con la misma cantinela de “niños, tened mucho cuidado, a ver si os vais a dar un chinazo en un ojo” … ¡Cosas de madres!

En cuanto a Gladys y Emma, también están contentas a rabiar con la que se les avecina. Al final, esta parejita se decantó por la adopción, al igual que nosotros.

En su caso, a no tardar mucho podrán tener en sus brazos esa criaturita china que las convertirá en madres. Estas chicas son ya dos pilares súper importantes en nuestra existencia, por lo que les deseo que la vida les premie con la misma felicidad que nos premió a Erik y a mí el día que nos colocó sobre el mismo tablero para que nos cruzásemos…

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel